



# Espacios de la memoria en Cuenca

Fausto Cardoso Martínez



SERIE ESTUDIOS



**INPC**  
Instituto Nacional de  
Patrimonio Cultural  
Ecuador





# Espacios de la memoria en Cuenca

Fausto Cardoso Martínez



SERIE ESTUDIOS



**INPC**  
Instituto Nacional de  
Patrimonio Cultural  
Ecuador





*Santa Ana de los Ríos de Cuenca*

**Rafael Correa Delgado**

Presidente Constitucional  
de la República del Ecuador

**María Fernanda Espinoza Garcés**

Ministra Coordinadora de Patrimonio

**Erika Sylva Charvet**

Ministra de Cultura

**Inés Pazmiño Gavilanes**

Directora Ejecutiva  
Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

**Santiago Ordóñez Carpio**

Director Regional 6 (e)  
Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

**Directorio del INPC****Gabriela Eljuri Jaramillo**

Delegada de la Ministra de Cultura  
Presidenta del Directorio del INPC

**Andrés Chiriboga Egas**

Delegado del Ministro de Defensa Nacional

**Diego Falconí García**

Delegado del Ministro del Interior

**Richard García**

Delegado del Presidente de la  
Conferencia Episcopal Ecuatoriana

**Raúl Pérez Torres**

Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

**María Inés Rivadeneira Herrera**

Delegada del Presidente del  
Consejo de Educación Superior – CES

**Coordinación Área Patrimonio Cultural****Inmaterial INPC - Regional 6**

Viviana Iñiguez

**Coordinación del Proyecto**

Jaime Guerra Galán  
Stephanie Suter - Cardoso

**Textos citados de fichas de registro INPC-R6**

Angélica Corral  
Viviana Iñiguez  
Alexandra Moreno

**Coordinación Editorial**

Elena Noboa Jiménez  
Directora de Transferencia del Conocimiento

**Asistencia Editorial**

Xavier Pesántez  
Regional 6  
Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

**Cuidado de la edición**

Wilma Guachamín Calderón  
Ana María Cadena Albuja

**Corrección de estilo**

Juan Francisco Escobar

**Producción**

Regional 6  
Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

**Diseño y diagramación**

Fabián Arias Maldonado

**Fotografía portada**

Xavier Pesántez INCP - R6  
Plaza de Las Flores

**Fotografías interiores**

Cortesía Diario El Tiempo p. 108  
Fabián Arias Maldonado  
Fausto Cardoso Martínez  
Viviana Iñiguez INPC -R6  
Xavier Pesántez INCP - R6

**Impresión**

Grafisum Cía. Ltda.  
Tiraje 1200 ejemplares

**Cuenca – Ecuador****2012**

ISBN- 978-9942-07-314-3

***Para las mujeres y los hombres de Cuenca,  
que compartieron  
unos minutos de sus vidas***

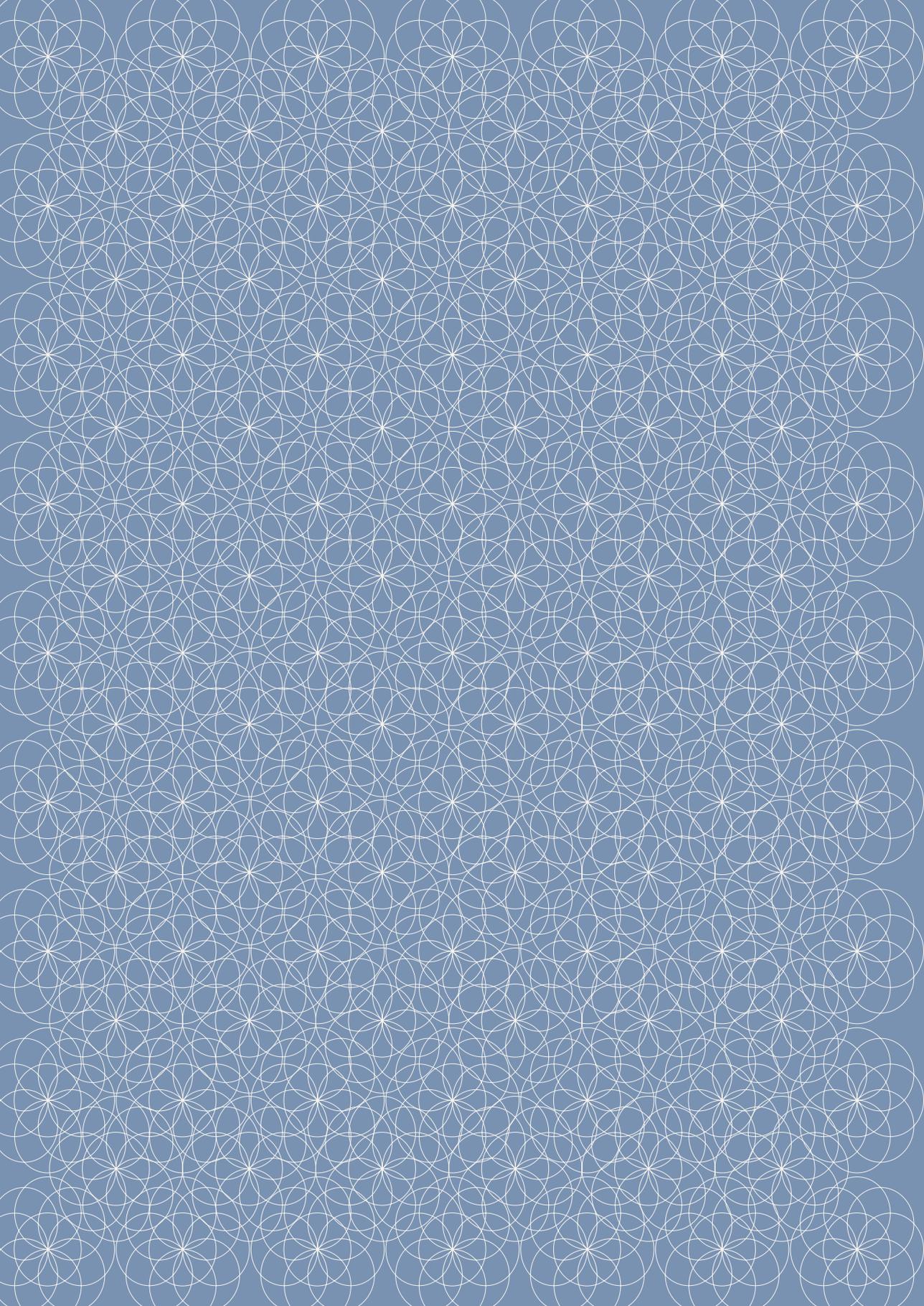


Presentación .....	9
Prólogo .....	13
Introducción .....	21
Espacios de la memoria en Cuenca	
Desde el sur .....	25
El centro norte .....	55
Otra vez hacia el sur y las áreas periféricas .....	121
Conclusiones .....	163
Recomendaciones y sugerencias .....	167
Acápite fotográfico .....	175





**Presentación**



El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural desde hace algunos años trabaja en la salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, mediante la ejecución de proyectos encaminados a la identificación, investigación y promoción de las manifestaciones y expresiones cuyos saberes, conocimientos, técnicas y prácticas han sido transmitidos de generación en generación.

Bajo esta premisa, la Regional 6 del INPC, emprendió la investigación “Registro de la Memoria y Patrimonio Inmaterial en Cuenca: memoria oral, espacios de la memoria y memoria fotográfica”, en tanto son espacios de apropiación, identidad, simbolismo y uso social vivo y en consecuencia dinámico.

Los resultados de este trabajo investigativo, condensados en la presente publicación, pretenden difundir la riqueza de los espacios de la memoria en la ciudad de Cuenca. Las relaciones que allí se construyen evidencian los imaginarios que sus habitantes tejen sobre el espacio urbano edificado convirtiéndolos en lugares cargados de significación social.

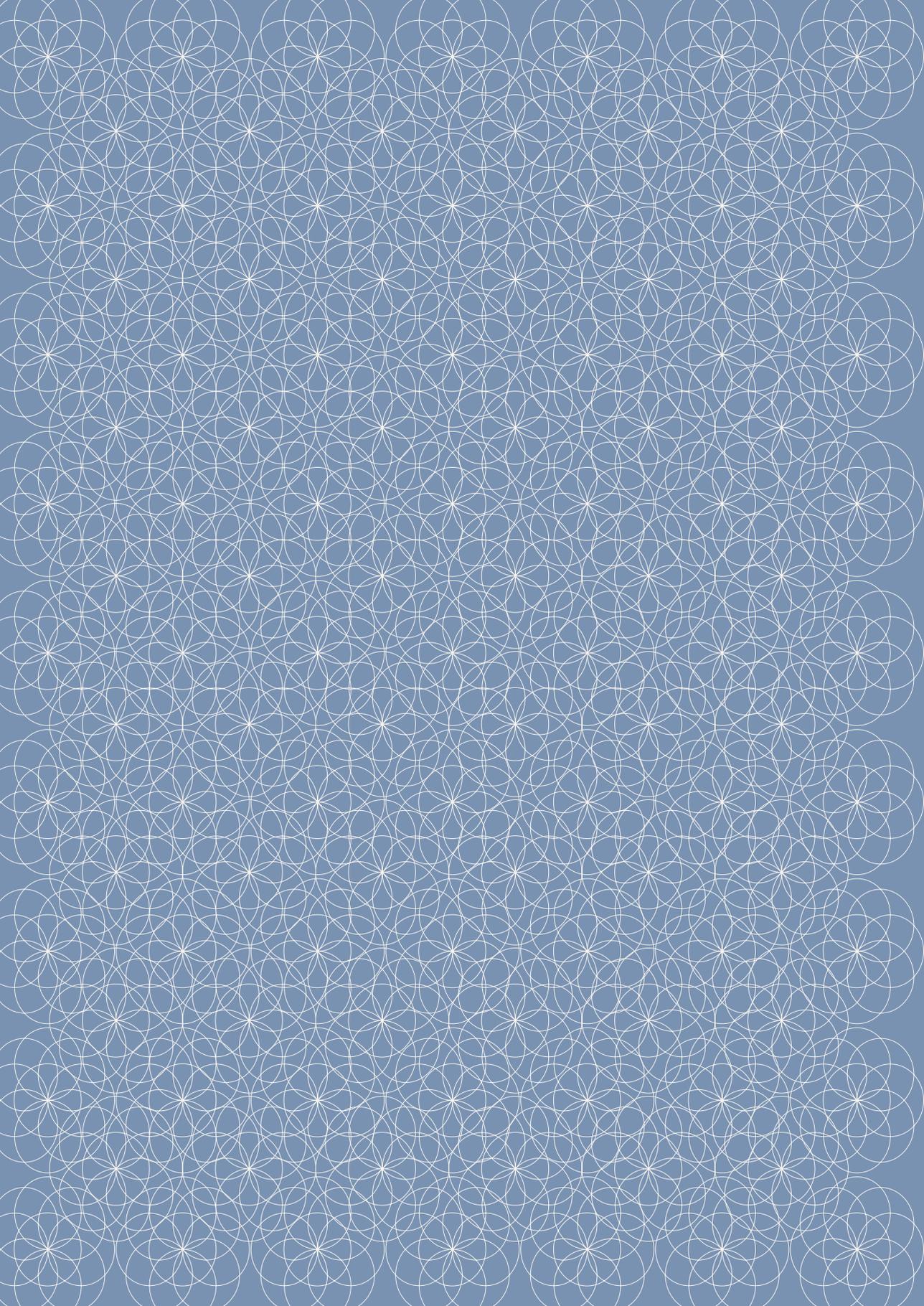
*Espacios de la memoria en Cuenca*, permitirá al lector local y foráneo, tener un acercamiento a las transformaciones que ha experimentado la ciudad, desde las imágenes fotográficas y las historias orales, que constituyen un legado centenario de la identidad y memoria de los cuencanos.

Este reencuentro con los sentidos, con los sonidos, con los sabores, con los olores y las texturas, invitan a recorrer la ciudad, no desde los espacios urbanos construidos, sino desde la mirada cotidiana de sus habitantes.

**Inés Pazmiño Gavilanes**  
Directora Ejecutiva  
Instituto Nacional de Patrimonio Cultural







*Ciudad, destino y paisaje: ciudad total. No aglomeración, apretujamiento, torrentera, turbión (...) Ciudad llana, menuda, dueña de su verdad cimera. Ciudad que ensueña, que labora, que estudia, que ora. (...) Ciudad musical, tranquilamente musical. Ciudad toda ella canto. Su lirismo es ingénito: no adquirido. Cantan en ella el agua, el viento, el color, el pájaro, el cerro, la pradera, el hombre.*

César Andrade y Cordero

La memoria, en sus orígenes etimológicos, se vincula con las nociones de duración y permanencia. Los griegos la personificaron en su mitología en la representación de la diosa Mnemosine, a la que vinculaban con la sabiduría y como fuente de inmortalidad, al tiempo que la distinguían del Leteo, el río del olvido que traía aguas de muerte.

En la filosofía clásica, más de un autor vinculó la memoria con el conocimiento y, en ese contexto, los empiristas planteaban la mente como una tabula rasa, en la cual solo se empiezan a grabar las impresiones, a partir del contacto con los sentidos. La memoria, desde esa óptica, aparece como una facultad sensitiva del conocimiento, a la cual se suma la memoria intelectual, sujeta al imperio de la voluntad, voluntad del recuerdo y también del olvido. Pues la memoria, asimismo, está cargada de olvidos... o, en términos de Benedetti, el olvido está lleno de memoria.

En un sentido amplio, la memoria tiene que ver con la facultad de recordar- y recordar, en sus voces originales; no es más que volver a pasar por el corazón; por lo tanto, existe una constante vinculación de la memoria con los sentidos y los afectos.

Por su parte, Maurice Halbwachs, sociólogo francés de la escuela de Durkheim y quien acuña la terminología “memoria colectiva”, retomando las nociones de Bergson, sobre la memoria hábito, planteó que la emergencia de los recuerdos “no reside en ellos mismos, sino en la relación que tienen con las ideas y percepciones del presente”<sup>1</sup>.

1 M. Halbwachs, Les Cadres Sociaux de la Mémoire, en: Huici Urmeneta, “La Memoria Colectiva y el tiempo por Maurice Walbwachs”, <http://www.uned.es/ca-bergara/ppropias/vhuici/mc.htm> Acceso: 10 mayo 2008.

Según este autor, la memoria se encuentra inserta en marcos, a los cuales denomina Marcos Sociales de la Memoria. Para Halbwachs, los recuerdos están más en los marcos que en los pensamientos. De esos marcos, los más importantes son los temporales y los espaciales, pues las diferentes fechas que tienen importancia para un individuo o un colectivo, actúan como puntos de referencia a los que se recurre para encontrar los recuerdos; así, la memoria se deposita en el tiempo, “como si la memoria fuera un objeto y el tiempo fuera un lugar”<sup>2</sup>. Por su parte, los marcos espaciales están constituidos por los lugares y son, a criterio del autor, aún más importantes que los temporales, puesto que evocan el recuerdo que edifica la memoria colectiva.

A los marcos espaciales y temporales que plantea Halbwachs, cabría añadir los marcos sensoriales, puesto que, generalmente, la memoria opera a partir de elementos que estimulan la emergencia del recuerdo: una textura, un perfume, un sabor o un sonido, de manera incesante, traen a la mente hechos, acontecimientos, personas del ayer. Claro está que, entre el hecho -en tanto pasado- y el recuerdo, hay un abismo; una re-significación que permite que el recuerdo nunca sea una mimesis del acontecimiento, sino una constante apropiación desde las percepciones del presente.

La memoria es uno de los ingredientes que, conjuntamente con las nociones de herencia y de identidad, dan sentido al concepto de patrimonio; sin embargo, de la misma manera en que la memoria es selectiva, el discurso del patrimonio también se ha constituido, históricamente, en un discurso político, que ha legitimado sectores sociales y sistemas de poder, visibilizando e invisibilizando al mismo tiempo... convirtiéndose en recurso del recuerdo y también en recurso del olvido.

Desde sus inicios, el debate patrimonial se vinculó a lo edificado, pero urge repensar la ciudad y deconstruir el concepto de patrimonio desde otra mirada. Cuando pensamos el patrimonio desde los ciudadanos, germina una nueva dimensión patrimonial que integra la memoria y la identidad, elementos constitutivos de la valoración desde dentro, de la apropiación ciudadana, donde emerge la verdadera ciudad patrimonial, la ciudad vivida, sentida e imaginada...la ciudad de memoria.

Pensar en los Espacios de la Memoria de la Ciudad de Cuenca, nace de la urgencia por despertar a una visión más integral del patrimonio, que abandone los viejos conceptos de lo monumental y se acerque a las apropiaciones simbólicas y a los usos sociales. Un nuevo discurso que revitalice lo local, lo cotidiano, que valore la grandeza del pequeño lugar.

---

<sup>2</sup> Ibidem

El patrimonio de una urbe, si bien se conforma de un conjunto de bienes materiales, también se construye desde el rostro e historia de sus barrios, desde los oficios de sus habitantes. No solamente se expresa en su rostro edificado y arquitectónico, sino también en su talante inmaterial, cargado de historia, de leyendas, de anécdotas, pero sobre todo de la vitalidad, expresada en quienes lo habitan.

Más allá de la riqueza arquitectónica y edificada, yace la vitalidad del territorio, del “lugar antropológico” en términos de Augé, “principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquellos que lo observan”<sup>3</sup>.

Urge pensar en la identidad, escala y personalidad que, según Roberto Segre, conservaron las ciudades latinoamericanas hasta mediados del siglo pasado y en las que el denominador común era el uso de la ciudad. Urbes en las que lo profesional (la arquitectura) se conjugaba con lo popular (la artesanía). “Ciudades de tiempos lentos, valorizaban los espacios de vida social, el ámbito del peatón, la calidad de los edificios [ciudades en las que] calles y plazas constituían el marco cotidiano de fiestas, carnavales, desfiles y procesiones”<sup>4</sup>.

La ciudad, al igual que el patrimonio, es más que lo construido, es su gente, su manera de pensar, vivir e imaginarla. Es ante todo una construcción simbólica, escenario del lenguaje, de evocaciones y de sueños. Armando Silva afirma que la ciudad se conforma por lo físico natural y lo físico edificado, se autodefine por sus ciudadanos y lo que diferencia a una urbe de otra no es tanto su arquitectura, sino los símbolos que sobre ella elaboran sus propios habitantes. En palabras del propio Silva “esto querría decir que el nuevo énfasis se pone en la cultura y no en la arquitectura y que pasamos de una ciudad de los edificios a un urbanismo de los ciudadanos”<sup>5</sup>. Es importante, según sugiere este autor, pasar de la “cartografía física” que responde al levantamiento de mapas por parte de los funcionarios gubernamentales, respecto a los límites oficiales, a la “cartografía simbólica”, que ha de ocuparse del levantamiento del croquis. De lo oficial, de lo planificado, pasar a lo simbólico.

La memoria de una ciudad también se edifica desde los recuerdos arrullados entre los adoquines de sus calles, desde los saberes y secretos que albergan sus viejas huertas, desde los encantos de sus plazas y parques, desde las ilusiones de sus habitantes.

3 Marc Augé, *Los no lugares, espacios del anonimato*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1993.

4 Roberto Segre, *Arquitectura y ciudad. Centros y bordes en las urbes difusas*. Río de Janeiro, 1998, <http://www.periferia.org/publications/bobsegre-urbanal.html> Acceso: 15 junio 2011

5 Armando Silva. *Imaginarios Urbanos*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1995.

La nueva perspectiva de entender a la ciudad exige reflexionar si deseamos ciudadanos con conciencia participativa, capaces de re-encantar la ciudad, la arquitectura, la naturaleza, el mundo. Re-encantar el mundo en el sentido de Morris Berman. Si deseamos una ciudad de pertenencia, de existencia del sujeto, no una ciudad de tránsito y anonimato. Una ciudad en la que se legitime el centro, el sentido de barrio, la memoria territorial. Una ciudad con espacios para estar, para encontrar, para dialogar, para quedarse. Una Cuenca de lugares antropológicos, es decir de identidad, de relación, de historia, de pertenencia en términos de Augé. Recuperar la arquitectura en su esencia, en su auténtica calidad poética. Recuperar la ciudad como espacio de sentido.

Es preciso posicionar el compromiso y responsabilidad ciudadana para que toda intervención en el espacio público contemple y vele por los usos y apropiaciones simbólicas e identitarias de la población. Pues los espacios dan lugar a la existencia de otro tipo de patrimonio: el inmaterial. Los espacios infunden un sentimiento de identidad y continuidad, no son espacios enteramente edificados y menos vacíos, son los puntos de encuentro de la fiesta, de la religiosidad, de lo cotidiano, de los oficios artesanales, de los saberes tradicionales, espacios de reciprocidad. Son espacios para habitar, de encuentros y, por supuesto, también de desencuentros...Son espacios de identidad y de memoria.

Una ciudad que no se siente, que humanamente no se vive, es una ciudad que difícilmente se cuida. Pensar en los espacios de la memoria es concebir una ciudad más humana. Una ciudad hecha, no para las máquinas y los automóviles, si para los ciudadanos. Hablamos de habitar la ciudad, y el habitar se hace desde los sentidos y la memoria, habitar es construir y es también pensar, como bien lo decía Heidegger.

Por otra parte, el patrimonio no se puede vivir desde lo rápido, desde la superficie, desde el vértigo; la gestión de una ciudad patrimonial requiere de la reflexión que ameritan los tiempos lentos de la memoria. En este sentido, cabe recordar a Milan Kundera, quien considera que entre la lentitud y la memoria, entre la velocidad y el olvido, hay un vínculo secreto. Según este autor “el grado de lentitud es proporcional a la intensidad de la memoria, mientras que el grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido”<sup>6</sup>.

Así, abarcando el patrimonio desde la complejidad de la memoria y recorriendo la ciudad, desde los tiempos lentos que la memoria requiere, el texto que hoy presenta el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural

<sup>6</sup> Milan Kundera, *La Lentitud*. Barcelona, Tusquets, 2005.

-Regional 6-, es producto de un proyecto emprendido en el año 2010, que busca una nueva forma de acercarse a la ciudad y a su patrimonio, a partir de los espacios de la memoria. Esta obra es el resultado de un acercamiento más próximo a la urbe cuencana, no desde las clásicas metodologías de registro patrimonial, que privilegian lo edificado y las características materiales del patrimonio de la ciudad, sino desde los imaginarios colectivos de quienes la habitan.

La narrativa da cuenta de un recorrido por la urbe cuencana que no se agota en las visiones técnicas del registro patrimonial, sino las rebasa hacia los elementos portadores de sentido. Este trabajo de Fausto Cardoso Martínez y su equipo de investigación, surge de las percepciones ciudadanas del espacio habitado, sumadas a la extrema sensibilidad del investigador que las registra, como un observador que vive y siente la ciudad desde el habitar cotidiano. Como resultado tenemos un texto que invita a despertar los sentidos de pertenencia e identidad, convocando a redescubrir la ciudad y a transitarla.

Esta obra, pensada desde el patrimonio inmaterial y los espacios de la memoria, es una invitación a despertar, a estar más presentes, a afinar los sentidos. Es un llamado a un reencuentro profundo con la ciudad, a caminar por sus calles, a conversar con su gente, a sentir sus texturas, sonidos, olores y sabores; a redescubrir sus saberes y prácticas olvidadas. Una invitación a recuperar la ciudad poética, la ciudad que canta, la ciudad que sueña... esa ciudad del poeta.

**Gabriela Eljuri Jaramillo**

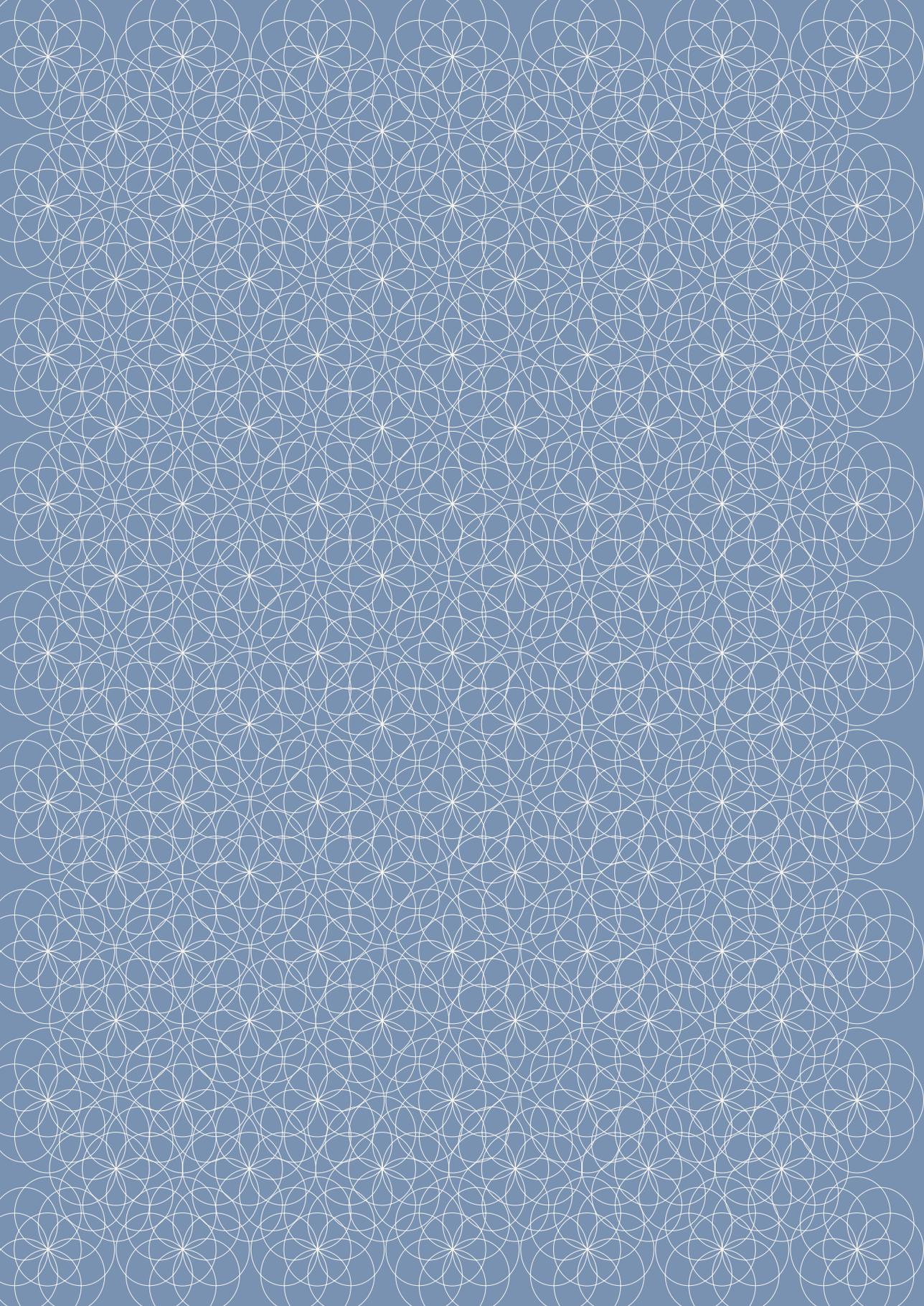
Subsecretaria de Patrimonio Cultural  
Ministerio de Cultura





2012

Introducción



No es necesario ser un experto para vivir el patrimonio. Se requiere simplemente aguzar los sentidos, despertar el olfato, dejarse llevar por la curiosidad, invadir respetuosamente el ámbito semipúblico de los patios, dejarse guiar por los sonidos, mirar a la gente con sentido humano, conversar con ellos, dejarse impresionar, desmontar las propias ideas preconcebidas, en fin, dejarse atrapar por la ciudad.

La experiencia desarrollada en esta investigación, ha sido un verdadero privilegio. A partir de ella la ciudad se nos ha mostrado como es, con sus bellezas ocultas, con la intensidad de su vida cotidiana, pero también con su dolor, materializado en las dificultades que encuentra el mundo de lo inmaterial y de lo material patrimonial para seguir contribuyendo con el espíritu profundo que Cuenca todavía posee.

Algunas reflexiones generales nacen de esta experiencia. Y ojo, que ésta no agota ni remotamente la exploración de los rincones, energías, memorias y palpaciones de Cuenca, pues, es un tema de sensibilidad y siendo así, algo de una perspectiva personal siempre se despliega, lo que nos permite observar, solo parcialmente una gran realidad.

La fusión existente entre los rincones construidos en siglos de historia y el patrimonio inmaterial pervive a pesar de que artificialmente fue dividida, pero que en su pura y auténtica realidad, es una sola.

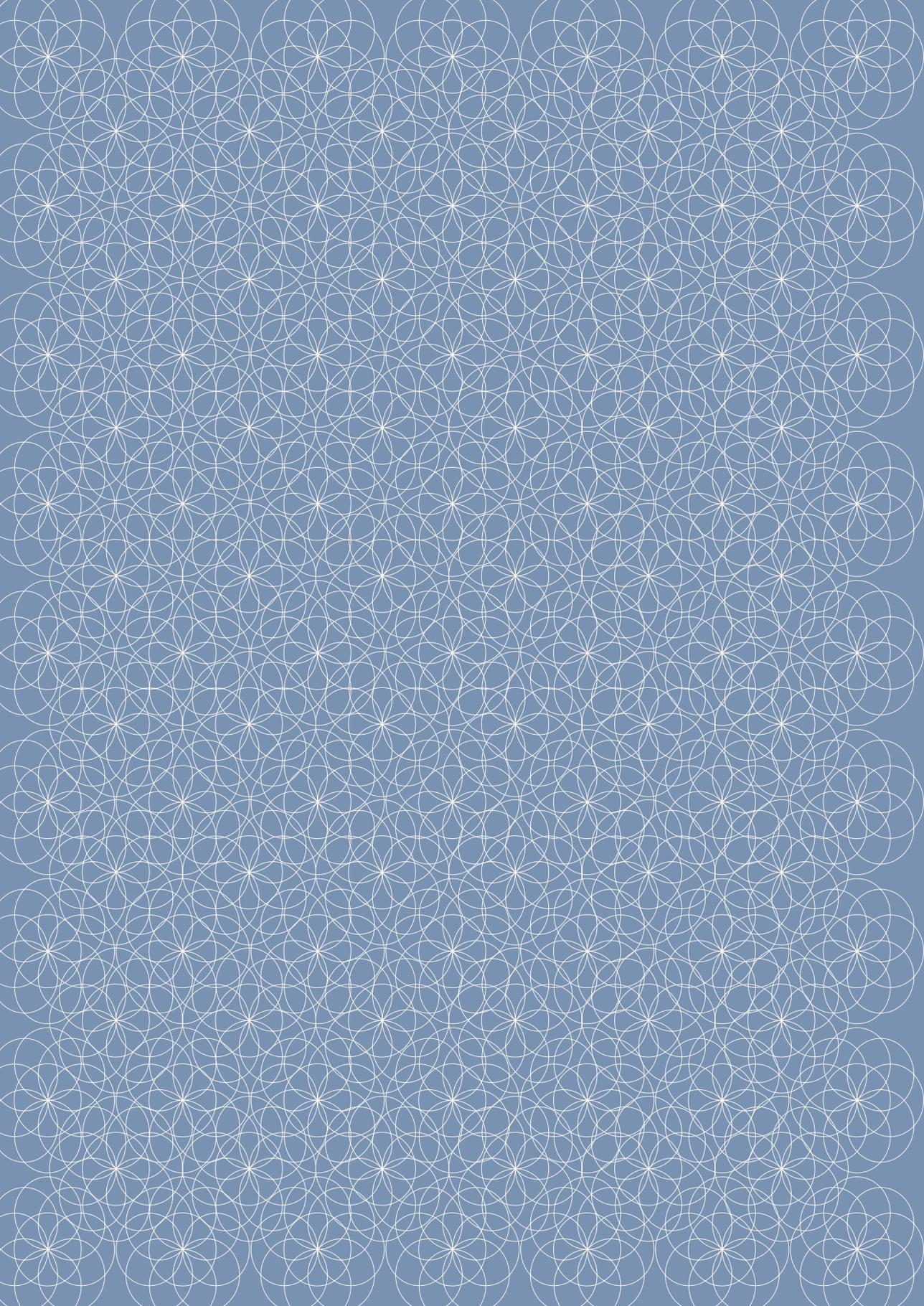
*Espacios de la memoria en Cuenca*, juegan entre esos muros, pisos, jardines, rincones, plazas y calles, y la siempre etérea, finita presencia del ser humano. De allí que entender el patrimonio en esta integralidad, sea la mejor vía para contribuir en la prevalencia de los valores de fondo que son los que a Cuenca un día le permitieron ingresar a la Lista del Patrimonio Mundial.

Este trabajo, también pretende ser un espacio de reflexión sobre los valores que subyacen en la intimidad del corazón de muchos cuencanos. Si de muchos, pero no de todos, porque hay fuertes vientos de cambios en las sociedades de hoy, y mucha vulnerabilidad en las nuevas y frescas generaciones las cuales, abrumadas por las nuevas tecnologías de la comunicación, no dejan el espacio para que la ciudad decante en su espíritu. No todos, claro, y en ellos está la esperanza.





Desde el sur...



La vieja puerta de madera está prácticamente oculta tras los paneles de aglomerado que sostienen, con un ingenioso sistema de hilos, centenares, quizás miles de CDs que se ofertan por un dólar y medio. Es contradictorio: la información recabada indica que en esta dirección encontraríamos un taller de construcción de guitarras..., uno de los poquísimos que quedan en Cuenca.

Salimos un poco frustrados. Constatamos la dirección y los vecinos nos ratifican que sí, que allí hay un taller de guitarras. Regresamos y, con cierto recelo, rompemos la concentración de un joven que, aunque atento a un video, atiende al público interesado en sus CDs expuestos. Así, casi sin mirar, señala con el dedo un estrecho paso que nos conducirá hacia las entrañas de la casa, por un retorcido corredor, poco iluminado, que luego se abre generosamente bajo el resplandor de la luz natural.

Una puerta abierta deja escapar la música de Los Panchos y un olor a madera recién tallada ratifica nuestra buena decisión de entrar.

Allí se encuentra Don Patricio Benalcázar, un hombre maduro, de barba un poco crecida pero de expresión experta y delicada, lidiando con unas estructuras de madera y tratando de ajustar ensambles con sus diestras manos.

Sorprendido por nuestra presencia, poco a poco, abandonó su tarea, para prestarnos más atención y regalarnos su tiempo, facilitándonos así nuestro trabajo. Primero vinieron las fotografías de sus obras: guitarras populares, otras de mejor calidad y tesoros que permitían ejecutar piezas de música clásica. Luego el artesano fue parcialmente incluido en las imágenes, hasta que finalmente la conexión se convirtió en una conversación de amigos. Nos habló de su niñez, de los años difíciles de inicio, del posterior enamoramiento con el oficio, de su viaje a España y de la extraordinaria experiencia de aprendiz con su maestro. Nos contó también de su familia, de sus hijos y del trabajo en Cuenca.

Quiso finalmente ser fotografiado y abrazando su guitarra, se quitó la gorra de trabajo, acomodó sus lentes sobre su fina nariz y sonaron canciones tristes de nuestra música ecuatoriana.

Fue una visita de casi dos horas. Al salir, sobre su estrecho patio, nos llamó la atención un revestimiento con piezas de travertino amorosamente talladas, que sin embargo se movían sensualmente en el piso, como reticentes a someterse a la ortogonalidad de los tiempos actuales. Es lo que queda de una antigua acequia que atravesaba de oeste a este la casa y que incluso configuró de manera determinante su espacialidad arquitectónica.



Salir de ese ambiente silencioso, enclavado en uno de los más conflictivos puntos de tráfico de la ciudad, no solo fue salir a la realidad cotidiana de la Cuenca de hoy. Significó también hacer un recorrido a través del tiempo, mirar las dos facetas ciudadinas que cambian día a día, de una ciudad bulliciosa frente a la serenidad del espacio interior, de una ciudad en la que el espíritu comercial, incluso de productos ilegales, pobres, de baja calidad, pero más rentables, ha sido determinante para que los viejos oficios artesanales, culinarios, mágicos, comerciales, como las tiendas de barrio o las tiendas de la esquina, hayan sido empujados hacia espacios más recónditos y perdidos, hacia lugares que preservan con esfuerzo y dificultad, la personalidad que vio consolidarse a Cuenca en los tiempos pasados.



La poética lectura que inspira la ciudad no se ha desvanecido. Es quizás nuestra forma de relacionarnos con ella la que posiblemente se ha debilitado. Uno de los puntos de acceso más espectaculares a Cuenca, en el que se combina la monumentalidad de su paisaje con el pequeño hacer cotidiano de sus habitantes, es la avenida Loja, que más que una avenida es una larga y sinuosa perspectiva, abierta de manera espectacular desde el sur hacia el corazón de Cuenca.



Alexandra Moreno la describe así:

Una vieja fotografía de Manuel Serrano, que reposa en los archivos del Banco Central del Ecuador, nos traslada a una procesión de Semana Santa en San Roque. En medio de un paisaje campestre sombreado de altos eucaliptos, un puñado de fieles, en su mayoría indígenas, descalzos y de rodillas sobre la tierra, se postran ante la perturbadora imagen de un Cristo doblado por el peso de la cruz y rodeado por arcángeles de majestuosas alas, que igualan en altura a aquellos que cargan sobre sus hombros las pesadas imágenes religiosas.

La luminosidad del agua de una acequia que discurre a un costado, se disipa en la perspectiva de la sinuosa vía donde, a tramos, es interrumpido el espeso follaje por un muro de tapial o adobe, una pequeña casa, un alto en el largo camino que tiene como fondo las colinas del sur, a donde se dirigen los arrieros para alcanzar sus lejanos destinos en Loja y Piura.

Eximidos de su habitual trabajo por la Semana Mayor, los indígenas se encuentran hermanados en este día, a ras del suelo, junto a la gente mestiza, el sacerdote, los patrones y los niños –que van vestidos de acuerdo a la ocasión– con las cabezas descubiertas y sus sombreros de paño y de toquilla a la mano (...).

A eso de las cinco de la tarde en San Roque, los vapores que exhalan las ollas donde se cocinan los gustosos chumales recuerdan que esta larga calzada fue, por siglos, apenas una brecha hendida en las verdeantes chacras del maíz cañari. Más tarde llegarían las casas solariegas en donde las familias acaudaladas consumaron sus carnavales con los frutos de las huertas, regadas por las abundantes aguas de abril.

Extensas zonas pantanosas, producto de las frecuentes riadas, y llanos como el de taita Chabaco—sitio de misteriosas apariciones—circundaban la naciente avenida. Los pocos moradores de San Roque y El Ejido observaban a la ciudad que crecía sobre el Barranco, y estos, a su vez, oteaban los caminos que eran siempre promesa de novedad, de historias traídas de sitios lejanos, de andanzas de aventureros y bandidos legendarios. Pero de aquellas mutuas observaciones surgieron historias más cercanas como la de la viuda del farol, y otras que se fundaron sobre la observación de erráticas luces y movimientos nocturnos de oscuros personajes que deambulaban por las desoladas orillas del Tomebamba.

Una casa señorial, construida en lo que constituyen los actuales predios de la Universidad de Cuenca, se transformó en deleznable víctima del agua que dejaba correr una mujer por sus paredes, logrando que esta finalmente se desplomara. Desde esa misma casa, tiempo antes, su dueño y atento observador veía como la Cruz de El Vado recibía los azotes de las lluvias y el viento, hasta que decidió ponerle la cubierta que se mantiene hasta el presente.

Pasando la encrucijada que se formaba en el acceso del puente de El Vado, camino de la iglesia y de las “quintas” de recreo desperdigadas a lo largo de la vía a Loja, un poco más allá, el río Yanuncay se extendía con sus caudalosos brazos de Poniente a Oriente, atravesando el eje de una cruz de infinito trazado hacia el sur. Allí se congregaron cueteros [sic] (coheteros), estuqueros, carpinteros, gente de variados oficios que fue poblando la avenida con el paso del tiempo. En los extramuros de la ciudad se instalaron los puestos de venta de comida que servían a los viajeros y les permitía recuperarse de las agotadoras jornadas a lomo de mula. El más famoso entre todos estos tambos culinarios fue el de las famosas Pitimuchas, a donde muchos cuencanos iban para disfrutar de sus afamados platos. En la actualidad, un poco antes de llegar a la avenida Don Bosco, sitio de cuyes y fritadas, el aroma de azúcar quemado y café, o el de la leña de eucalipto, que nacen por las tardes entre las viejas casas de adobe y las convencionales villas de cemento, lleva a evocar con nostalgia una forma de vida apegada a lo rural que, hasta hace pocos años, se mantenía viva entre las calles aledañas a la avenida Loja.

Hasta la década de los setenta, niños y jóvenes, al terminar las clases, saltaban los tapiales coronados de chaguarqueros para “granear” a placer entre los árboles de peras, satsumas, duraznos, capulíes y manzanas. Encendidos por los jugosos néctares y por la luminosidad del campo, acortaban camino entre las huertas hasta llegar a los chiflones que se formaban en el Tomebamba para retozar en la frescura de sus aguas.

Camino de leyendas y de largas historias de vida, una tarde de sol, lluvia y arcoiris, que a decir de los viejos significan las bodas de un diablo y una virgen, la avenida Loja mira al Barranco iluminado y, más alto aún, a las celestes cúpulas de la catedral, mientras el eco apagado de los cascos de los caballos de aventureros y mercantes, que abandonaron Cuenca en otros siglos, parece revivir en el leve golpeteo de la lluvia que hace brillar los adoquines y al barro de las tejas pintarse de rojo nuevamente.

Esta es la puerta de acceso más importante y espectacular hacia una ciudad que todavía es una verdadera caja de Pandora.

Barrio que no solo enmarca la monumental catedral, testimonio de la fe de los cuencanos, sino también, si se tiene la paciencia suficiente de observar –virtud en riesgo de desvanecerse–, se aprecia la vida de barrio de la avenida Loja. Perros que corren de un lado a otro, vecinos que limpian su tramo de vereda, escoba en mano, otros con baldes, recipientes y canastas, llevando no sé qué cosa a la casa del vecino, hay quien sube en su bicicleta con su niño en el cuadro, o quien simplemente se acomoda en su silla, a ver pasar el día..., a ver pasar la vida, como las palomas que observan en silencio, desde los rojos tejados.





La ciudad, en El Vado, estalla en actividad. El río a momentos es opacado por el movimiento incesante que se genera en las vías, saturadas de vehículos que se abren paso presurosamente. Los peatones son también numerosos, y al alcanzar la media subida, la ciudad comienza a mostrar los cimientos de su trayectoria:



La cruz de El Vado, vigilante desde la terraza de la plazoleta, es el referente urbano en torno al cual gravita la enorme vitalidad de un barrio consolidado en la vida cotidiana. Acceso inconfundible de campesinos y ciudadanos, la historia hizo que El Vado sea la sede de pequeños negocios y servicios que se mantienen, algunos con más de cincuenta años, hasta otros de reciente creación, que no han renunciado a abrirse con sensibilidad a la fuerte personalidad de esta parte de la ciudad.

Frente a la cruz, en las casas colgadas del Barranco, la luz baña desde su única fuente –la puerta abierta– los sombreros escrupulosamente etiquetados. Son formas de organización del trabajo que provienen de la vieja tradición artesanal de los sombreros, creadas por maestros de otros tiempos.



En su trabajo se mantienen los antiguos ritos. Un joven ayudante acompaña al maestro que sigue poniendo los ritmos del oficio. Allí están decenas y decenas de sombreros, esperando por sus dueños, luego de un necesario remozamiento en una suerte de ABC que exige la vida cotidiana.

¿Qué cabezas y pensamientos protegerían del sol canicular estos silenciosos objetos? Imaginemos todo lo que aprenderíamos de nuestro mundo cultural popular, de sus vidas y de sus amores, si solo una parte de lo que una vez guardaron podría desprenderse de esas quietas presencias.





El tin... tin... tin... de un golpeteo permanente al otro lado de la calle, llama la atención. Otra puerta, otra única fuente de luz, otros brazos y otro oficio. El metal que se doblega ante el trabajo humano.

Centenares de herramientas de todo tipo... y una sola persona. Pedazos de metal que tuvieron otras funciones y que llegaron allá “por si acaso sirvan de algo...” y claro, siempre sirven, porque en la imaginación del artesano los límites están impuestos solo por su propia capacidad creativa. Así, un colibrí revolotea frente a un Cristo sufriente, mientras las cruces de hierro esperan la llegada de su futuro dueño. El alambique está al fondo, aún en trabajo, fino y delicado. “Es un encargo... yo, esas cosas las trabajo bajo encargo”, nos comenta sonriente su creador, que se ampara en la sencilla casa de adobe, abierta hacia un tráfico salvaje. Pese a ello, ni su concentración ni su amabilidad se ven diezmadas.

No es fácil dejar la subida de El Vado (calle de La Condamine), cuando se requiere encontrar los valores profundos de la ciudad. A pesar de la transformación dramática que ha llevado al deterioro de la paz urbana, ellos siguen allí. Al fondo, al fin de la subida, aparece un espacio singular: la peluquería de los campesinos. El lugar donde por unos cuantos centavos, quizás por un dólar y a voluntad, hábiles manos dan un toque de belleza a todos quienes requieren de sus servicios. Con vista a la calle y al espejo, el cliente se sienta con paciencia, mientras las herederas del oficio del viejo peluquero, hoy retirado, desplazan sus tiernas manos sobre la cabeza y la marcada piel forjada por el sol campesino.



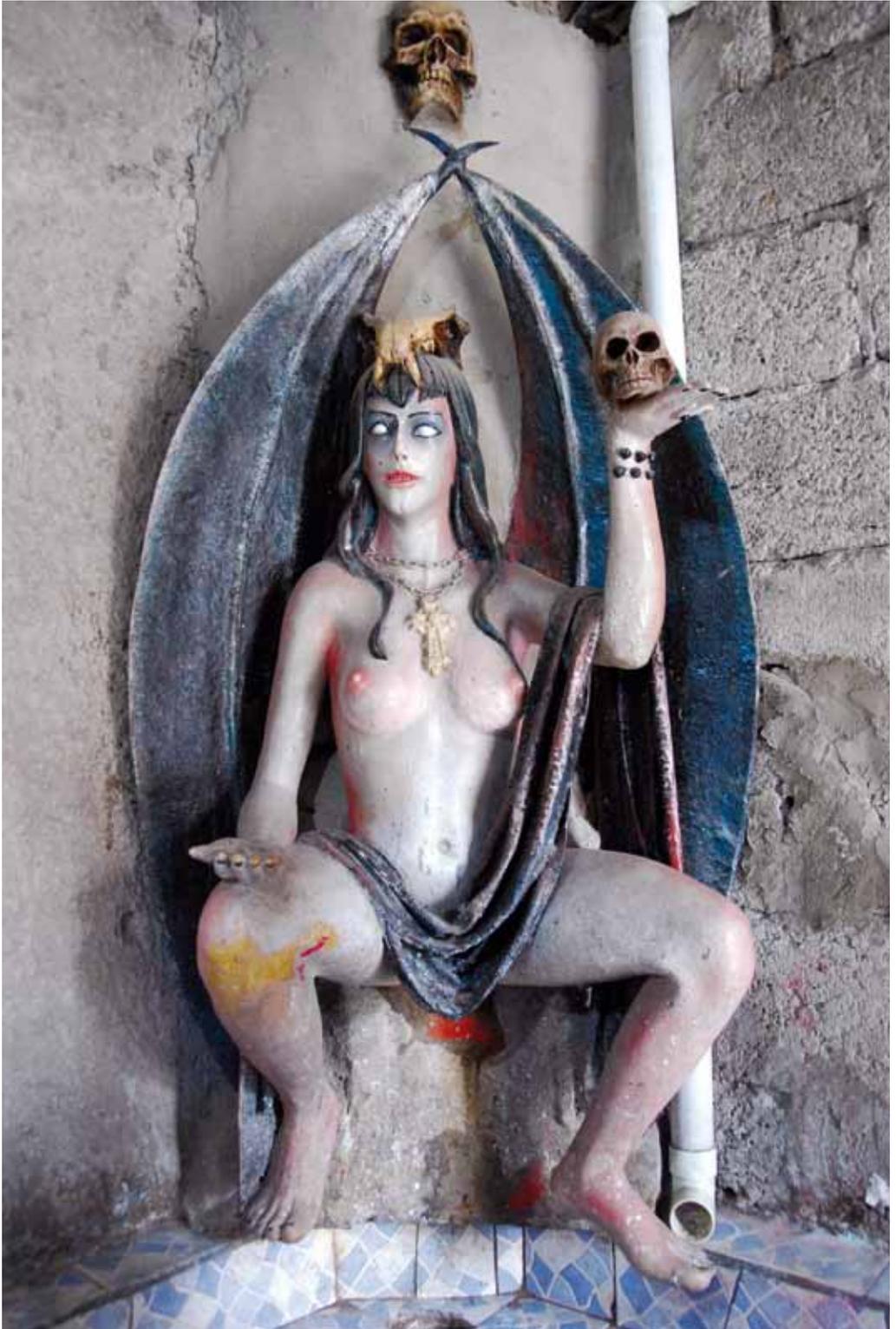
Ellos se someten no solo al dominio de las tijeras, sino también al de la cámara de fotografía, que con una actitud un tanto irreverente, busca el mejor ángulo para retratar la escena. La autoridad, como el capitán en la nave, la tiene quien maneja allí adentro las tijeras. Son (peluquera y peluqueado) dos actores de un episodio de vida antigua, con sabor a campo, alojados en una casona de prósperos terratenientes de antaño, que por cariño a un peluquero, instalado en El Vado desde 1958, abrieron las puertas para este impensable oficio.

No es fácil saltar al frente, pero cuando se logra, la seguridad y la distancia del tráfico opresor se ofrecen nuevamente en beneficio del peatón. Aparecen los personajes de El Vado: el hombre de la cobija, con su larga barba y sus escamados pies descalzos o la vieja viuda, escrupulosamente vestida de negro, que con paso apurado dice que va a comprar sus dos panes para el desayuno. En este entorno, también impresiona el color intenso del temible Prohibido que recibe a sus visitantes con desbordes de sus interiores hacia la calle.



Los pasillos se abren hacia las profundidades de un submundo de incontenible fantasía. La luz, los elementos escultóricos, los socavones que conducen a inframundos —a purgatorios y proyectos inconclusos, según su creador— que configuran un ambiente que desgarrar las miradas, ante el cual es necesario tomar aire, respirar profundamente para no sucumbir. Allí está la muerte, o tal vez mejor, ese segmento de la vida que llamamos muerte, impulsando sarcasmos, ironías, creatividad.

Las figuras desfilan con miradas desafiantes, las paredes chorrean oscuridad o sangre, en ciertos casos. Así, el agua, de uso tan carnal y cotidiano, brota del sexo de una escultura de blanca mirada y las lápidas de difuntos sugieren presencias de espíritus errantes que enmarcan la entrada al Purgatorio. El artista, vestido de un negro riguroso, sin embargo canta como buen cuencano, mientras conduce —no explica— por los dominios de sus espacios creativos.





No por extraña coincidencia, en un barrio colmado de leyendas, aparece -más adelante, luego de dejar la verde y excepcional fachada de la Casa de la Lira- la Casa de los Ruidos.

Cuentan que un tío abuelo de la actual propietaria se había dado a la lectura de libros de espiritismo y otras ciencias ocultas siendo aún [un] muchacho. La travesura juvenil lo había llevado -al parecer- a convocar al demonio, lo cual se supo después de los incidentes que inquietaron la paz de la familia y que hicieron necesaria la intervención de un sacerdote.

Una noche, mientras dormían en la planta alta, se escuchó un pavoroso grito y, en seguida, un ruido de algo que caía contra el piso. El padre de la familia que ocupaba la casa bajó a la habitación del muchacho, al tiempo que llamaba al empleado para que lo ayudase. No hubo respuesta al llamar al hijo ni al golpear la puerta; esta se hallaba aldabada por adentro, por lo cual debieron forzar la entrada rompiendo el marco de la puerta. Al entrar en la habitación encontraron al joven desmayado en el suelo y debieron atenderlo para que volviera en sí. Presa del pánico, pidió pasar el resto de la noche en compañía de sus padres.

A la mañana siguiente, llevaron a Rosendo donde el tío sacerdote y allí el chico reveló “que había hecho [un] pacto” y, [que] encontrándose a la medianoche en meditación, acostado, sintió como si un puerco saliera por debajo de la cama, removiendo sus tablas.

Este fue el inicio de una serie de episodios, que luego involucró a otras casas vecinas.

La historia terminó con la intervención que resolvió hacer el propietario en su techo, al parecer con el propósito de arreglar las goteras, pero también por la sospecha de que algo estuviera guardado en el tumbado, pues eran comunes en esa época los hallazgos de entierros con grandes sumas de dinero y objetos valiosos.

Al abrir la cubierta, en efecto, descubrieron tres cajitas con osamentas de criaturas recién nacidas. La explicación de este hallazgo surge de las conjeturas de una de las abuelas, quien conoció a unas mujeres solteras que vivieron en unas tiendas de la casa vecina, a quienes decía haber visto embarazadas algunas veces, pero jamás con las criaturas ya nacidas, de cuyas muertes tampoco había explicación.

Los ruidos cesaron totalmente luego de este hallazgo y la casa se hizo famosa por los acontecimientos que suscitaron el temor de los vecinos de El Vado.

Nada más se da la vuelta a la esquina y El Vado, con la cruz al centro, muestra un peculiar paisaje. Las casas, casi todas de tierra, pugnan por mostrarse hacia el espacio. Unas más, otras menos, todas revelan que el tiempo deja sus huellas. La fosa arqueológica con remotos empedrados es testimonio mudo de los fatigosos accesos a la ciudad: rampas que subían venciendo el barranco, caminadas por acémilas cargadas de productos del campo, que producían cristalinos sonidos cuyos ecos se diluían en los muros de tierra.



La plaza está en silencio, como una mañana cualquiera, pero ya la vida del barrio se va armando, como cada día, y por allí alguien cuelga de la desvencijada puerta, un letrero de blanco y rojo brillante, con la leyenda: *ZAPATERÍA CRUZ DEL VADO ARREGLA TODA CLASE DE CALZADO*. El anuncio es bastante nuevo; la frase muy antigua.





Con su gorro ladeado en la cabeza, el zapatero es un verdadero artesano en peligro de extinción. No ahorra su tiempo para contarnos de su vida pasada, de cuando no se alcanzaba con sus encargos. Sin perder el orgullo, como su otro colega que está al norte, en la Luis Cordero, cerca de la calle Rafael María Arízaga, cuenta que su trabajo aún se aprecia en almacenes locales. “Hacemos productos de calidad, en verdadero cuero” se afana en subrayar, “Pero también atendemos las necesidades de los vecinos, que nos dejan sus zapatos para que les arreglemos”.

Sin embargo, el derrumbe de su actividad no está en su espíritu, sino en los muros de su espacio. Anaqueles semivacíos, paredes cuarteadas o deterioradas, unos pocos instrumentos regados entre la mesa y el piso dan cuenta de esta vieja actividad que dispone su orden en el trabajo cotidiano. A pesar de todo, allí están, con alegría y concentración en el trabajo. Nadie los hará cambiar de oficio, pues aunque aparezcan cosas más atractivas, han llegado a un punto en su vida, en el que el oficio es su vida.



No hay un límite entre El Vado y el resto de la ciudad. Para entender estos espacios, hay que recorrerlos varias veces. Ingresar en las casonas por corredores sombríos tiene el sabor de una aventura, hablar con los vecinos, casi todos muy abiertos y sonrientes, que viven diacrónicamente el día a día en relación a los ritmos que la ciudad ha impuesto a la vida actual, es un placer y un ejercicio, porque son una fuente invalorable de sabiduría. Claro, la necesidad llama a actualizarse, y no es difícil, en un determinado momento, encontrar el moderno anuncio que engancha al cliente que quiere estar a la moda, ofreciendo servicios de remota tradición.

La gente en este lugar comenta que hay mucho por descubrir.

Esta vez el sabor es el punto de partida. Dicen que por allá, bajando a la Plaza de San Francisco se puede encontrar un viejo café, en el que la nata acompaña al pan y la bebida es pasada a la antigua.



Familias enteras, grandes y chicos hacen una pausa a media mañana para saborear el café cuencano: café pasado con leche, pan y nata, ese café que se tomaba en los desayunos, cuando el tiempo daba para no salir corriendo sino para quedarse a saborear el cremoso sabor de la nata de leche de vaca, untada sobre un tibio pedazo de pan.





Otra vez, solamente por explorar, frente a un letrero de mal gusto cuyo título tiene el mérito de hacer pensar: *LA CUEVA DEL HAMBRIENTO*, buscamos otro sitio emblemático de comidas, que los propios vecinos cuentan que es uno de los más antiguos de la zona. Ya no está: el local está casi vacío, sin clientes, unas tristes mesas de metal con aglomerado y una ambientación que no dice mucho de la trayectoria del viejo negocio.

Son las presencias que nos devuelven otra vez a la calle, para encontrar, metros más arriba, a un hombre reclinado en la puerta de otra casona.



Una puerta de menos de cincuenta centímetros de ancho y un espacio de apenas dos metros por un metro, es suficiente para ganarse la vida con dignidad. El cerrajero se las ingenia para tener en ese espacio su impecable taller: llaves rigurosamente clasificadas, máquinas que sirven para retirar el material sobrante en los modelos y marcas estándar y un espacio que no permite que dos personas se crucen a su interior.

La electrónica, las llaves magnéticas y demás avances de la tecnología en seguridad, no han sido suficientes para que desaparezca el cerrajero.



No lejos del teatro Popular, uno de los íconos de la proyección cinematográfica de Cuenca, teatro que hoy muestra una imagen de oscuro abandono, en cuyos portales los desamparados encuentran un refugio para pasar la noche, una puerta vidriada casi impenetrable con el anuncio, *Su traje Sr...VILLACRÉS* le viste mejor, esconde a un oficio, en el que la habilidad y la precisión son indispensables. El blanco bigote, bien cuidado, la boina azul y unos lentes que facilitan el mirar cercano, ayudan a describir a su propietario. El sastre, a veces punteando incluso sin ver, cuenta con chispeante vitalidad que por sus manos han pasado ex alcaldes, autoridades y personalidades importantes de la ciudad. Que su maestro, con cuya desaparición también terminó la vieja sastrería, estaba a unas decenas de metros de su taller. “Era uno de los más importantes de la ciudad, y un verdadero maestro que no se guardaba los secretos para sí”, cuenta.

“La gente ahora se pone cualquier cosa encima. Nosotros hacemos a la medida, cuidando que el traje entorne el cuerpo. Por eso, este oficio es complicado y el paciente, para vestirse bien, tiene que venir varias veces”. Al fondo, trabajando en silencio y casi sin levantar la vista, un hombre maduro se afana, lidiando con una tela. “Es mi hijo”, nos comenta. “Está solo pocos meses, desde que le despidieron de la fábrica. El oficio está duro, pero al menos es nuestro propio negocio. Nos da para vivir”.

Las figuras de modelos caucásicos, rubios nórdicos e italianos, con mirada de *latin lovers*, empapelan las paredes, mientras los impecables trajes recién terminados, penden de sus armadores a la espera de ¿quién sabe quién?

Es el sastre del barrio, el sastre de la ciudad, que desdeña de las escuadras y reglas importadas para quedarse con las que él mismo mandó a hacer. “Estas se ajustan mejor a nuestras formas”, dice, provocando una risotada colectiva, para luego devolver la concentración de su mirada a las blancas puntadas que van armando el traje auténticamente hecho a mano por uno de los hábiles sastres cuencanos.

No se puede abandonar El Vado sin observar otros negocios y otros oficios. La hojalatería brilla enmarcando la puerta del negocio. El genial abuelo que aprieta a su nieta con sus fuertes brazos, en su taller de inmemorables artilugios. “Yo no estudié en la universidad”, dice con orgullo. “La universidad es solo teoría, y luego los universitarios vienen a aprender conmigo”, sostiene con un dejo de poca modestia, para luego añadir, “Sin embargo, creo que entre ambos hacemos bien las cosas”.



Son gente para quedarse conversando, desprenderse de ellos cuesta trabajo, porque en el fondo sienten una necesidad vital de que alguien les saque de su soledad y concentración cotidiana.

Pero hay lugares, espacios que preservan los oficios y la memoria de la ciudad que no pueden ser ignorados: colores, decenas de colores que caen como cascadas, iluminando el ambiente. Son las tiendas de polleras y de la vestimenta campesina en general. Es otra clase de sastrería. Afortunadamente exitosa, pues viste especialmente a las mujeres que han decidido mantener con orgullo, sus ancestrales formas de vestir.

Hay alegría en sus propietarios, hablan de nuevos gustos y de nuevos productos, de telas aterciopeladas para ocasiones especiales y de colores de impacto. Conocen de un mundo de gusto y moda, ajeno al urbano-ciudadano. Saben cuál es el traje —y por ende el color— apropiado para cada ocasión. Las clientas esperan con paciencia y se integran incluso en la divertida conversación, mientras la cámara, con sus disparos, es aceptada progresivamente, como una presencia extraña, pero inevitable.

Afuera, alguien vende orquídeas, mientras una señora algo obesa se ofrece a cuidar las bicicletas. Al frente, la comida popular embriaga con sus olores los pasillos y la vitalidad sugiere la presencia del mercado. Es el mercado 10 de Agosto, extrañamente moderno, con una arquitectura que encaja poco en las formas de vida de la gente. Pero allí está y la gente lo usa con intensidad.



Es mejor no atrevernos a mencionar la diversidad de actividades y actores, pero sí es posible decir que los sentidos se ponen a trabajar intensamente en el 10 de Agosto: los olores a fruta, a hierbas o a verdura, los sonidos bulliciosos de múltiples conversaciones, ofertas y anuncios, los colores impresionantes y propios de un mercado andino con toda su diversidad de productos, los sabores que pasan por la imaginación para ser sentidos en cada destello de mirada y las texturas frescas que se ven y se tocan, en la cordial relación entre compradores y vendedores, relación humanizada por el diálogo y el regateo, por el halago interesado y por la broma que construye confianza y que hace que los mercados se conviertan, pese al bullicio y al aparente caos, en lugares henchidos de humanidad.

La Plaza de San Francisco se abre como uno de los grandes espacios públicos del centro histórico. Los lunes, un desfile de obreros, gasfiteros, soldadores, electricistas, jornaleros, desde las primeras horas de la mañana, se presenta en sus espacios. Un especial magnetismo hizo, en un día pasado y por alguna razón desconocida, que se escoja este lugar para la compra-venta de trabajo. Pero no es un escenario estático, pues esta realidad cambia los martes y así cada día tiene nuevos actores. Los jueves por ejemplo, llegan tiendas que ofrecen tejidos y sombreros de San Bartolo, y juegos pirotécnicos para reventarlos en las fiestas populares comarcanas que no faltan.





De acuerdo con el relato de Alexandra Moreno,

Los vendedores de artefactos pirotécnicos debieron trasladarse de su sitio habitual (sobre la vereda al costado derecho de la iglesia de San Francisco) hacia la vereda del frente, en la Plaza de San Francisco, con motivo del cerramiento con verjas de hierro que se realizó alrededor de la mencionada iglesia.

Los constructores de guitarras acuden cada jueves a esta esquina, donde la administración municipal les ha permitido colocar unas carpas para proteger los instrumentos de los rigores del clima. Hace aproximadamente quince años realizan sus ventas de manera estable en este sitio; anteriormente debían hacerlo de manera ambulante en el centro de la ciudad, aunque se observa esporádicamente que algunos de los artesanos mayores mantienen esa costumbre.

En cinco cubículos blancos, de lona plastificada, se ubican los artesanos de San Bartolo que venden guitarras, charangos, requintos y, con menor frecuencia, violines y otros instrumentos de cuerda como bandolas, bandolinas y cuatros. Se turnan para venir a Cuenca y cada semana están presentes de cinco a ocho de ellos, junto con sus esposas y familiares que traen a vender manzanas y hortalizas en la Plaza de San Francisco, desde las 08h00 hasta las 17h00.

Cuentan los vecinos de San Francisco que la tradición de la venta de instrumentos se remonta a un personaje al que llamaban Chaznacacho; un zapatero que cambió su oficio para dedicarse a la venta de guitarras, cancioneros y manuales para el aprendizaje de la música, quien además gustaba mucho del canto y la bohemia. Dicen que él mismo se encargaba de enseñar a su público las primeras lecciones de guitarra y se complacía en interpretar los pasillos más populares de ese entonces.

Pero la bella Plaza de San Francisco, otrora plaza de toros y de larga e intensa historia cívica y comercial, ha tenido también sus pérdidas lamentables. No hace mucho tiempo, cerró sus puertas la Botica Olmedo, que se cambió a otra dirección, según el relato de Alexandra Moreno:

La Botica Olmedo fue fundada en el año 1932 por el doctor Gabriel Tenorio. Su negocio estuvo ubicado en un local de la calle Presidente Córdova y Padre Aguirre, frente a la Plaza de San Francisco, durante setenta y tres años.

Desde el 2006, se trasladó a su nueva dirección en la calle Juan Jaramillo y Borrero, en donde se procuró reproducir el mobiliario antiguo con las características del local original. Así es posible observar en las vitrinas una colección de frascos antiguos que aún conservan su nomenclatura original y, en algunos casos, las sustancias originales que se vendían comúnmente en las farmacias tradicionales de principios del siglo XX y que han permanecido en los mismos frascos por décadas. Al igual que antaño, todavía es posible comprar una serie de sustancias químicas por gramos y onzas: los colorantes vegetales, el crémor tártaro, las tinturas de romero y benjuí, el agua de rosas, la glicerina, el ácido acético y una infinidad de sustancias químicas para la elaboración de jabones, ceras, ungüentos y remedios caseros, al igual que fórmulas magistrales y prescripciones elaboradas tradicionalmente por los farmaceutas de la familia.

La puerta grande, de metal, en el frontis del pasaje León permanece cerrada, a la espera de la rehabilitación del edificio, no obstante otra botica, de aquellas que sirvieron a la ciudad desde hace décadas, se resiste a desaparecer: es la *Botica Galarza* que “junto con la botica del doctor Sojos, eran las dos boticas más populares de la ciudad de Cuenca. Su propietario, don Manuel Eloy Galarza, preparaba remedios como la pomada *guayacolada* para los golpes, el agua de las princesas y la *cold cream*, tónicos, jarabes, ungüentos y las apetecidas sodas”.

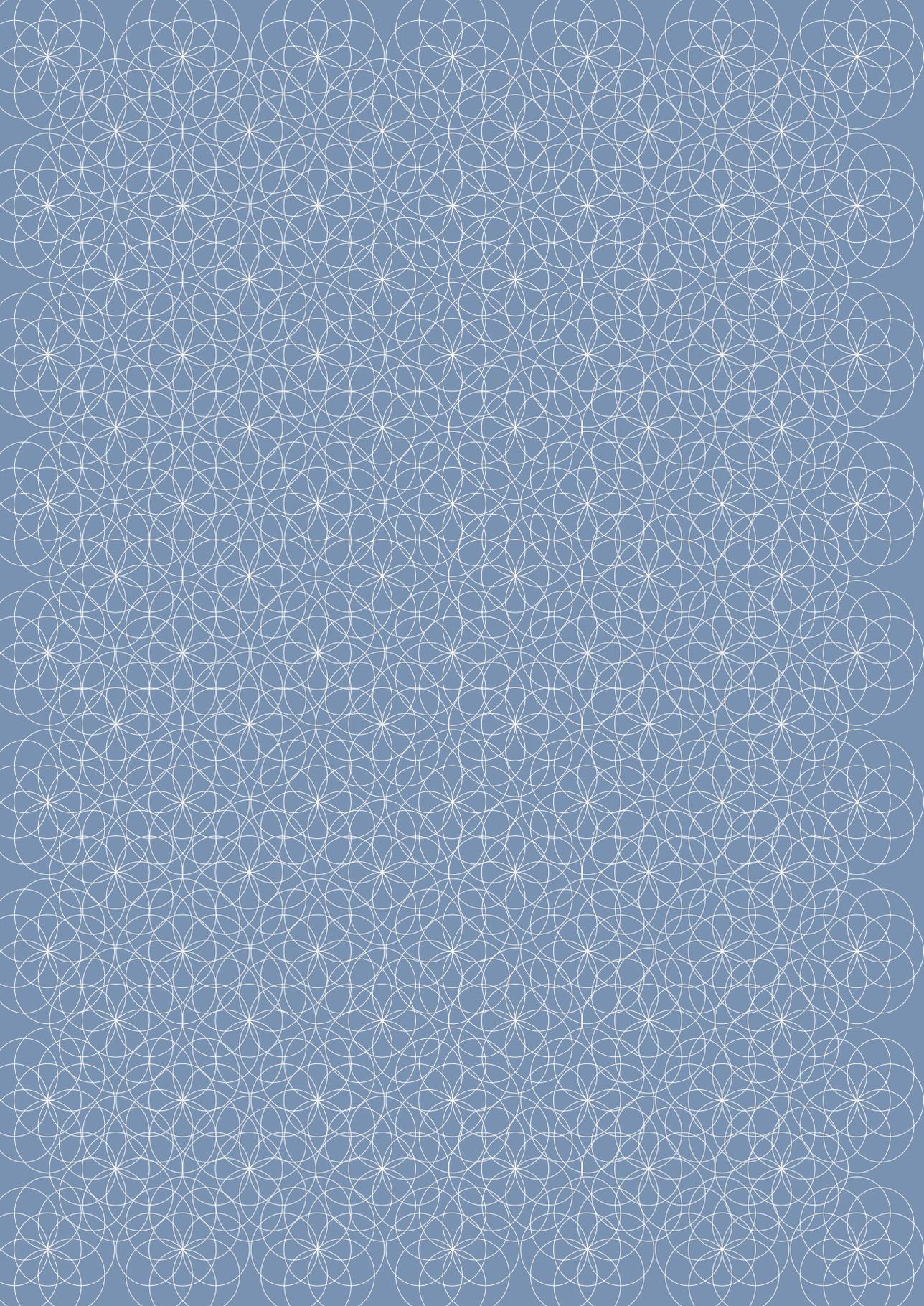


A esta botica se llega bordeando la Plaza de San Francisco, entre negocios de plásticos y otras chucherías, y las artesanías tejidas por los incansables otavaleños. Poco queda del antiguo local. Las cadenas farmacéuticas impusieron sus ritmos de mercado y se llevaron los clientes, dejando a la Botica Galarza el restringido oficio de la preparación de las sodas. Unos cuantos frascos antiguos, amontonados al fondo del lugar, convertido en tienda, testimonian décadas de historias casi perdidas.





**El centro norte**



En la misma calle, solo en la memoria de la gente adulta, queda la presencia de las *Anilinas de Guzmán*. Fue un local de venta de anilinas y colorantes vegetales, muy llamativo por el contraste entre los brillantes colores dentro de un mismo almacén, con características antiguas, que se dedicaba exclusivamente a la venta de tintes para el teñido de la lana de borrego y de las bayetas usadas para la confección de polleras.

El viejo mobiliario de maderas oscuras y el local apenas iluminado por la luz del día, contrastaba con la intensidad de los colores expuestos en frascos de vidrio sobre altas repisas donde relucían los amarillos junto a ocre terrosos, añiles, fucsias, cardenillos, rojos carmesíes y violetas. Los tintes en polvo se vendían por onzas, que los viejitos pesaban en una antigua balanza, sacándolos por cucharas de las cajas de latón y envolviéndolos en paquetitos de papel.

Este local funcionó hasta hace veinte años, cuando ocurrió el fallecimiento de sus propietarios.

Más adelante, en la esquina, la realidad es diferente. *Rodríguez* es una tienda comercial que consiguió mantenerse a flote.



*Rodríguez* lo tiene todo... y el viejo negocio, que exhibe orgullosamente en su reluciente e impecable fachada la fecha de 1918 con números dorados, se va acercando a sus cien años, sin mostrar los síntomas de su edad, más bien con envidiable vitalidad. No mantiene necesariamente los productos de antaño, y quizás esa es la clave del éxito, pero se respira en el ambiente y se observa en el mobiliario el fuerte carácter del antiguo negocio.



El centro se muestra bullicioso y congestionado a esta hora del día. El tráfico es complejo, algo neurótico, lo que hace que la atención se divida entre la necesidad de protegerse y aquella de observar.

Continuando con el recorrido y al llegar a la esquina de las calles Sucre y Padre Aguirre, dejando a mitad de cuadra un intenso olor a café de un negocio lojano, dos remotos, casi desvanecidos, ecos del tiempo aparecen únicamente ante la escrutadora mirada de quien los busca.

La Catedral Nueva es demasiado grande como para dejar entrever la discreta mancha que queda en la parte alta de una de sus arcadas puertas, en la que difícilmente se puede leer, en desvaída letra negra: *FOTOGRAFÍA*. Es el taller de uno de los fotógrafos históricos de la primera mitad del siglo XX, el maestro José Salvador Sánchez.



Del otro lado, la vitalidad de la Plaza de las Flores y su potente colorido se apropian de la atención para dejar casi inadvertida la presencia de una placa que hace tangible la existencia del escultor Miguel Vélez en este lugar.



Se trata de José Miguel Vélez, (1829-1892), escultor cuencano, virtuoso que, en busca del realismo, llega a usar las láminas translucidas de los cañones de las plumas de las aves para las uñas de sus figuras, o a fundir vidrio para sus ojos, o –en una suerte de genio lúdico e influencia de los ingenios mecánicos de la naciente revolución industrial– busca plasmar la expresión de la vitalidad y el simbolismo del amor divino en una figura cuyo corazón abierto vibra por el artificio de unos resortes ocultos.

Heredero de una larga tradición colonial, el talento de Vélez se nutre del oficio y el arte desarrollado por numerosos artistas anónimos de sangre indígena como el genial Gaspar Sangurima y crece bajo la influencia del arte europeo en plena época republicana.

Aunque el ambiente se mantiene efervescente en el lugar, una placa reclama la atención por unos instantes: es un homenaje de la Confederación Obrera del Azuay. La Plaza de las Flores no puede ser mejor deferencia a unos de los espacios más atractivos y monumentales de la ciudad de Cuenca, y en torno a la cual han pasado y pasan aún muchas cosas.



El atrio florido de El Carmen de la Asunción no es solo la antesala de la iglesia, cuya fuerza cromática interior, contrasta intensamente con el austero color blanco de los exteriores. Está también la entrada al monasterio y al torno de las monjas Carmelitas, el lugar, en el que se colocan las indulgencias plenarias y al que llega la gente a orar, a colocar su vela y a pedir –o a agradecer– a Dios por sus necesidades o los beneficios concedidos.



El ambiente, ligeramente más cálido por la temperatura generada por las velas, es un ambiente de fe. En silencio, la gente, más mujeres que hombres, se detienen largamente frente al altar para establecer el vínculo espiritual deseado. Los minutos se convierten en largos episodios de silencio y oraciones apenas murmuradas. El desfile de gente es interminable. Nunca falta alguien en estado de oración. Hay quienes se incomodan por nuestra presencia, y con razón. No dejamos de sentirnos intrusos en el íntimo acto ritual de quién sabe qué historias y reflexiones personales.

La luz incomoda al volver a la plaza, pero la vista se acostumbra rápidamente. Pequeños negocios se abren desde su fachada oriental y la gente se arremolina en torno a ellos. Hay quien vende, con expresión de rutinario aburrimiento, la medicinal y milagrosa agüita de pítimas, más milagrosa aún si proviene de un lugar santo. Pero está también el jarabe de rábano, los vinos de misa y los reconstituyentes, en los cuales una pequeña dosis de fe también cuenta para el éxito del negocio.





Junto a esta puerta, en el negocio de al lado, dos mujeres de edad madura atienden amablemente a sus clientes, vendiéndoles todo lo que disponen en relación al culto religioso, desde cirios, cintas, telas, imágenes religiosas hasta vestidos para los niños tallados en madera. La contagiosa alegría contrasta con la seriedad de su vecino. El negocio también es bueno, pero otro espíritu se condensa en este espacio. ¿Podría ser otra la actitud, de quien tiene en sus manos los vestiditos del Niño Jesús?

El niño también tiene sus modas. ¡No podía ser de otra manera! Luego de dejar de lado las imágenes producidas en serie, nos exhiben orgullosas lo que realmente vale la pena: el vestidito, cuidadosamente ribeteado que es extraído de un empaque.





Ríos de gente y cadenas incontenibles de vehículos no aplacan la solemnidad de la enorme fachada lateral de la Catedral Metropolitana. A sus pies, el multifacético espacio acoge cantantes, vendedores, transeúntes, mendigos, beatas que van de iglesia en iglesia y la memoria de las fiestas populares de las cuales son protagonistas, como el Domingo de Ramos o la fiesta del Corpus Christi, entre otras.

El Domingo de Ramos es realmente especial. Palmas y romero, flores y olivos, son la materia prima para elaborar con destreza los elementos que caben en la imaginación popular. Los ramitos son los más comunes, pero se realizan también crucifijos, zapatitos de niño, coronas y tejidos que hablan de hábiles destrezas, probablemente pedidas a préstamo de las tejedoras de esteras, de cestos o de sombreros, que durante todo el año se empeñan en ello.

Ese día es una fiesta colorida, dominada por el verde y por la frescura de las flores cuyos olores embriagan los sentidos. La gente con sus ramos benditos va a su casa para renovar el amarillento adorno que los acompañó durante un año entero.



La fiesta de Corpus Christi, en cambio, es polícroma y tentadora. Una sutil provocación evanescente nace de las tentadoras ofertas de los kioscos. La exhuberancia de los puestos que ofrecen los dulces de Corpus, poco nos recuerda el sentido de fondo de esta fiesta religiosa.

En Corpus, la gente sale por los dulces, los castillos, los amigos..., o las muchachas. Siete días de priostazgos que convierten a la plaza central en un verdadero gran salón social. Es la hora de dejar todo en casa, de olvidar los trágicos noticieros de la TV, de desafiar los fríos de las noches de junio y de salir para, al menos, ver un castillo, mientras las bandas de pueblo rompen el silencio de la noche con melodías criollas.



No falta el exhibicionista, que impertérrito se somete a la lluvia de fuego, mientras los niños no atinan a reaccionar con racionalidad: lloran, se esconden, ríen, se abrazan, señalan con el dedo, mientras el imponente castillo, episodio tras episodio, va ascendiendo con sus luces al cielo, desde donde el Ser Supremo, divertido, gozará seguramente del goce humano, extendiendo su etérea mano para acariciar, antes de su despedida, la luz del fuego de la última paloma.



Abajo, la fiesta se apaga. Sin embargo, en otros lugares, la música sigue, pues como si de un acuerdo se tratase, la gente comienza a buscar las esquinas del parque y sus ocho calles que son el inicio de la trayectoria que les conducirá a sus casas. Aunque, mañana será otro día y mañana vendrá otra fiesta.

En otro entorno, un grupo de gansos se abre camino por las veredas de la ciudad. Tienen una conversación entre amena y estridente. Son alrededor de veinte o veinticinco. ¡Toda una familia! Con pequeños incluidos. Cruzan la calle ante la mirada hosca de un policía, mientras las apresuradas secretarías, desde sus altos tacos, no dejan de exclamar una suerte de admiración y temor por el espectáculo. Caminan seguros de su destino –que solo ellos saben–, recorren los portales exteriores de la Gobernación del Azuay, bajan las gradas y obligan a los autos a detenerse para que puedan cruzar la calle. La gente sonrío divertida y ellos se pierden en las escalinatas del lujoso hotel El Dorado, que reemplazó a una hermosa capilla de origen colonial.

En este tramo de la calle Gran Colombia, las ventas de electrodomésticos y de cadenas comerciales nacionales le han ganado el espacio a la vieja ciudad. Horribles construcciones en plena ciudad patrimonial, maquilladas de colores estridentes y de engañosos anuncios, que prometen, todas, economía y felicidad.

Pero la verdadera felicidad la encontramos en la esquina donde dos mujeres, en amena conversación, saborean con deleite los dulces del Royal.



Detrás de la vitrina, dos jóvenes muchachas cumplen con los golosos deseos de sus clientes, quienes, uno tras otro, se dejan seducir por las ofertas. Su propietario, un hombre pequeño y amable, de tantos años en esa esquina, observa las bandejas de dulces que como hace más de medio siglo, ocupan las intactas vitrinas. Son esos espacios donde todos se conocen o se acaban de conocer. Unos recomiendan a otros, los relámpagos, las herraduras chocolatadas o el pan. La conversación gravita amena en torno a los dulces del Royal, en donde ritualmente cada jueves, mi padre, hace casi treinta años, también llenaba las mismas fundas de papel, para llegar a casa con el estupendo postre.

El edificio de enfrente está vetusto y silencioso. Al pasar por la pesada puerta de madera, camino sobre los viejísimos adoquines, los mismos que sintieron el liviano peso de mis zapatitos de niño, corriendo hacia los amplios patios que se abrían al visitante sin mediaciones.



Las paredes amarillas con su zócalo grisáceo no han cambiado de color. Busco el lugar de mi cuarto grado, el Cuarto A. Vienen a mi mente miles de recuerdos de esa lejana infancia: los vales por buen comportamiento, coleccionados en una cajita de fósforos; los *cahuitos*<sup>7</sup> con perfume de caramelo, que los poníamos en juego desde un bordillo; la tarima, desde donde tronaba la amenazante voz del Hermano Carlos; el Primero A, en

7 Cahuitos, eran unos motivos o cromos de cartón que venían en los caramelos Limber, estos cahuitos tenían dibujos e historias. El juego de los cahuitos consistía en reunir estos motivos o cromos, desde una superficie alta que podía ser una banca o una mesa se tiraban los cahuitos al piso, quién iba sobreponiendo los cahuitos sobre el cahuito del rival se ganaba el cahuito montado.

donde un profesor me golpeaba la mano para que escribiera con la derecha; mi primer cuaderno a colores, que me pidió prestado ese mismo profesor y nunca regresó a mis manos; mi niñez, en la que regresaba a casa, sentado en el incómodo cuadro de la vieja BSA, conducida por uno de mis hermanos. Era un tiempo en el que, de pantalón corto, nos movíamos aún en bicicleta.

La vieja escuela está cansada, deteriorada. Un hombre alimenta las palomas; los niños ya no están, aunque quedan las huellas de su bulliciosa actividad en los arcos, en las sucias paredes acariciadas mil veces con manos pegajosas, en los postes metálicos de nuestros encuentros deportivos y en la pequeña placa del lugar, donde aprendía mis primeras matemáticas..., el Cuarto A.

La salida me devuelve otra vez al mundo real. En la esquina, está la Botica 9 de Octubre, aquella que nos permitía guarecernos mientras esperábamos el bus, que, en la parada del frente, llegaba cada media hora para recorrer los circuitos cercanos a casa.



La fecha 1926 pasa inadvertida para los centenares, miles de caminantes, que, con paso apresurado, rozan cada día el antepecho de las ventanas inferiores de una fachada, cuyo anónimo arquitecto sin duda se deleitó al concebirla.



El interior no ha cambiado, salvo algún anaquel y, por supuesto, la oferta de medicamentos que hoy es más variada y abundante.

En esta farmacia, o botica, como tienen a bien llamarse, el viejo estilo se impone. Los productos están en la mente de sus propietarios y administradores. Aunque suene un poco extraño, en estos tiempos modernos, llegan no solo clientes, sino también pacientes, algunos para pedir remedios para tal o cual dolor o para pincharse, entregándose de pie a las expertas manos de los boticarios. Son principalmente campesinos los que buscan sus servicios. Llegan con humildad, y hasta con vergüenza, a contar sus problemas.

Vienen de una realidad dura, en la que la enfermedad es tratada con agüitas, paciencia y resignación. Esta es una botica popular y amable, que mantiene el ambiente en condiciones de familiaridad. Una botica para la gente más pobre.

En contraste, está la *Botica Sojos*. Toda una institución profundamente arraigada en la memoria colectiva de los cuencanos. Ubicada frente a la acompasada fachada del Seminario San Luis, en donde discretamente, en una perdida placa, aparece el testimonio del origen cuencano, del llamado Príncipe del periodismo, *Manuel J. Calle*.



La *Botica Sojos* es quizás la que posee la mayor capacidad de expresar la farmacéutica del siglo pasado, cuando estos establecimientos eran no solo un negocio, sino también un punto de encuentro social, hoy lamentablemente degradados a los *malls* y a otros megacentros comerciales.

De otra manera, ¿cómo entender la cuidadosa disposición de su arquitectura y la solemnidad de sus cielos rasos decorados o de sus muebles impecablemente dispuestos y bien mantenidos?



Llegan los clientes, se detienen tras el mostrador y simplemente levantan un dedo al aire. Es el código de comunicación propio de este espacio para activar el trabajo de una amable mujer de blanca cabellera, cuidada y bien recortada, que comienza con la preparación de las famosas sodas de la botica más importante de la ciudad. Los clientes esperan en silencio y con paciencia, a veces haciendo cola, se despachan con su bebida en pocos segundos. No es el rito de tomar una café en un cercano bar o un helado bien conversado, exhibiéndose en las vidrieras de los negocios cercanos. Es un rito que cabalga entre la magia de la fe, la salud y la costumbre cotidiana.



Un frasco de vidrio y una larga cucharita de metal sirven para mezclar su contenido, que luego pasa a unos torneados y grandes vasos, también de vidrio, y que finalmente van a las manos de los clientes. ¿Cuál es el secreto? Este se guarda celosamente tras un parapeto-anaquel de madera, en donde una joven mujer con actitud de laboratorista, pesa las sustancias que serán mezcladas frente al cliente.

Subiendo por la Lamar<sup>8</sup> desde la Plaza 9 de Octubre, pasamos por la vieja Tienda del Sargento, frente al local que por décadas acogió los estudios de Ondas Azuayas.

El negocio de colchones de ceibo, cuyos costales eran llevados a cuestas por los cargadores, oficio prácticamente extinto, ya desapareció. Pero la tienda, que probablemente es una de las últimas tiendas de barrio (o tiendas de la esquina), se mantiene intacta. Los caramelos y golosinas, también de nuestra niñez, se mantienen aún en los botellones, algunos semivacíos, pero pulcros y ordenados.



---

<sup>8</sup> En realidad, la calle rinde homenaje al Mariscal Lamar, militar nacido en el Perú. También es importante señalar que es típico en los cuencanos, en cuanto a los nombres de calles y avenidas, cambiar el género de sus hombres y mujeres ilustres para entonces hablar de la Sucre, la Luis Cordero, la Honorato Vásquez, el Manuela Garaicoa, el Maricorilé, la Remigio, privilegiando así el concepto del uso –de calle o institución– sobre el personaje.



De no sé qué lugar, aparece su dueño. Retira la tranca desplazable de madera y nos invita a pasar. “Le estaba viendo del frente”, nos comenta. “Conversaba con un amigo”. Mantiene la confianza de un mundo pasado.

Habla de su padre, el Sargento, que inició con la tienda frente a *Ondas Azuayas*, su vecina por varias décadas. Del letrero ya no queda sino el recuerdo. Representaba un río salvado por un puente, árboles y bucólicos paisajes, y la casi infantil expresión gráfica de las ondas radiales –un verdadero milagro en ese entonces– que se irradiaban desde allí hacia remotos lugares. Sin embargo, lo más dramático de aquel viejo letrero es que exhibía orgullosamente las perforaciones de las balas disparadas por las hordas azuzadas por recalcitrantes conservadores y dictadores que la obligaron a silenciar sus audiciones por más de una vez.

*Ondas Azuayas*, una utopía de jóvenes soñadores hecha realidad. Escribe Alexandra Moreno:

La colocación de explosivos en una iglesia y la muerte de una campesina a la aberrante manera de la inquisición medieval pudieron ocurrir de manera casi simultánea en el Azuay de la década de los cincuenta, en la que fuera una más de las siniestras y habituales confabulaciones del imperialismo estadounidense contra las nacientes ideas socialistas de esa época.

Gran parte de la población cuencana fue sometida a una manipulación ideológica que tergiversaba los principios del socialismo y del pensamiento de izquierda al punto de convertirlos en cuestiones demoníacas que ponían en riesgo la integridad moral, las buenas costumbres y el apego a los principios religiosos de los cuencanos.

En ese contexto, una de las víctimas de esta conspiración fue la radio Ondas Azuayas, emisora que había surgido del esfuerzo de dos estudiantes cuencanos, Alberto y José Antonio Cardoso, en el año 1948. Ondas Azuayas se había caracterizado desde sus inicios por mantener una posición de apego a la verdad y a la libertad de expresión, pese al boicot económico y a la presión social que sobre la emisora ejercieron, en varias épocas, los grupos más conservadores de la sociedad cuencana(...)

En 1961, Velasco Ibarra se declaró dictador. Fue entonces cuando Ondas Azuayas cumplió el papel de informar a todo el país sobre los hechos que sucedieron en Cuenca en el transcurso de una manifestación pública en la que fueron apresados líderes del periodismo azuayo, incluyendo al director de la emisora. El 2 de noviembre de 1961 se desplegó [una] brutal violencia. A las dos de la tarde [se] estacionaron frente al local de la emisora dos camiones ocupados por un centenar de soldados, rodearon el local de la radio, despejando a la gente con gases y ametralladoras amenazantes. Un grupo de ellos ingresó a los estudios violentando las puertas, despedazando las instalaciones y obligando al personal de la radio a despejar el local. La emisora fue ocupada por un grupo de militares. Pesaba en su contra una sentencia de clausura definitiva...

Al día siguiente, en contra del consejo de sus asesores, Velasco Ibarra vino a las festividades de Cuenca; el pueblo rechazó su presencia. Se produjeron incidentes con gases y disparos y la pérdida de vidas humanas. El dictador logró su objetivo de coartar la información, pero también se ganó el rechazo de la nación. A los dos días, a su regreso a Quito, habría de renunciar, marcándose el fin del cuarto velasquismo.



Paradójicamente, en 1969, Velasco –durante su último gobierno designado por mandato popular– “otorga a Ondas Azuayas, con todos los honores, un acuerdo gubernamental por un aniversario más de fundación de la emisora que lo combatió, elogiando su labor patriótica y desinteresada y dejando constancia de la importancia que este órgano de comunicación ha tenido en la búsqueda de un futuro mejor para el país”.

En la actualidad, Ondas Azuayas se mantiene como la pionera de la radiodifusión en el Azuay, habiendo cumplido más de sesenta y dos años de labores al servicio de la comunidad. Sus instalaciones se encuentran en la calle Héroes de Verdeloma y Luis Cordero, desde donde transmite en amplitud modulada. Su lema “llegar y comenzar de nuevo”, sintetiza el espíritu combativo y de renovación permanente que ha mantenido y que mantiene indeclinable su presencia en la radiodifusión del Azuay y del Ecuador.

Ondas Azuayas se involucró en episodios fundamentales para la sociedad como la denominada Tragedia de la Josefina, deslizamiento e inundación que en abril de 1993 mantuvieron en jaque a la ciudad de Cuenca. En esa ocasión, la radio mantuvo información ininterrumpida durante un mes, excluyendo de su transmisión la publicidad radial, –con la plausible comprensión de sus auspiciantes–, por considerarla no compatible con la emergencia que se vivía y sirviendo de enlace entre autoridades y comunidad, con varios puestos de transmisión emplazados en el punto mismo de la tragedia, generando transmisiones que eran retransmitidas por emisoras colegas a nivel nacional.

La inestabilidad política del país de los últimos quince años ha sido seguida con atenta observación por este medio, siendo matriz de varias transmisiones radiales que relataron los traumáticos momentos de la caída de presidentes como Bucaram, Mahuad, Gutiérrez y, últimamente, de la situación creada por la policía y los militares en el gobierno del presidente Correa. Varios medios internacionales la han considerado como fuente de información en el sur del Ecuador, especialmente las radios europeas Radio Nederland y Radio Francia Internacional.

Dejando por un momento la calle Lamar, a la vuelta de la esquina del antiguo local de la emisora, en la calle Luis Cordero, está desde siempre La Colmena. Otro goloso destino de los cuencanos.



La Colmena es impecable en su presentación. El reloj de la pared funciona con la hora exacta, los acristalados depósitos de dulces y caramelos tienen sus bocas cuidadosamente tapadas y dirigidas hacia el área del vendedor, los muebles son sobrios y bien acabados, pero es innegable la oleada de atractivos olores que embriagan los sentidos del visitante. En la parte baja de la vitrina, se exponen impecables los dulces, razón de ser de su histórico prestigio.

Este es otro negocio exitoso que no debería desaparecer, y que, conservando aún su añeja sabiduría para la elaboración de golosinas, en un esfuerzo por permanecer en el tiempo, optó por crear espacios para cafetería y para comercializar también productos de origen industrial, como dulces y bebidas, especialmente.

Al salir, frente a su dulce vitrina, casi como una premonitoria amenaza, un vendedor ambulante ha apoyado accesorios para los teléfonos celulares (como ututos<sup>9</sup> en invasión), controles de TV y otros electrodomésticos ligeros. ¡Ojalá nos equivoquemos!



9 Del quichua ututu. "Insecto nocturno: Autolyca semele"

Las calles del centro de la ciudad nos recuerdan las orillas de los ríos, aparentemente inmutables, pero en realidad, sometidas a cambios constantes. Alguien pone un negocio, otro vende su casa o la divide en dos, otro la amplía y la pinta a su gusto, aparecen y desaparecen letreros y anuncios, cambian las vitrinas, cambian los actores, cambia la gente. Hay períodos que cambian mucho más rápidamente, como los ríos tras una creciente. La economía se dinamiza, hay bonanza financiera y sobre todo un acentuado espíritu de transformación en la sociedad. De la misma forma que los ríos, pese a seguir siendo ellos mismos, nunca son los mismos; la ciudad tampoco lo es. Como el agua, la gente sigue pasando por sus espacios, saliendo de misa, de compras, en busca de su amor o de su ser querido.



Las calles de Cuenca no solo se han transformado físicamente, sino que también han cambiado sus nombres. Los viejos nombres ilustran usos, oficios y el espacio organizado bajo la visión colonial. Así, lo evidencia el relato del ex alcalde Leoncio Cordero, entregado a Viviana Iñiguez.

**Calle Real del Vecino:** actual calle Rafael María Arízaga, nació en el Vecino y no se extendía más allá de la Luis Cordero. Constituía la principal entrada norte de la ciudad. En este lugar se colocó la Picota del Rollo que todavía se mantiene como un espacio simbólico en Cuenca.

En 1930, esta calle tomó el nombre de Sandes, en honor del general inglés que participó en la Batalla de Tarqui. Posteriormente en 1961, tomó el nombre del jurisperito y parlamentario cuencano Rafael María Arízaga.

**Calle Ayacucho:** actual calle Pío Bravo, recibió este nombre para recordar el lugar en el que el general José Antonio de Sucre libró la batalla que selló la Independencia americana.

En 1930, tomó el nombre de Tomas Heres, en homenaje al militar colombiano que actuó en las guerras de Independencia. Posteriormente, en 1961, tomó el nombre de Pío Bravo, en honor del jurisconsulto cuencano, defensor de los derechos democráticos.

**Calle del Arrabal:** actual calle Antonio Vega Muñoz, inicialmente fue un estrecho camino, paralelo a la calle Real del Vecino, un arrabal que, en 1930, tomó el nombre de Junín, en honor a uno de los lugares de la libertad americana. Posteriormente, en 1961, tomó el nombre de Antonio Vega Muñoz, en honor al caudillo cuencano, defensor de las libertades públicas.

**Calle de la Plaza:** actual calle Gaspar Sangurima, fue una de las principales vías de la ciudad antigua. Desde 1930 tomó el nombre de Gaspar Sangurima, en honor al artista, escultor y pintor cuencano, que fue el fundador de la primera escuela de artes y oficios de la región.

**Calle de la Ronda:** actual calle Lamar, fue una de las primeras calles de la ciudad y lugar de encuentro de reuniones nocturnas. Posteriormente tomó el nombre de Tres de noviembre, en honor a la fecha libertaria. En 1930, se llamó Rivas y, en 1961, tomó el nombre de José Domingo Lamar, en honor al militar cuencano de la Independencia que combatió contra Sucre.

**Calle de la Corte:** actual calle Gran Colombia, fue inicialmente llamada De la Corte porque ahí se ubicaban las notarias y dependencias judiciales. Posteriormente tomó el nombre de Francisco de Paula Santander, en honor al político y general del Ejército colombiano, Presidente de Nueva Granada. En 1961, tomó el nombre de Colombia, en honor al vecino país. Posteriormente recibió el nombre de Gran Colombia, en recuerdo de la república que creó el sueño del Libertador Simón Bolívar.

**Calle de la Fama:** fue la entrada occidental de la ciudad, siguiendo la vía a Naranjal. Fue el camino que siguió Bolívar en su entrada a la ciudad y que continuaba la calle De la Corte. En ella se encontraban las primeras fábricas de tejas por lo que recibió el nombre de calle de El Tejar. En 1961, tomó el nombre de Convención del 45, porque por esta vía llegaron desde Guayaquil los patriotas que integraron la Convención Nacional de 1845.



**Calle del Sagrario:** actual calle Simón Bolívar, es la principal vía de la ciudad. Nace en el costado norte del Parque Central Abdón Calderón y termina en las iglesias de San Sebastián (occidente) y San Blas (oriente). En 1930, tomó el nombre de Libertador Simón Bolívar, en honor al general venezolano, libertador de América.

**Calle del Águila:** actual calle Sucre, se ubica al lado sur del Parque Calderón y corre paralela en el mismo sentido que la Bolívar. Posteriormente tomó el nombre de Benigno Malo. En 1961 recibió el nombre de José Antonio Sucre, en honor al Mariscal de Pichincha y Ayacucho.

**Calle Santa Ana:** se ubica entre la calle Sucre y Bolívar. Es una estrecha vía peatonal, que va desde la calle Benigno Malo hasta la Padre Aguirre, ubicada en el costado norte de la Catedral Nueva y el Seminario. Tomó su nombre en honor a la patrona de Cuenca, Santa Ana. Actualmente está en proceso de recuperación.



**Calle de Hércules:** actual calle Presidente Córdova, en sus inicios se la conocía también con el nombre de Pola. En 1961, recibió el nombre de José María Vásquez de Noboa, en homenaje al ciudadano chileno, prócer de nuestra independencia. Posteriormente, en 1974, tomó el nombre de Gonzalo Córdova, abogado y diplomático cuencano que fue presidente de la República, quedando su nombre popular como Presidente Córdova.

**Calle de las Secretas:** actual calle Juan Jaramillo, se la llamaba así porque en ese lugar se fundó el Convento de las Conceptas. En 1931, recibió el nombre de calle Zea, y posteriormente, en 1961 tomó el nombre de Juan Jaramillo, en honor al jurisconsulto lojano, alcalde de número y legislador por el Azuay.



Mientras en el otro sentido:

**Calle de las Armenillas:** actual calle Coronel Talbot, inicialmente tomó un nombre eufónico de significado desconocido pero que hacía referencia a las armerías de la época. Posteriormente fue llamada calle Moncayo y, desde 1930, fue denominada como Guillermo Talbot, en honor al coronel de origen irlandés que participó en las guerras de Independencia. Popularmente, en la actualidad, es llamada Coronel Talbot.

**Calle de las Panaderas:** actual calle Estévez de Toral, inicialmente tomó el nombre de Las Panaderas porque algunas personas de este barrio se dedicaban a la elaboración del pan que competía con el de Todos los Santos. Posteriormente tomó el nombre de Mariscal Lamar y, desde 1930, tomó el nombre de Estévez de Toral, en honor al ilustre sacerdote, fundador de muchas de las comunidades religiosas de la ciudad.

**Calle de la Cruz:** actualmente llamada Juan Montalvo, en sus inicios tomó el nombre de La Cruz porque terminaba en una de las tres cruces colocadas en diversos sitios de la ciudad. Una de las cruces se ubica en la plaza Cruz de El Vado, otra cruz es la de Todos los Santos y la tercera se ubica en San Sebastián.

Posteriormente, a esta calle se la llamó Urdaneta, en honor a otro de los oficiales de la Independencia. Desde 1930, tomó el nombre de Juan Montalvo, en memoria del escritor ambateño.



**Calle del Vado:** es la que conduce al primer puente de mampostería que se construyó en la ciudad, el de El Vado, que se mantuvo hasta la crecida del 3 de abril de 1950. Posteriormente se llamó Portete y luego Tarqui, en recuerdo de la batalla del 27 de febrero de 1829 que tuvo lugar en los campos del Portete de Tarqui.



**Calle del Panteón:** daba acceso a uno de los cementerios de la ciudad, posteriormente fue denominada Parra. A partir de 1930, tomó el nombre de Ignacio Torres, en memoria del hermano del héroe colombiano de la Independencia, Camilo Torres. Ignacio Torres se radicó en Cuenca y fue el primero en traer la imprenta a la ciudad. La calle es conocida actualmente como General Torres.



**Calle de la Provisión:** actualmente la calle Padre Aguirre. Esta vía fue conocida también con el nombre de Solano, en memoria del ilustre franciscano Fray Vicente Solano. A partir de 1930, tomó el nombre de fray José María Aguirre, en honor al ilustre franciscano de la ciudad. Popularmente se le conoce con el nombre de Padre Aguirre.

**Calle del Toril:** actualmente la calle Benigno Malo, en sus inicios se llamó Del Toril porque era el lugar donde se guardaban los toros de lidia. Posteriormente tomó el nombre de Boyacá, en memoria de otro de los lugares históricos en los que Bolívar derrotó a los ejércitos realistas.

En 1930 tomó el nombre de Benigno Malo Valdivieso, en honor al ilustre cuencano, legislador y primer rector de la Universidad Estatal de Cuenca.

**Calle Episcopal:** actual calle Luis Cordero, en sus inicios fue conocida como calle Episcopal, por atravesar la Catedral Vieja y la Casa de los Canónigos, lugar donde residía el Obispo. En 1930, tomó el nombre de Carabobo, como un recordatorio de un lugar de Venezuela en el que se libró una de las batallas importantes de la Independencia. Desde 1961, tomó el nombre de Luis Cordero o Presidente Cordero, en homenaje al ilustre maestro de juventudes, literario, lingüista, poeta y presidente de la República.

**Calle del Chorro:** actualmente llamada Antonio Borrero, en sus inicios tomó el nombre con el que todavía se conoce al sector norte de este barrio. A raíz del 3 de noviembre de 1820, tomó el nombre de Calle de la Victoria por ser el lugar por donde entraron los patriotas. Posteriormente se llamó Juan Jaramillo y finalmente tomó el nombre de Antonio Borrero Cortázar, en honor al ilustre cuencano ministro de la Corte, gobernador de la provincia y presidente de la República.



**Calle de las Alcabalas:** actualmente llamada Hermano Miguel, en sus inicios la calle tomó el nombre de las Alcabalas porque allí se situaba el lugar para el pago de los tributos. Este nombre fue reemplazado posteriormente por Pichincha, en recuerdo del lugar donde se dio la Batalla del 24 de mayo de 1820 con la que se da la independencia definitiva. En 1930, recibió el nombre de Francisco Febres Cordero, y posteriormente, en 1974, tomó el nombre de Hermano Miguel, en honor al sabio y santo lasallano, nacido en Cuenca, beatificado el 30 de octubre de 1977 y elevado a los altares el 21 de octubre de 1984.



**Calle de Todos los Santos:** actual calle Mariano Cueva, que termina frente a la iglesia cuyo nombre conserva su nomenclatura inicial. En 1930, tomó el nombre de Mariano Cueva, en memoria del filántropo cuecano.

**Calle de la Soledad:** actualmente llamada Vargas Machuca, en sus inicios fue llamada también calle de La Unión. En 1930, su nombre fue reemplazado por el de Alejandro Vargas Machuca, héroe cuencano que tomó parte en las batallas de Independencia.

**Calle de la Carnicería:** actualmente llamada Tomás Ordóñez. Esta calle, en sus inicios, daba acceso a uno de los primeros camales de la ciudad y a la plaza de venta de toros. Posteriormente se llamó calle de La Libertad, y más tarde tomó el nombre de Tomás Ordóñez, en recuerdo del héroe de la Independencia que capitaneó las tropas que promulgaron el bando del 3 de noviembre de 1820.

**Calle de San Blas:** actualmente llamada calle Manuel Vega, en sus inicios tomó el nombre de San Blas por pasar frente al templo de San Blas. Posteriormente se llamó Calle del Sol, por ser la más oriental. Desde 1930, se la llamó Coronel Harris, en honor al militar irlandés que participó en las gestas libertarias. Finalmente, a partir de 1961, tomó el nombre de Manuel Vega Dávila, en honor al cuencano legislador, presidente del Consejo y gobernador de la provincia.



**Calle Vieja:** actual calle Lorenzo Piedra, en sus inicios tomó el nombre de Camino Viejo o la Salida a Loja. Posteriormente se la denominó Lorenzo Piedra, en recuerdo del filántropo cuencano.



**Calle del Batán:** toma su nombre debido a la presencia de los primeros batanes (piedras para moler granos) en este lugar. Daba acceso a los molinos de Gil Ramírez Dávalos. En 1930, tomó el nombre de General Ignacio Escandón, militar cuencano de prestigio y también literato. En 1974, se la nombra nuevamente con su nombre original de Calle del Batán.



Las calles son el espacio público por excelencia. El lugar donde mucha gente se gana la vida, con dificultad, con tesón, con honestidad. Son los espacios que tejen la ciudad, que organizan los movimientos de la gente y que facilitan los encuentros. Las calles son también rincones de la memoria colectiva, en las que el tiempo va dejando sus nombres y sus huellas.

Caminando calle arriba, por la principal Simón Bolívar, entre pitos y protestas, una procesión se mueve con fastuosa serenidad. Es la fiesta de la Morenica del Rosario, en la que los dominicos de Santo Domingo ponen toda su dedicación.

Usan las calles saliendo de su templo, alcanzan la Plaza Central o Parque Calderón, que tiene olor a protesta izquierdista o a algún gremio organizado que acaba de ceder el turno a la sacra manifestación. Los reclamos con puños alzados han dejado el espacio para las oraciones, para la plegaria, para los fieles que acompañan a la imagen en su paseo ritual por la ciudad.

La Morenica llega al templo en cuyo atrio esperan los humildes, que atentos a la ocasión, en medio de las palomas, buscan ganarse su pan para este día.



En la perspectiva profunda de la calle Gran Colombia, antes calle de la Corte, las azules montañas del Cajas perforan un segmento de nubes para respirar airosas. Las calles adoquinadas adoptan sutilmente su cromática y se consumen en su propia perspectiva, invitando a recorrerlas. Conforme el centro va quedando atrás, las casas pierden su majestuosidad y finura, pero no su dignidad. Algunas se encargan de mostrar las transiciones sociales, determinantes en la ciudad periférica de la primera mitad del siglo XX. Columnitas, frisos y cornisas se pegan en las fachadas en una desesperada voluntad de pertenencia a un mundo social que se va quedando en torno al parque central y a sus manzanos inmediatos. Decoraciones austeras y humildes que van desapareciendo, como regla general, al abrirse el compás respecto al centro. Otras decididamente se levantan con modestia en un piso sobre la vereda y optan por lo esencial: una amplia fachada de gruesas paredes, con apenas una o dos ventanas e incluso sin ellas. ¡Huele a pan! De pronto, ese olor inconfundible se expone intermitente a los sentidos. Una puerta casi cerrada expone a uno de sus lados un vistoso letrero que, en estridente color, anuncia:



Y más abajo, como para reubicarnos en el mundo actual, un papel semidesgarrado ofrece:

BAILOTERAPIA  
GRATIS

Así, para ofrecer testimonio de estos curiosos anacronismos ciudadanos tan solo basta una imagen.

De esta suerte, el humo se escapa por las fisuras de la puerta entreabierta. La luz dibuja sus haces en el patio interior y dos figuras fantasmales se mueven incesantemente junto a amplias mesas de madera, por las que desfilan latas y masa en cazuelas, lista para ser moldeada a mano. El calor interior es agobiante. La boca del horno, de hecho, arroja lenguas de fuego esporádicamente.



La conversación no detiene el trabajo, porque el horno no espera. Los panaderos hablan sin mirar a los ojos y sus movimientos, extraordinariamente diestros, van llenando latas y más latas de pan de sal que tiene que leudar en los anaqueles.

Nos cuentan que para la una y media (de la tarde) saldrá el pan caliente, pero por si acaso no regresemos, la esposa se integra a la conversación con una funda, que la llena de pan de sal y de pan de Pascua. “¡Traeráme no más el pavito en Navidad!, dice al fin levantando la voz. ¡A usted sí le doy horneando gratis!”, se compromete. Salimos entre la densidad del humo, asombrados de esas personas que no dudan en compartir parte del fruto de su enorme esfuerzo cotidiano.

Otra casa esquinera; otra referencia que buscar. Justo al frente de la panadería, un adusto señor contempla nuestros torpes movimientos tratando de acomodar el pan en la bicicleta. Está vestido y peinado de forma impecable, mientras una señora, de cano cabello, permanece sentada, con una sutil sonrisa dibujada en su rostro.



Al ingresar, como si se tratase de la portada de una fábula de niños, sobre una tapizada pared, decenas, centenares de relojes mecánicos avanzan con sus manijas inexorablemente.

Marcan el paso del tiempo con disparidad. El espacio de trabajo es pequeño, apenas una silla, una mesa protegida por un vidrio a manera de vitrina e infinidad de pequeñísimos objetos desperdigados en su propio orden. Relojes, más relojes, estos de pulsera, figuras de hombres con martillos, como los moros del legendario reloj de la plaza San Marcos de Venecia, relojes de arena, engranajes de todo tamaño, llaves de cuerdas, finas cadenas metálicas, diminutos destornilladores... en fin, el mundo de la relojería en su expresión plena.

“No me haga fotos... no quiero salir”, nos dice cultamente, “pero haga no más las fotos que quiera del local”. Desde la llegada de los relojes digitales, el oficio se desplomó. “Ahora solo trabajo para coleccionistas y para personas que guardan con afecto sus viejos relojes”.

Su actividad es serena, en espera de sus pocos clientes y mientras exploramos el lugar, alguien, con un reloj en las manos, entra con cierta timidez.

Le indica el problema, especulan sobre el daño, se ponen de acuerdo en varias cosas, menos en el precio.

“Hay que abrir su relojito, para ver cómo están los engranajes”, le indica con voz serena y pausada.

“Por los repuestos, no se preocupe..., los encontraremos”, lo alienta.

Hay trabajo para los próximos días. Con la misma amabilidad con la que nos recibe, nos despedimos. En la calle, un pequeño hombre de acento costeño apura el paso para alcanzar la vereda con sus diez o doce chivos moviéndose en manada. Ofrece leche de chivo. La ciudad es aún permisiva a estas formas de ganarse la vida, mientras más allá, una mujer campesina, con una chalina en la cabeza, a la antigua usanza, negocia mangos con una vecina. Los mangos, succulentos y provocativos, se amontonan en una carretilla que recorre la ciudad. Sobre ellos, un ramito de hojas corona con frescura. Son mangos vendidos por encargo o a riesgo adquiridos para ganarse unos pocos dólares al día.



A dos cuadras, buscamos la calle Lamar sobre la Juan Montalvo. Una casa esquinera de un piso se abre con sus puertas hacia las dos vías. La vivienda está pulcra y bien mantenida hacia el exterior. No hay nadie, los espacios están abiertos, pero lo único que se puede observar son sacos de tierra, pequeños adobes, costales de Albalux y colas naturales. Sobre una mesa grande, se observan otros productos desordenadamente dispuestos. Al frente, una pequeña mesa y una vitrina enmarcan una colección de cerca de doce imágenes religiosas, dispuestas casi una encima de otra. Sobre ellas, un retrato del Presidente, ungiendo con un estrechón de manos a un no muy brillante candidato local; recuerdos de la campaña. “Dale...”, resalta sobre el fondo verde con letras azules.

Repentinamente, sin saludar siquiera, ni preguntar nada, un pequeño hombre de ojos vivaces aparece desde la sombría puerta, junto a un manojó de cabuyas y nos dice: “Mi esposa está muriendo en el hospital”.

Sus ojos impresionan, lleva un rosario al cuello y sin que se le pregunte, cuenta con enorme vivacidad su propia historia. Nos habla de su niñez en la calle, ganándose la vida de mil maneras y de su negocio de materiales para la construcción con tecnologías tradicionales. Cuenta de los señores a quienes ofreció sus productos, habla de sus vecinos, de sus amigos y de quienes se fueron. ¡No se lo puede detener! Al hablar de su familia, recuerda con cariño a un personaje que hizo una fotografía de su hija cuando era niña, en la misma vereda donde conversamos.



Él ya tiene más de setenta años. Sus enfermedades le dan pauta para, otra vez, abordar una infinidad de temas. De esta manera, segmento tras segmento, desordenadamente, su vida va brotando como una cascada reprimida por la soledad y el silencio. Es la historia reciente de la ciudad, en la perspectiva de un hombre en el ocaso de su existencia que se las rajó para sobrevivir en una sociedad compleja y discriminante, pero que al fin, pese al dolor del ahora, está en paz consigo mismo.

La Tarqui es la calle que asciende hacia la loma de Cullca. Su ambiente, saturado por el ruido y por el humo, guarda la existencia de personajes que están interrelacionados entre sí, por la vecindad y porque trascendieron, cada uno en sus actividades. Vicente Tello y Víctor Arévalo. Tello, fotoreportero; Arévalo, pintor de oficio. Los buscamos, pero no están. Ambos salieron al encuentro con su ciudad, como lo han hecho en las últimas décadas. A los dos los une no solo la vecindad, sino también su complicidad en la fiesta de los Inocentes.

El estudio de Tello es una especie de tienda-estudio. Tras el mostrador, se despliegan imágenes de la ciudad, del Papa junto a Luis Alberto Luna y fotos de diversos personajes, como el Suco de la guerra.

De Tello dice Viviana Iñiguez:

Vicente Aureliano Tello Tapia, de 79 años, nació en Cuenca el 21 de enero de 1932, hijo de don Miguel Tello Jara y doña Mercedes Tapia. Educado en el seno de una familia humilde de formación estricta, Don Vichi se inició desde muy pequeño en el ámbito laboral: su padre, don Miguel Tello, exigía que desde niño trabajara en las vacaciones en la jabonería de don Benigno Terreros. Él estaba encargado de sacarle brillo a las bolas de jabón. Su instrucción y trabajo fueron fomentando la disciplina y la responsabilidad dentro del carácter de Don Vichi.

A finales de 1946, don Vicente Tello incursionó en la fotografía como ayudante de cámara de don Alejandro Ortiz. Posteriormente, las películas en blanco y negro que llegaron al estudio Ortiz, en la década de los cuarenta, pasaron por las manos de Vicente Tello, revelando decenas de imágenes en un cuarto oscuro. Estas imágenes años más tarde se convirtieron en las compañeras de su oficio; un oficio que hoy, más que en ningún otro momento, él revela como a una fotografía, con sus 65 años de trayectoria.

La experiencia en el foteriodismo le hizo adquirir “roce social”, dice don Vicente, pero también lo formó en valores, como la sinceridad y la honradez que no solo los aplicó en su vida, sino que también fueron inculcados a sus seis hijos.

La fotografía de Tello se ha caracterizado a lo largo del tiempo por ser una foto de denuncia social, plasmando la sensibilidad y la estética. En ella perennizó la vida del padre italiano Carlo Crespi, quien trajo el cine a Cuenca y solo permitió ser fotografiado por Vicente Tello, su amigo cercano.

Sus fotografías están dedicadas a los niños de la calle, a la tercera edad, a la mujer de la ciudad y del campo, en general, como él mismo refiere: “a las cosas simples de la vida y a la sencillez humana”.



Entre otras, una de las particularidades de los trabajos que ha generado don Vicente Tello es expresar a través de sus imágenes el dolor y la miseria de la gente de las calles. Así, ha dedicado una serie de sus fotos al alcoholismo, desde las plantaciones de caña de azúcar hasta los cadáveres alcoholizados.

El bagaje fotográfico que conserva Vicente Tello, se encuentra encapsulado en más de sesenta mil negativos. Todos ellos tienen una historia; un rostro de la ciudad y su gente. Es uno de los pocos profesionales aún activos que hizo el recorrido tecnológico completo, del “cajón” a la cámara digital.

Don Vicente Tello ha sido a través del tiempo un hombre de luchas. Las luchas internas del fotoperiodista tienen similitudes: en lo deportivo, por demostrarse a sí mismo que era capaz de vencer las leyes de la gravedad (con Jaime Zeas se pararon de manos sobre la cornisa de la Catedral Nueva); en lo profesional, por demostrar los egoísmos de ciertas decisiones humanas (su mayor patrimonio es una serie de fotos de la ciudad en estado puro); en lo personal, que no hay circunstancia que doblegue el ánimo por seguir la brega diaria (desde hace algún tiempo le da batalla a un cáncer).

Otra de las facetas por las cuales Don Vichi ha sido muy querido es por la participación en las comparsas de los Inocentes. Según recuerda, don Vicente solía disfrazarse junto a su hermano Luis, imitando a personajes de la época, como el Atacocos, la Juana de Arco o los vendedores de cuyes. “Era nuestra locura, lo hacíamos para que la gente que salía a gustar los Inocentes disfrute, y si se reía, repetíamos nuestra gracia”.

En su pared, está la fotografía de otro personaje que nos remite a la niñez. Recordamos al Suco de la guerra, un personaje que, siguiendo las leyes de las hormigas que desafían el sentido común, colocaba sobre sus hombros enormes fardos de carga –ceibo para rellenar colchones, entre otras cosas– y los llevaba a los pequeños negocios de la ciudad. De la pared de Tello “robamos” la imagen para ilustrar el relato de Viviana Iñiguez:

Considerado entre la barriada como un héroe popular, se caracterizaba por ser un hombrecillo gordo, pelirrojo y con la cara llena de pecas. Caminaba con la espalda torcida, bajo el peso de grandes atados de leña que llevaba hasta los hornos de pan de doña Michi Quinde, en el barrio de Todos Santos, como un medio de ganarse la vida.



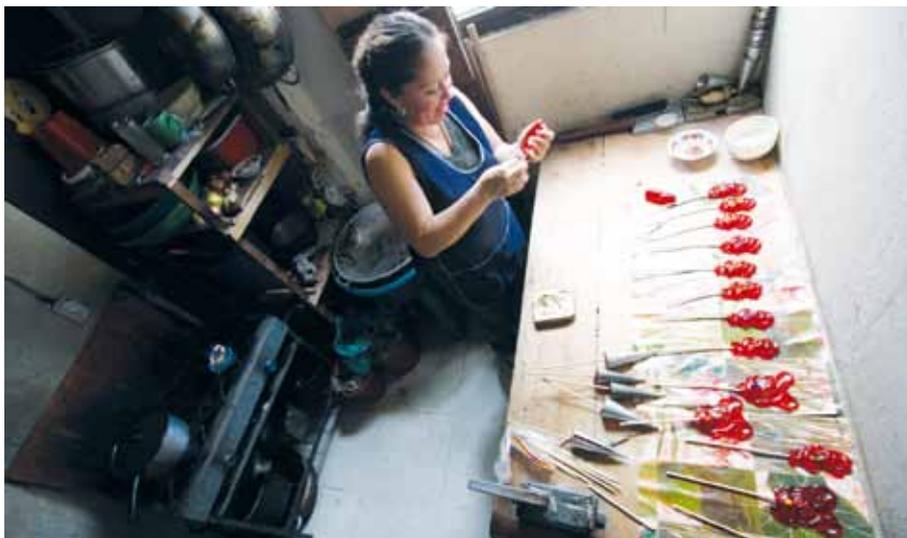
Era un personaje muy religioso, siempre se lo veía en la iglesia de las Madres Conceptas, de rodillas implorando protección a Dios. Conocido por todos como el Suco de la Guerra, por ser una persona de tez blanca, este ex combatiente del Cuarenta y uno, hacía de las calles de la ciudad el lugar propicio para contar a grandes y chicos sus fantásticas hazañas como voluntario en la guerra contra el Perú.

Cuentan algunas personas que, cuando eran chicos, se juntaban entre los del barrio y reunían dos reales para poder comprarle al Suco de la guerra los cigarrillos, en ese tiempo eran los fulles o dorados, para que él les pudiera contar sus historias.

Entre las anécdotas de este personaje se cuentan aquellas de cuando se había montado en un tanque de guerra, u otra, cuando se había quedado solo en la selva.

Según recuerdan las personas de la urbe, el Suco de la Guerra, una vez que acababa de fumar sus cigarrillos, se iba en dirección a la Virgen de Bronce y siempre se despedía diciendo: “Bueno guambritas, me estoy atrasando, mañana para seguirles contando. ¡Ah y no saben que también tuve que pelear con el diablo! Pero esa es otra historia, otro rato les he de contar. Hasta mañana... harán los deberes y vayan pronto a la casa”.

A pocos metros de la esquina de Don Vichi, donde la Tarqui se estrecha por la presión de las pequeñas casitas que resistieron el impulso renovador de los años sesenta y setenta, otro diminuto espacio se abre para el deleite de los sentidos. Apenas un fuego de gas provisto desde una cocina industrial, una antesala mostrador de seis metros cuadrados y un taller de, tal vez, apenas cuatro metros cuadrados, son suficientes para montar una empresa de familia.



La alegría se refleja en el rostro. Los dulces caramelos se ablandan en el fuego para tomar la forma en moldes metálicos de personajes queridos para la niñez. “Siempre hacemos melcochas”, dice, “pero tenemos ahora un encargo de paletas”.

Las paletas del encargo, dispuestas de tal manera que no se toquen entre sí, esperan ser empacadas, pintando el negocio con la vital cromática de lo recién hecho.

Y nos habla de la diversidad de melcochas (¿charcos de miel?) que están probando con nuevas fórmulas y con más variedad. Salimos del lugar con la mochila llena de dulces regalados, con la promesa de volver para probar esas tentadoras bolitas amarillentas que, con el solo contacto con la boca, comienzan a disolverse, recordando sabores de campo y de molienda.



La calle Pío Bravo era casi el límite urbano de la ciudad hace setenta años. De los locales de herreros y chaspapatas quedan solo las bajas casitas sobre la Luis Cordero. Negocios de ropa, agencias de viajes, videos piratas, celulares y accesorios han ido copando el espacio que un día llenaba el ambiente con olores a carne quemada. Y en efecto, los *chaspapatas* combinaban los dos oficios, pues mientras los hierros no estaban en la fragua, su lugar era ocupado por las patas de ganado que se cocían sobre su fuego, aprovechando con eficiencia la energía desprendida del ardiente fogón.

Ese olor a fierros y a carne con pelos quemada, no era ciertamente agradable, pero otra vez nos remite a la niñez, cuando, en pantalones cortos y con el vade de cuero y madera, regresábamos por la tarde de la escuela.



En esa calle, Luis Cordero, entre Sangurima y Lamar, en una modesta casa de adobe, enfrentó con altivez su agobiante enfermedad, quien fuera, en muchos sentidos, una de las mujeres más extraordinarias y revolucionarias y que, alguna vez, allá por los años cincuenta, visitó Cuenca durante una gira artística por Sudamérica y se quedó para siempre. Sobre Carmen Villamana, más conocida en Cuenca como Osmara de León, Viviana Iñiguez relata:



Fue una artista con formación académica desde la infancia, en la danza, el canto y el piano. Su madre descubrió sus aptitudes innatas desde muy pequeña.

Nació el 16 de julio, día de la Patrona del Escapulario, en Santiago de Cuba, por ello la bautizaron como Carmen. Al poco tiempo se trasladó a Zaragoza y Barcelona, en España, en donde su madre la matriculó en varias academias en las que se cultivó bajo la dirección de grandes maestros.



Su nombre propio fue Carmen Estrella Villamana Bretos, que lo ocultó tras el popular sobrenombre de Osmara desde que, tras un período de actuaciones realizadas en México, el periodista Lotario Celi le sugiriera el nombre exótico, con dejo oriental, con el que vino por primera vez a Cuenca, ciudad con la que se identificaría para siempre. El empresario Luis Arias Argudo le había invitado un día, luego de una presentación en Guayaquil, para que actuara en Cuenca, ciudad cuyo nombre nunca antes había escuchado. No le atrajo la propuesta, pero acabó persuadida ante la insistencia y estuvo en Cuenca, donde el destino la retendría de por vida.

Llegó por la noche y se desencantó de la ciudad pequeñita, sombría, sin gente en las calles, pero al amanecer del otro día se sorprendió al percatarse de que en la ciudad había más luz que en otras ciudades americanas y le gustó la gente: “La gente era hermosa, parecía una raza distinta de América, una raza propia de Cuenca. Los rostros de la gente eran bellos, me enamoré de Cuenca”.

Su actuación espectacular entusiasmó el ambiente cultural y al gran público. De aquí se despidió para ofrecer presentaciones en Ambato, Quito, Ibarra y otras ciudades, antes de proseguir su periplo internacional conquistando éxitos. Pero su futuro artístico se vería truncado: siempre en su público aparecía un caballero que la aplaudía con frenesí. Era Ricardo León Argudo, pintor cuencano, quien la siguió por todas partes, hasta finalmente contraer matrimonio con ella en Quito el 12 de abril de 1951.



A partir de entonces, Osmara se dedicaría a enseñar la danza en la ciudad que la adoptó, luchando contra los obstáculos que le salían al paso, desde la desconfianza de una sociedad conservadora y tradicionalista que miraba con escándalo a las adolescentes exhibiendo las piernas desnudas. Así, a finales del año 1951 abrió su escuela de baile, llamada Semblanzas Morlacas.



Ni las críticas negativas, los pasquines, las hojas volantes, que acusaban de inmoral el trabajo artístico, ni las amenazas de excomunión insinuadas en los sermones, flaquearon la voluntad de la joven que más bien asumió el desafío de seguir adelante con más voluntad y fuerza. Hubo señoras que retiraron de las clases de danza a sus hijas y hubo quienes propalaron rumores de que los forzosos movimientos ponían en riesgo la virginidad sagrada y cotizada como un tesoro femenino. Osmara llegó a hacer público un certificado médico para desvirtuar con criterios científicos semejantes disparates.

Una comisión de damas acudió ante el obispo Daniel Hermida, intentando dar explicaciones a favor de la joven artista y maestra, pero el prelado no accedió a recibirlas siquiera, pues una de ellas llevaba una blusa que exhibía parcialmente descubiertos los brazos y era el colmo de la indecencia aparecer con tan impúdicas prendas ante la máxima autoridad religiosa de la ciudad conventual, católica, apostólica y romana.

La persistencia, el esfuerzo, la disciplina, hicieron que Osmara al fin triunfara y fuera reconocida como un personaje singular de la actividad cultural cuencana.

Osmara dedicó a Cuenca toda su energía y todo su entusiasmo, transformada en personaje promotor de festivales, citas de música y danza, a través de los cuales elevó el nivel de sensibilidad del público. Además, incursionó en la radio a través de Ondas Azuayas, presentando radionovelas en las que también actuaba, antes de que apareciera la televisión. En la década de los años setenta trabajó en el Canal 5 de Ondas Azuayas, gracias a la apertura y visión de José Antonio Cardoso.

Mujer apasionada por la comunicación social, mantuvo programas en Ondas Azuayas, emisora con la que identificó su voz y sus sentimientos. Su voz, educada y cultivada con esmero, en su infancia y juventud durante su residencia en España, mantenía una claridad y un timbre inconfundibles, familiarizada con el público de varias vertientes generacionales.

El 21 de enero de 2009, en el teatro Sucre, recibió un homenaje y el afecto del pueblo cuencano por su invaluable trayectoria artística. Más allá de las diferencias entre la escultural danzarina con los pies descalzos de 1951 y la dama octogenaria de años después, Osmara tras su muerte el 9 de abril de 2011, dejó un vacío irremplazable, pero su legado artístico y cultural permanece vivo en la memoria de la ciudad.

En esta calle, unos pocos metros más adelante de la casa de Osmara, impacta a primera vista la presencia de un Cristo mutilado, recostado en el piso de un taller. Las hábiles manos se mueven con destreza y la mente reclama la máxima de Michelangelo Buonarroti: “solo es necesario retirar el material que sobra. La imagen ya está allí adentro”. El olor a cedro recién tallado sale a esporádicas bocanadas hacia la calle. Dos mundos están separados por una virtual línea imaginaria: el mundano espacio público y el sacro espacio del taller, donde el artista se empeña en rescatar las imágenes del madero.



El Maestro inserta su gubia con la mano derecha en una pieza de madera que va tomando la forma de un brazo. Su joven ayudante, al fondo, se encarga de pulir imágenes de niños. Luego, se toma una pausa, y sin decir una palabra, sale del local.



Vuelve entonces la atención sobre el Maestro. Con un rostro que denota alta concentración, dispone en posición paralela su trabajo con su propia mano. Es entonces con frecuencia, ¡modelo de sí mismo! El martillo es una pieza grande de madera con un mango, que permite golpes más finos y manejables. Las herramientas, ordenadamente dispuestas frente a sus ojos, van y vienen. A dos metros de distancia, el maltratante tráfico de la ciudad no cesa, pero él se mantiene imperturbable, intensamente concentrado en retirar el material preciso.



Otras imágenes aparecen trabajadas a medias, sobre todo los Niños Jesuses [sic]—como él los llama— en la clásica posición de brazos abiertos y las piernas cruzadas.

Silbando, con una mano en el bolsillo y otra sosteniendo una bebida, reingresa el ayudante, mientras dejamos el local y nos empinamos por la cuesta, hacia la calle Rafael María Arízaga.

De las viejas imágenes de la ciudad, se puede conocer claramente que esta calle, era consolidada y separada a su vez del centro urbano. Su trazado es ligeramente sinuoso y ondulado. Las casas son predominantemente bajas y en algunos casos están protegidas por poderosos zócalos o altas veredas, facilitadas por tramos de escalinatas.

La Rafael María Arízaga, antigua calle Real del Vecino, posee por muchas razones una envidiable nobleza: allí están las sedes de importantes artesanos cuencanos, lugar donde el sombrero de paja toquilla comenzó a ser trabajado, afianzando así la economía regional y constituyéndose en un símbolo cuencano hasta estos días.



Hoy es una calle apacible, calle de vecindades, donde eventualmente las veredas son usadas como parte de los talleres o como espacios para simplemente ver pasar la gente.

Sobre esta importante calle, Viviana Iñiguez nos cuenta:

Durante este período de la Colonia fue llamada la calle Real del Vecino, por donde más tarde harían su entrada triunfal los líderes de la gesta independista de la ciudad de Cuenca, encabezados por el cura Xavier de Loyola. En el año 1930, esta calle recibió el nombre de Arturo Sandes, en memoria del general inglés que participó en la Batalla de Tarqui y que posteriormente se quedó a vivir en la ciudad. Tiempo después, a partir de 1961, tomó el nombre de Rafael María Arízaga, en honor al ilustre jurisconsulto y parlamentario azuayo. Así, la calle Real del Vecino, o Rafael María Arízaga, es una calle que tiene características arquitectónicas, históricas y culturales de gran atractivo.

La mayoría de viviendas ubicadas en esta calle guardan el típico estilo colonial-republicano. Dentro del espacio que recorre esta vía, existen lugares históricos importantes como la plazoleta del Rollo de la Picota y la plazoleta Joel Monroy, que señala el inicio de la calle.



Se han identificado también vestigios arqueológicos que se encuentran en estudio para ser recuperados a través de un plan municipal. En la calle Real del Vecino o Rafael María Arízaga se encuentra también la iglesia de San José del Vecino, que data de principios del siglo XX. Antiguamente, en tiempos prehispánicos, fue considerada una huaca.

En esta vía se ubican también las casas de los escritores Víctor Manuel Albornoz y Rigoberto y María Ramona Cordero y León, además de la Casa Serrano, que fue un centro artesanal de acopio de sombreros de paja toquilla y un espacio de gran importancia, ya que fue uno de los sitios que impulsó el boom económico de esta actividad artesanal en la ciudad. Así, en la antigua calle Real del Vecino, hoy llamada Rafael María Arízaga, se articula la sociedad por un lado, y por el otro, de acuerdo con el modo cómo se relacionan los individuos y los grupos sociales, se desarrollan distintas formas de participación en su construcción.

Una moto hace parte de la fachada de una casa, subida en el voladizo del taller. En un soportal, cuatro jóvenes departen amenamente; las personas usan poco las veredas y se mueven por el centro de la calle, cada quien con su destino. Al pie de San José, un grupo de mujeres discuten temas del barrio, mientras más abajo, alcanzando casi la Av. Huayna Cápac, un par de talleres ponen sus cosas entre las veredas y en los portales.



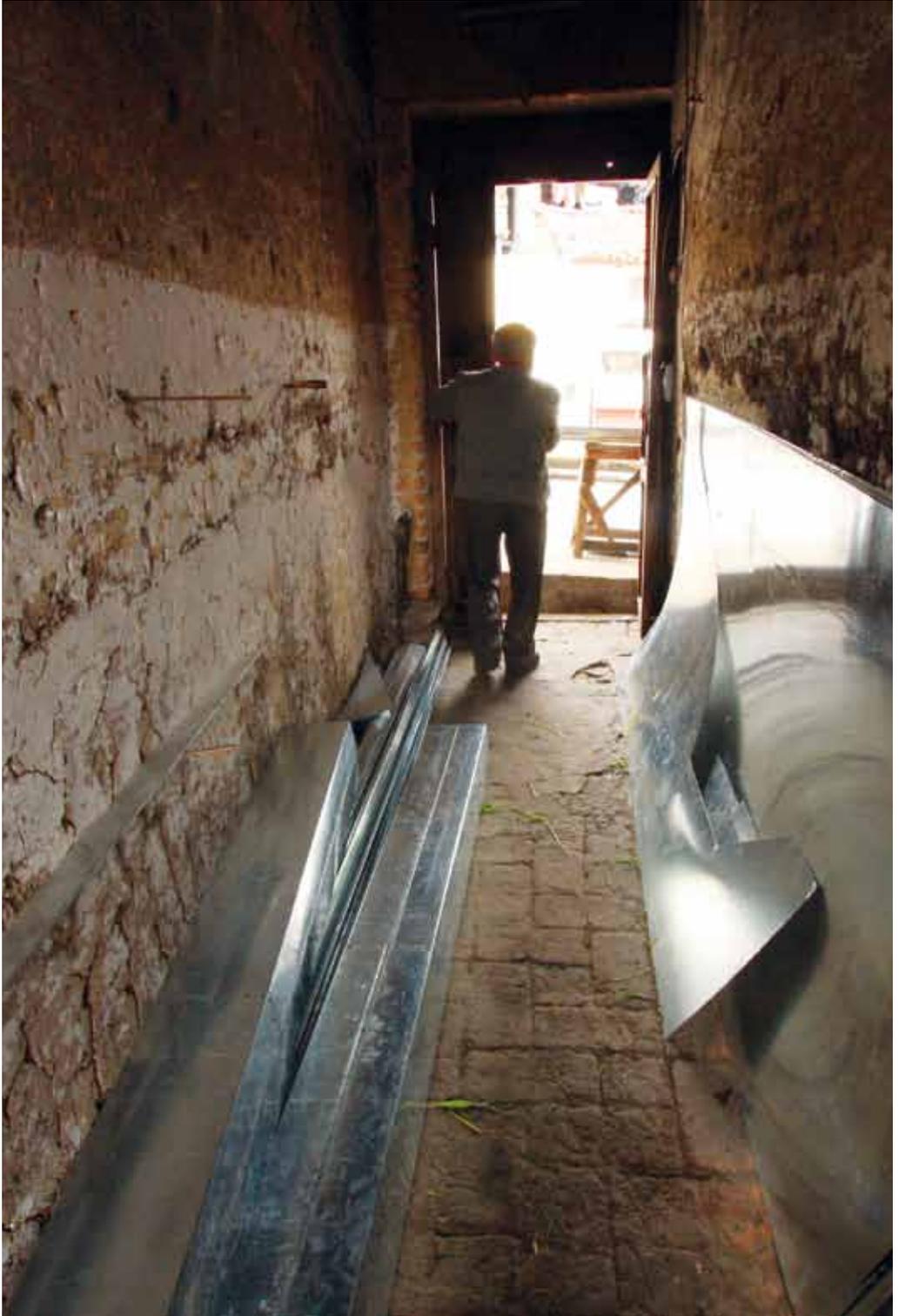
Otra vez un gesto amable, otra conversación abierta, el trabajo se detiene y nos aceptan las explicaciones de rigor. La cámara dispara con discreción primero, luego la mutua confianza generada en minutos de conversación allana el camino. Un viejo maestro llega, y ante la expresión de admiración que mostramos al ver cargas de alfalfa ingresando por la estrecha puerta, con orgullo nos cuenta que adentro tiene muchos animales y nos invita a pasar.



Gallos, conejos, loros, cuyes, patos y un chivo confianzudo, a más de una pequeña jauría, se mueven –los que pueden– en un estrecho patio-callejón en el que se ha organizado toda una granja. El hojalatero es un campesino en sus interiores, un hombre de campo que se las arregla para mantener una variedad de animales, para cultivar sus hierbas para tisanas y plantas ornamentales que se arruman en macetas, en fin, todo un microfundio urbano que combina con su trabajo.

Se siente orgulloso de su mundo, de mostrar sus latones torcidos a mano, que siguen teniendo gran demanda, pese a la competencia industrializada que ha llegado para quedarse. “No tengo preocupaciones por ellos”, dice, –refiriéndose a la competencia industrial. “La gente sabe que nuestros trabajos son bien hechos, y si no, vea los techos de la ciudad..., allí están nuestros productos y trabajito, gracias a Dios, no nos falta”.

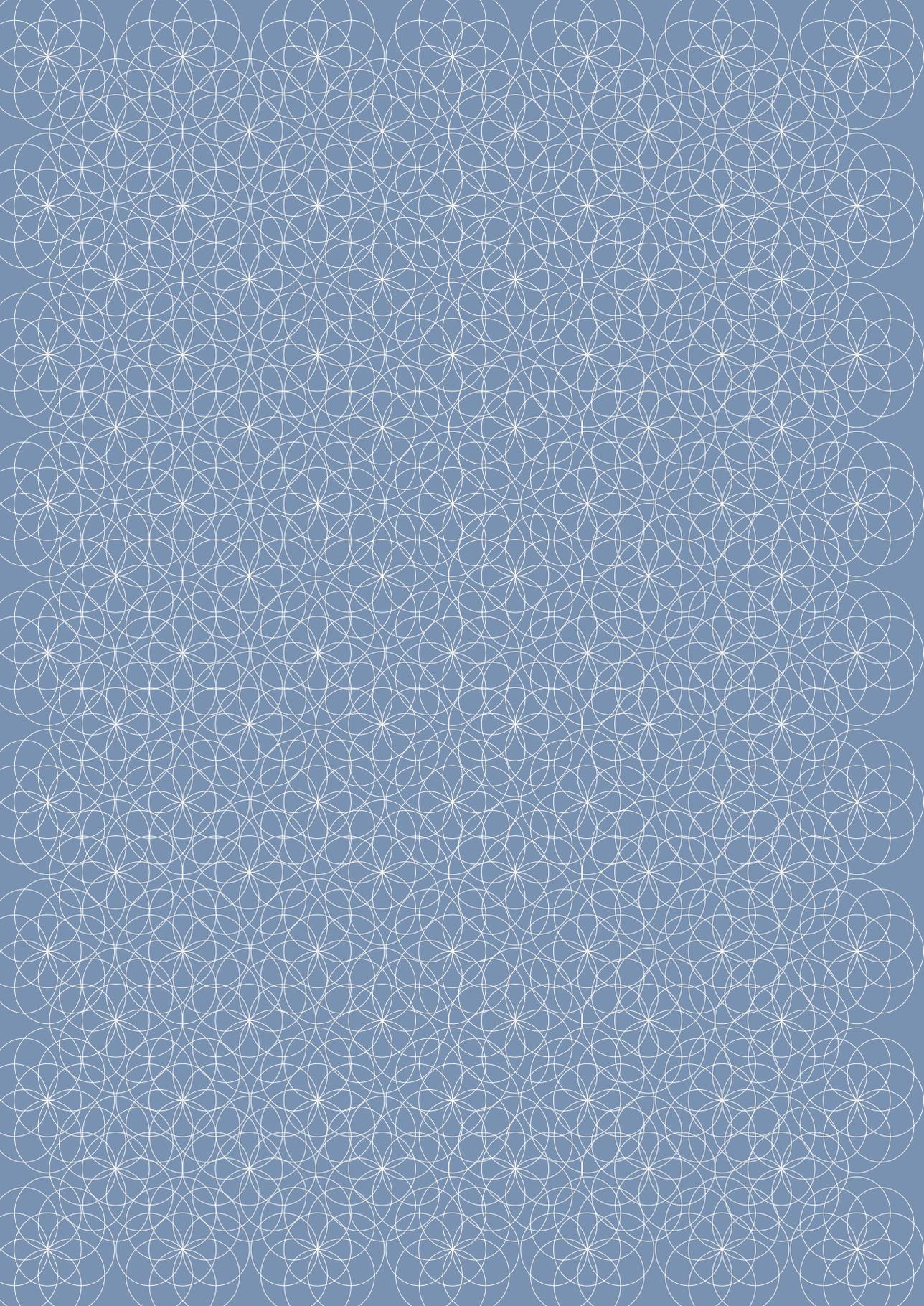
Con orgullo levanta grandes piezas que están recostadas en el pasillo de salida, al tiempo que reitera: “Esto si está bien hecho”.







Otra vez hacia el sur y las áreas periféricas



Hay una parte de la ciudad que en forma diametralmente opuesta, incluso físicamente en relación con la posición de El Vado, da la sensación de estar relacionada con otros usos, diversos de aquellos que tanto apuntalan en otras áreas el patrimonio de Cuenca.

El nororiente, es un área de consolidación urbana relativamente nueva, considerando que apenas entre los años cincuenta y sesenta, se unen la irradiación de damero generada desde el centro con el desarrollo lineal de la calle Real del Vecino o Rafael María Arízaga.

No son actividades humanas de cuestionar. Son espacios simplemente diferentes, donde la gente se gana la vida más bien en actividades vinculadas con la técnica desarrollada en el siglo XX: servicios automotrices, tiendas de repuestos, latonerías, metalmecánicas, talleres eléctricos, ventas de accesorios, todos ellos esporádicamente matizados por una pequeña tienda, un comedor o un establecimiento de educación. Son barrios populares con otras vocaciones. Es palpable: conforme nos aproximamos hacia el centro, el comercio comienza a transformarse otra vez. Aparecen productos agrícolas, abacerías e incluso animales o efímeros mercados de paja toquilla, muchos de ellos en franca pugna con la autoridad municipal por el uso del espacio público.

Las calles se saturan y la gente es cada vez más numerosa, cuando, de repente, aparecen ante los ojos la Plaza Rotary y el mercado 9 de Octubre. Rotary es un nombre que deriva de un modesto monumento colocado en tiempos remotos en el parterre de la calle Sangurima.

La reciente intervención municipal en el espacio público no le quitó el encanto del mercado popular y los vendedores –vendedoras, sobre todo– esperan con experta paciencia la llegada de sus clientes. Es una vecindad. Es frecuente encontrar un puesto sin vendedor, que está siendo momentáneamente cuidado por su vecino. Pueden incluso mostrar y hablar de sus productos, pero lo único que no se atreven a decir son sus precios. Eso sí, tiene que ser discutido con los propios dueños.



Cada cubículo es un espacio especializado en su rama: herrería, carpintería, cestería, alfarería, esteras, herramientas hechas a mano y piedras de moler. Todo lo imaginable, vinculado con el uso ciudadano, se encuentra en este espacio. Sobre este respecto, Viviana Iñiguez señala:

Los inicios de *La Rotary* actual estaban ligados a la venta y al intercambio de productos como hilos, lana de borrego, objetos utilitarios de caucho (especialmente comederos de animales y las *uhustas* [oshotas u ollotas], sandalias que usaban los campesinos para proteger sus pies), venta de ropa usada y la venta de alfalfa para alimentar a los animales. Los artesanos ocupaban la plaza únicamente en la época de festejos cívicos.

Poco a poco, el espacio fue tomado no solo por artesanos de la provincia del Azuay, quienes con sus toldos de plástico improvisaban pequeños puestos de venta, sino que también se instauró la venta y el intercambio de productos de otras zonas del país como Cañar, Saraguro y la Sierra Central (Riobamba y Ambato).

En la actualidad, después del proyecto de intervención urbana, implantado por la Municipalidad de Cuenca, *La Rotary* está conformada por alrededor de noventa y seis puestos fijos de artesanos. Se ha convertido en uno de los espacios más tradicionales en la venta libre de artesanías y de una serie de objetos de uso cotidiano. Los días en los que más comercio existe son los jueves, pues son días de feria, cuando se puede ver la llegada de productos de las zonas rurales de la provincia. Sin embargo la ocupación de la plaza es permanente.



Pero hay otra faceta de *La Rotary* que se activa especialmente los martes y los jueves: un grupo de mujeres ha consolidado su espacio para desplegar sus sabidurías ancestrales mediante la aplicación de las limpias a sus clientes (pacientes) quienes, de todas las edades y clases sociales, con inquebrantable actitud de fe, se someten a los tratamientos de las sabias mujeres.

“Un respetable pediatra recomendó una limpia para uno de nuestros niños que inexplicablemente no paraba de llorar”, cuenta un visitante. Así es como muchas personas también llevan a sus niños, por si acaso, para que les realicen una limpia.

Cuenta Viviana Iñiguez:

Las curanderas, como comúnmente se las denomina, son mujeres que han aprendido el oficio desde tres generaciones atrás (bisabuela-abuela-madre), transmitiéndose así el conocimiento de generación en generación de manera oral.

Las limpias, generalmente se las destina para curar el mal aire, el mal de ojo y el espanto. Antes que nada se deben preparar todos los elementos a ser utilizados: se hace primero un atado de hierbas hediondas o fuertes, que es elaborado a base de hierbas de jardín y de cerro, entre las que se encuentran la altamisa, la salvia, el poleo, la iguila, el sauco blanco y negro, el eucalipto, el chil chil, el chuldón, el laurel, la ruda, la Santa María y los tres huandos.



En el segundo paso, se hace la chuca, que es una masa negra de ruda machacada con ajo, chichira, Santa María, culantro (cilantro) y carbón para darle el color. Esta pasta se coloca, haciendo una forma de cruz, en la frente, el ombligo y la espalda, cuando las personas están ojeadas.

En el tercer paso, se dispone de un huevo runa del día a la mano para poder hacer la limpia y, por último, se utiliza agua bendita o florida para soplar. Para poder confirmar de qué mal padece la persona, en primer lugar, se le pasa el huevo runa del día. Después de que se ha sobado el huevo por todo el cuerpo, se lo rompe en un vaso con agua y, según la forma que adopte, se detecta la dolencia que tiene la persona. Cuando la persona está ojeada, se forma un ojo en la mitad de la yema. Por el contrario, si la persona está con mal aire, el huevo adopta una apariencia como de humo. Finalmente, cuando el cliente tiene espanto, el huevo se torna aceitoso.

Así, entre las enfermedades de mayor incidencia que tratan las curanderas de la 9 de Octubre se pueden señalar las siguientes:

**El mal aire.** Llamado también impresión de aire, se produce cuando una persona *coge el frío*, es decir cuando sale de un lugar abrigado a otro más frío, cuando la persona está débil o cuando pasa por un lugar pantanoso en descomposición. Algunas personas tienen también la creencia de que cuando alguien sale por la noche, en ese momento podría pasar un espíritu malo y tocarla en forma de aire, causándole esta enfermedad.

**El mal de ojo.** Se produce cuando una persona mira algo o a alguien con demasiada fuerza. Esa mirada, que puede ser de odio o de cariño, deja entonces a las personas, objetos o animales *ojeados*.

Los síntomas principales del mal de ojo se manifiestan cuando los guaguas solo lloran y amanecen chugñis (con lagañas). Presentan además vómito, diarrea, fiebre, inflamación del ombligo y cansancio. Así, las personas ojeadas se van *secando*.

Algunas personas tienen por costumbre colocar un listón rojo en los niños recién nacidos para evitar que los ojeen. De la misma manera, a los animales pequeños también les amarran una cinta roja.



**El espanto o susto.** Se produce principalmente en los niños. Existen diversas razones para que los infantes padezcan de espanto. Entre algunas de ellas tenemos las siguientes: por una fuerte riña o discusión de los padres frente al niño, por los nervios, por un fuerte ruido o cuando se caen de la cama.

Los síntomas principales incluyen un cambio de semblante, los niños se vuelven muy pálidos o muy negritos, lloran en exceso, saltan al estar dormidos, se ponen molestos, pierden peso, etc.

**El colerín.** Las emociones, particularmente si son muy intensas, no solo dañan el espíritu, sino el cuerpo, dando así origen a la enfermedad del colerín, caracterizada por dolores de cabeza, cólicos y vómitos, generalmente biliosos, que se manifiestan tras un disgusto, una pelea o algún contratiempo.

Es lógico suponer que la cólera actúa como un elemento desencadenante en los pacientes. La manera de curarlo es provocar el vómito para que salga toda la bilis, porque, según se piensa, el organismo padece un trastorno del flujo biliar por efecto de la cólera.

**El agarrado por la tierra.** Es una enfermedad que se presenta generalmente en la gente del campo. Es atribuida al castigo de la Tierra que, en su sistema de creencias, está considerada como Pachamama o Madre Tierra. Así, puede agarrar el ánimo de las personas cuando estas no cumplen con la entrega de sus ofrendas, conocidas como el pago a la Tierra. También se presenta cuando se hace mal uso de ella.

Los síntomas de esta enfermedad se traducen en un decaimiento general, una pérdida de fuerzas, una flacura extrema y tristeza.

Para curarse, el paciente debe sahumarse con plantas olorosas, palo santo, incienso, mirra y ruda. Además, como complemento de la receta, el paciente debe consumir comidas y bebidas sustanciosas, como por ejemplo, un caldo de res, un mondongo, etc.



**Encantamiento.** Ciertos parajes son considerados como lugares negativos porque allí viven espíritus malignos como la *huaca*, el diablo, fantasmas o duendes.

Estos lugares peligrosos, de preferencia, son las casas de los gentiles, casas viejas abandonadas, lagunas, cuevas, etc. Las caídas de agua se consideran también habitadas por el espíritu de las huacas que pueden encantar a las personas y llevárselas consigo. Consideran que las personas que han sido encantadas, andan como poseídas y difícilmente pueden recuperarse.

Según las curanderas, para poder curarlas es necesario trasladar la enfermedad. A esta operación se la conoce con el nombre de *muda*, término castellano que reemplaza a la palabra kichwa *kutichiy* (hacer regresar). Mediante esta operación se traslada la enfermedad a otro organismo vivo, entre los que figuran en orden de importancia: cuyes, huevos, flores, aguas preparadas, brebajes, talismanes, etc., para hacer que la enfermedad se vaya en ellos.

De la plaza Rotary, en la que magia y las creencias populares se combinan con un atractivo espacio de comercio artesanal, por un pasillo adornado con pinturas murales, se desemboca en la Plaza Cívica, antes parte del mercado 9 de Octubre.

Los lustrabotas ordenadamente se instalan con sus bancos de madera celestes, a la sombra, con vista a la plaza. Niños y adultos se sientan para echarle un brillo a sus zapatos mientras hojean indistintamente periódicos de hace dos días o revistas que están al alcance de la mano. Otros esperan su turno. Es domingo... ¡Vale la pena llegar a casa con los zapatos relucientes!



Al fondo, una cadena de edificios resguarda el espacio. Sus fachadas son testigos de todos los ensayos que se han dado para ocupar ese espacio: Estación de buses, lugar de concentraciones públicas y políticas o mercados espontáneos. Uno de ellos fue el de mercado popular, con toldos y productos desperdigados por el suelo, en cajas de madera, canastas y otras ingeniosas formas de exhibición.

Viene a la memoria la figura del *cargador* quien, por unos pocos centavos, se ofrecía a llevar los productos del mercado a la carretilla y luego a las cercanas viviendas. Las viejas carretillas de madera con llantas recicladas han desaparecido, y con ellas, el oficio del cargador, personaje de estrato social bajo que se ganaba la vida, ofreciendo su fuerza de trabajo.



¿Quiénes son los equivalentes modernos a estos personajes? En la 9 de Octubre ya no existen, cada quien se las arregla como puede y los taxis pululan a la caza de clientes. Pero en la versión moderna de comercialización que ha herido a los mercados populares sin alcanzar a eliminarlos, es decir, en los *súper* y en los *malls*, los muchachitos se ganan la vida recibiendo propinas por empacar y cargar las compras de los clientes, cumpliendo esta tarea con asepsia, con más comodidades y con nueva tecnología. Sin embargo, esta actividad, en esencia, es idéntica a la de los desaparecidos cargadores de los mercados cuencanos.



El sur de la ciudad histórica convoca al recorrido. La plaza de las Monjas va quedando atrás con su vigilante espadaña.

La sensación que sale a flote, tras la flamante intervención arquitectónica, es la de una cierta incongruencia entre comercialización popular y el espacio; el vacío es aplastante. La vitalidad de las clases sociales no acaba de apropiarse del espacio impecable. No obstante, las vendedoras tienen su forma de poseerlo, lo cual probablemente no ha sido entendido en el proceso de diseño. Las bancas se convierten, a fuerza de riesgo, en puestos de venta y la espontánea hilera de vendedoras dibuja territorios en el piso, pequeños territorios impensados. Un par de imágenes religiosas, a manera de altarcito, con una Virgen Dolorosa y un Cristo Redentor, han sido emplazadas en las cercanías. El mundo simbólico de los habitantes del campo, discretamente, comienza a aplicar sus propias transformaciones. Cambian los espacios que se muestran desiertos e impersonales..., otra vez, la ciudad cambia.

Frente a la Botica 9 de Octubre, el olor a café recién tostado y molido ya no existe. El molino de ruedas de madera y bandas, mecanismo fascinante que nos recibía, a nuestros nueve años, en medio de un fuerte traqueteo al bajar del bus está arrumado, en pedazos, olvidado en algún oscuro rincón de la casa que aún se mantiene en pie.

Caminando hacia la calle Larga, el borde urbano de la vieja ciudad de origen colonial, donde un día, soñadores, intelectuales y poetas tuvieron el acierto de mezclarse con las clases de origen popular, en una temprana simbiosis de clases sociales que rompió el esquema discriminante de la organización espacial originado en la Colonia, aparece una extraordinaria sucesión de construcciones que, sin pensar, constituyeron luego una de las principales cartas de presentación de la ciudad: el Barranco del río Tomebamba.

Frente al infinito rumor del río, se levantaron verdaderas mansiones de familias que quisieron aprovechar esa buena vecindad de cristalinas y juguetonas aguas y la belleza del paisaje bucólico del Ejido, sin distanciarse del corazón de la ciudad.

La forma de adaptación al abrupto descenso del suelo hacia el río, en lugar de constituirse en un obstáculo, significó un desafío para la creatividad de sus constructores. De hecho, esto ya sucedió con otras casas del Barranco, como la de la familia Montesinos, hoy conocida como la Casa de los Arcos.



Así también apareció la casa de Remigio Crespo Toral, hoy Museo de la Ciudad, con salones, espacios aterrazados, jardines y decenas y decenas de habitaciones, en las que no podía faltar una rica biblioteca. De esta manera, este edificio se convirtió en uno de los más importantes monumentos de la ciudad. Un espectacular sistema de escaleras se despliega a partir de la misma puerta de acceso a la gran casona del intelectual Remigio Crespo Toral.



Los elegantes salones se abren hacia la calle Larga, pero la luz atrae a recorrer la parte posterior, en donde una gran vidriera se despliega, espectacular, con la vista del Ejido. Estos espacios seguramente un día estuvieron colmados de correteos y bullicio de la numerosa familia del intelectual cuencano.



Allí se presenta ahora una exposición que muestra imágenes, fotografías y objetos, relacionados con la aventura andina de un piloto de la primera guerra mundial que, hace noventa años, desafió los Andes, para volar sobre ellos por alrededor de dos horas y que, en su segundo intento, voló entre Guayaquil y Cuenca.

Elia Liut, en su pequeño monoplano, remontó la cordillera, alcanzando alturas que probablemente no tuvieron precedentes en América (sobre los 4200 msnm), para luego aterrizar ante el júbilo de miles de cuencanos en el Campo Jericó, que es el nombre de una llanura al oeste de la ciudad que se improvisó para este propósito.

Sobre dicho suceso, cuenta Angélica Corral:

Este gran acontecimiento está presente en la memoria de pocos habitantes cuencanos; sin embargo, a manera de historia aún se lo sigue contando. En noviembre de 1920, por las fiestas de Cuenca, en conmemoración del primer centenario de su Independencia, patrocinaron, para distracción de los habitantes, la llegada del primer avión a la ciudad.

La aeronave era un monoplaza de madera y lona que funcionaba con un pequeño motor, bautizado como *Telégrafo I* y era de propiedad del guayaquileño y, en ese entonces, director del diario El Telégrafo, José Abel Castillo, de ahí el nombre del avión. Su piloto, Elia Liut, era un teniente italiano que había estado presente en la Primera Guerra Mundial.

En el contrato que se había firmado, se establecía que el *Telégrafo I* debía realizar varios vuelos locales en la ciudad y hacer piruetas. Además, debía llegar hasta Huigra en ferrocarril y, desde allí, debía ser traído a Cuenca por los denominados *guanderos*, es decir, -como se decía entonces- a lomo de indio. Para esto, los integrantes de la *Junta del Centenario* debían pagar una suma de dinero.

Elia Liut se había negado a este viaje, pues le parecía indigno no llegar volando a Cuenca desde Guayaquil. Castillo tenía sus preocupaciones y no estaba seguro de permitir el vuelo, debido a los peligros que representaba la travesía. Finalmente accedió, pues Elia Liut, respaldado por su mecánico Fedelli y por su copiloto Guicciardi, se hicieron responsables por lo que podía ocurrir en el viaje, de manera que el avión llegaría a Cuenca volando.

Así, pocos días antes del acontecimiento, Guicciardi llegó a la ciudad para buscar un sitio apropiado en el cual improvisar un campo de aterrizaje. Este se situó en el sector de El Salado, conocido en ese entonces como Jericó, que era propiedad del Dr. Víctor J. Cuesta.

Así, el día esperado llegó. Elia Liut salió de Guayaquil el tres de noviembre de 1920, a las siete de la mañana, pero, debido a las condiciones climáticas, no pudo atravesar la cordillera, de manera que retornó a Guayaquil para comunicar que lo intentaría nuevamente al día siguiente.

En efecto, el cuatro de noviembre, a las once de la mañana, los habitantes de la ciudad, aglomerados en el sector de El Salado -dicen que alrededor de veinte mil personas- fueron testigos de algo que nunca antes habían visto en Cuenca.

Cerca del medio día, Elia Liut, sus acompañantes y su avión el *Telégrafo I* fueron recibidos con gran entusiasmo en el Campo Jericó. Luego, se trasladaron a la llamada, en aquel entonces, *Plaza de Armas*, actual Parque Calderón. Más tarde, la recepción tuvo lugar en los salones de la casa de Hortensia Mata, donde Roberto Crespo Toral, Rafael María Arízaga, Remigio Crespo, Honorato Vázquez, entre otros, dieron sus respectivos discursos, como ceremonia previa al gran banquete y al baile.

Pero además, la fiesta también se celebraba en las calles de la ciudad, en sus plazas, en las terrazas de las casas y en los alrededores de Jericó. Todos estos lugares estaban abarrotados de gente que festejaba con mucho júbilo el gran acontecimiento con el que conmemoraban las fiestas de Independencia de la ciudad.



Las bandas de música, los cohetes, los repiques de campanas y los gritos de los vecinos, en homenaje al aviador, se escuchaban en toda la ciudad. Fue un a fiesta memorable que rendía un justo homenaje a un audaz emprendimiento que marcaría un hito en la historia de la aviación, no solo nacional sino sudamericana.

La calle Larga es una de las más hermosas locaciones urbanas de Cuenca. En pocos centenares de metros se condensa toda la realidad social e histórica de la ciudad. En recientes excavaciones, lamentablemente sepultados por estructuras de hormigón, se pudo constatar la existencia de varios estratos de pisos, seguramente algunos de ellos pertenecientes incluso a períodos prehispánicos.

Por ella se llega al barrio de los panaderos y a la iglesia de Todos los Santos, en donde el olor a pan producido en hornos de leña es capaz aún de despertar los sentidos y la imaginación.

Era seguramente una de esas viejas calles en las que se movían las nobles familias para las visitas (con el criado que corría previamente para anunciar el evento), con toda su parafernalia y ceremonias del caso, como lo testimonia el relato de Angélica Corral:

Durante casi todo el siglo XX, y probablemente en años anteriores, eran muy comunes las visitas entre las familias cuencanas. Las relaciones de amistad y familiaridad tenían mucho valor, por lo que se visitaba con mucha frecuencia, ya sea, a algún familiar o a algún amigo.

A falta de comunicación telefónica, era costumbre enviar a la persona encargada de la limpieza y de los quehaceres del hogar –al muchacho o a la muchacha propia, como se los llamaba– para que avisara que en la tarde o en la noche iban a ser visitados, por lo que los preparativos, de parte y parte, se realizaban con anticipación. Las personas que iban a recibir la visita se afanaban para acoger a sus visitantes con hospitalidad y les ofrecían, por lo general, chocolate caliente con pan hecho en casa, queso ahumado y nata. En algunas ocasiones, también les brindaban algún licor fuerte, para los caballeros, y una mistela, para las damas.

Estas eran ocasiones para conversar sobre todo lo que acontecía en el entorno, se hablaba sobre política, sobre los sucesos de la sociedad local, de las innovaciones y de los temas que en ese momento llamaban la atención y convocaban el interés popular. Por lo general, a las visitas acudían los padres con sus hijos mayores. “Me debes la visita”, era la frase clásica del fin del evento, ya que el ceremonioso acto tenía que ser retribuido, de igual manera, con previa anticipación.

En algunas ocasiones la visita servía para que algunas personas, que habían tenido algún percance o pelea, se reconciliaran. Surgía así la figura del intermediario, que invitaba a las dos familias que estaban enojadas. Muchas veces funcionaba la diplomacia y la formalidad. Así, como resultado de la reunión, generalmente se producía la conciliación. En la siguiente reunión, era una de las familias que había superado el problema la que invitaba y, en ella –no faltaba más–, también estaba presente la persona o familia que había servido de intermediaria.

La mediación entonces ya funcionaba como parte de las viejas prácticas de la cultura cuencana. Las familias, por lo tanto, no solo salían de la casa de la familia visitada satisfechas por el estómago lleno, sino también, en muchos casos, con problemas resueltos o con el compromiso formalmente planteado –y aceptado– de dos de sus hijos, con miras al próximo matrimonio.

La calle (por supuesto, no solo la calle Larga) era –y sigue siendo– un gran escenario de humanidad. El espacio del comercio, de la vida cotidiana, de la comunicación, de los encuentros planificados y fortuitos. Es el espacio de los campesinos, de los barrenderos y de otros inimaginables humildes actores como el del Chapa Caca, que reflejan íntegramente la realidad de la vida cotidiana de la ciudad. Al respecto nos cuenta Angélica Corral:

Cuando en Cuenca no existía el servicio de agua potable ni de alcantarillado, por las calles de la ciudad pasaban las recordadas acequias, en las que se depositaban los excrementos de las personas. Como se botaba toda clase de desperdicios y basura a las acequias,

estas se llenaban, por lo que las aguas no podían correr y la ciudad se llenaba de mal olor. Es ahí cuando el Chapa Caca entraba en acción, pues era una persona contratada por el Municipio para limpiar las acequias y así mantener, en cierta medida, a la ciudad limpia y libre de malos olores.

Así era la ciudad, con sus noblezas y sus miserias de la mano, conformando un mundo de roles y de clases sociales bien marcados.

La Larga, como la llaman los jóvenes de hoy, además de esa diversidad social que acoge, desde el punto de vista arqueológico y monumental, es una de las calles más importantes de Cuenca, pues en ella se sobreponen las culturas prehispánicas e hispánica-colonial. Por esta razón, en esta vía se pueden encontrar lugares como Todos Santos, donde se construyó el primer edificio de culto cristiano de la naciente ciudad colonial; el Puente Roto, víctima de la histórica creciente del Julián Matadero (Tomebamba) de 1950, las ruinas de Todos Santos; el restaurante Tres Estrellas, famoso por sus cuyes; y el sitio arqueológico de Pumapungo.

En 1950, este río de montañas, que es el principal de los ríos que baña el valle andino de Tomebamba, y que se había encargado de delimitar la ciudad colonial, de proveer agua y energía para sus usos y ceremonias en todas sus épocas, de inspirar a poetas y músicos y de irrigar huertos y espacios públicos, un buen día se salió de madre y se convirtió en un destructor incontrolable que golpeó, inmisericorde, la modesta infraestructura de puentes de la ciudad y afectó a muchas viviendas.



Sobre este hecho, Angélica Corral relata:

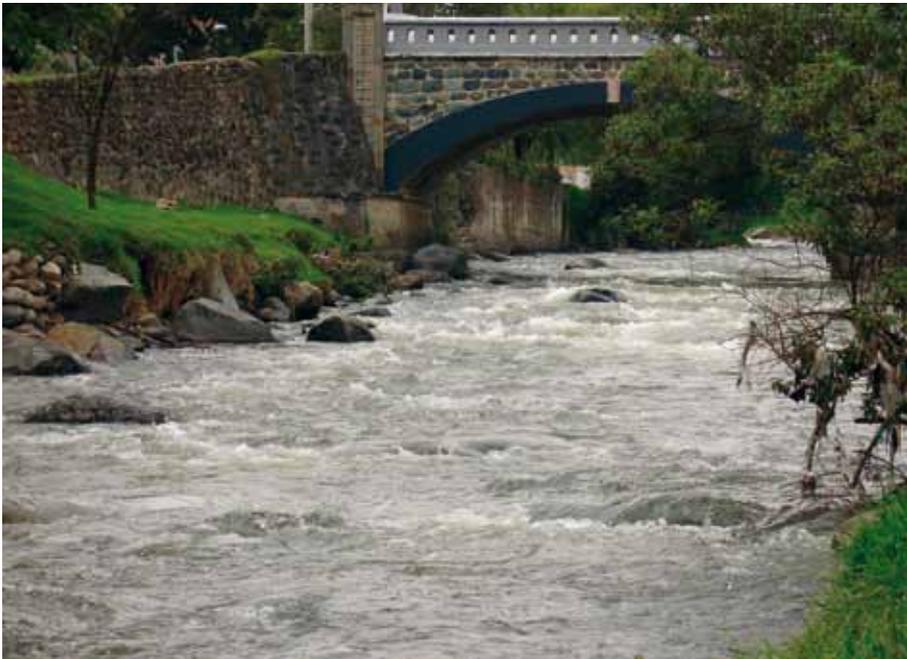
Aproximadamente a las siete de la noche del 3 de abril de 1950, el río Tomebamba, luego de continuas lluvias, se desbordó.

Los habitantes de la ciudad, se alarmaron debido al ruido que hacían las aguas del río. Al acercarse hasta las orillas, para ver lo que sucedía, se dieron cuenta de que las aguas del Tomebamba estaban arrasando con todo lo que había a su paso.

De esta manera, luego de unas pocas horas, se escuchó el primer grito de auxilio que venía del El Vado, lugar en el cual el río ya estaba totalmente salido de su cauce y estaba inundando los terrenos que se encontraban en sus inmediaciones.

En las casas, el agua llegaba hasta un metro de altura, aproximadamente. Entre los vecinos se ayudaban sacando los artefactos que podían y revisando que no quedara ninguna persona en las viviendas. De esta forma se logró rescatar algunas pertenencias de las casas, que poco después fueron destruidas por el río. Las primeras casas en destruirse fueron algunas del sector de El Vado. De igual manera, el primer puente que se llevó el río fue el puente de El Vado.

Las aguas bajaban enfurecidas, con gran corriente y fuerza, por lo que podían arrastrar piedras, animales y todo lo que se encontraba en su camino.



La parte baja de la ciudad quedó prácticamente aislada, con respecto a la parte alta. No había paso por ningún lado para poder llegar hasta la parte alta, pues el nivel de las aguas amenazaba con llevarse el puente del Centenario y el Mariano Moreno, por lo que era muy peligroso pasar por ellos.

Aproximadamente a las nueve de la noche, el puente de Todos Santos, actual puente Roto, el edificio y los corrales del camal que funcionaba en el sitio fueron arrasados también por el río. En los corrales había ganado, que los vecinos intentaron salvar, pero únicamente pudieron rescatar a cuatro reses. Las demás se fueron en las aguas. Había mucha gente que observaba desde este puente el desastre, por lo que es probable que varias personas perdieran la vida al destruirse el puente.

Los vecinos del barrio de Todos Santos, recuerdan que había cuencanos corriendo y gritando desesperados, pidiendo auxilio. Las campanas de las iglesias repicaban, mientras otros elevaban sus plegarias a Dios en el Cielo para que contuviera las aguas. Se escuchaban también cánticos sacros. El escenario se convirtió en una película de terror porque además no había luz, las ventanas y balcones de las casas ubicadas en la parte alta del río estaban abarrotadas de gente que miraba aterrada como el agua se llevaba consigo todo lo que se hallaba a su paso.

Las viviendas ubicadas desde San Roque hasta el Vergel debieron ser abandonadas. En medio de la angustia, los habitantes no sabían hacia dónde dirigirse, debido a que no podían acceder a la parte alta, pues el río se había llevado algunos puentes y los que quedaban corrían el riesgo de ser arrastrados por la corriente.

En la iglesia del Vergel, la creciente provocó, como en otros lugares, un drama propio. Luis Maldonado, herrero que hoy se acerca a los noventa años, recuerda cómo, sesenta años atrás, él mismo, siendo aún joven, y un grupo de amigos vivieron ese día:

Yo les digo a unos amigos, Ricardo Cornejo y Miguel Roldán, “¡El río está creciendo mucho, vamos a sacar las bancas!” Nos pusimos de acuerdo e ingresamos a la capilla rompiendo la puerta trasera, porque ya nos daba desesperación de que entre el agua en la iglesia. Sacamos todo lo que pudimos, las bancas, los cozones. En eso, don Luis, cuando ya estaban saliendo, se voltea y ve el cuadro con la imagen de la Virgen y dice, “¡Ay, la Virgen se queda!” Entonces retrocedieron, don Luis se subió encima del altar, logró desenganchar el cuadro y salieron. Al poco tiempo el río arrasó con la capilla.

Este hombre, de aspecto delgado y trabajador incansable, tiene aún su taller en las herrerías.

“¡Pendejadas!”, dice cuando le preguntamos si toma medicinas para conservar tan bien su salud. “A mi lo único que me hace bien es el trabajo. Sigo haciendo mis chapas y mi mejor mercado es el de Gualaceo, en donde vendo todos los domingos”.



Luis Maldonado es una persona metódica y solitaria. Una extraña enfermedad se encargó de arrebatarle varios frutos de su precioso racimo de hijos, a lo largo de su vida, pese a lo cual, él se mantiene incólume y optimista.

Sus chapas llevan el sello de sus iniciales LM y esta es una verdadera marca de calidad. Nos enseña los trucos de los mecanismos. Así, una sonrisa velada por un orgullo legítimo se desprende de su marcado rostro, al hablar de la seguridad que ofrecen sus trabajos, y nos reímos a mandíbula descajada, imaginando todas las peripecias que tendría que hacer el malhechor si quisiera violentar alguno de sus trabajos. “Es más fácil tumbar la puerta”, afirma enfáticamente, mientras sostiene en sus manos un extraño pedazo de madera que guarda las huellas de sus llaves forjadas a mano.



Los arbustos de romero, que hace una década enmarcaban la entrada a su taller, ya no están. El que sí queda es su viejo jeep Land Rover, reparado y mejorado cien veces por el mismo artesano. Con un manotazo de orgullo sobre el metálico guardafango dice, “ya no se hacen como estos”. Uno de sus hijos, sobreviviente a la extraña enfermedad, se une a la conversación y allí descubrimos que, en él, el oficio de herrero y hacedor de chapas es una actividad complementaria, pues su principal actividad está vinculada con la computación.

El barrio de los herreros se caracteriza todavía por la existencia de muchos talleres; algunos de forja, otros que combinan la forja con la metalmecánica y otros más, que han combinado la culinaria (curiosa mezcla) con el antiguo oficio.



En efecto, el portal de los Guerra es especialmente dinámico, por la venta de tamales, chumales, humitas, quesillos y otros productos que han incorporado a su producción diaria.

Centenares de hojas de achira, bateas de maíz, ollas que evaporan y personas trabajando en su oscuro interior complementan la actividad de la tienda-portal-café-galería que esta familia se ingenió para salir adelante.

Junto al portal, un oscuro pasillo, a manera de túnel del tiempo, conduce a un mundo casi medieval de fuego y sudor humano, en donde jóvenes muchachos se afanan en caldear la forja y en golpear con pesados martillos piezas rudimentarias que poco a poco adquirirán su forma definitiva. Estas piezas son, tal vez los más famosos productos de las herrerías: los candados, que con cuya producción el herrero Manuel Guerra y su esposa Guillermina mantuvieron a su familia y que luego la entregaron a las generaciones posteriores.

Los candados de Manuel y sus sucesores han dado la vuelta al mundo. Han sido publicados en revistas internacionales y expuestos en galerías norteamericanas y europeas, gracias al apoyo del herrero alemán, maestro de la forja artística, Helmut Hillenkamp.



Hillenkamp vino, como alumno, a descubrir los secretos que solo Manuel guardaba y se quedó para siempre vinculado con el mundo de los herreros cuencanos. Con Manuel Guerra, Miguel Cajamarca, Mauricio Quezada y otros, tuvo una cercana actividad que, en algunos casos, la mantiene, desde 1992 hasta hoy.

Junto a su actual compañera, la ceramista-artista Christy Hengst y a un equipo local, trabajó codo a codo con Guerra y con varias personas del barrio, y de otros lugares, en la creación del monumento al Herrero.



Luego, el alcoholismo, el mal de males de muchos artesanos de alta calidad de Cuenca, cobró la vida de Manuel.

A la muerte de Manuel, su taller entró en un período de crisis, pero tanto su esposa Guillermina, como su hija Lourdes, supieron no solo preservar los objetos coleccionados y elaborados por el gran herrero -productor de chapas y candados-, sino que promovieron el trabajo de los jóvenes ayudantes para que el oficio de Manuel no se perdiera en el tiempo.



De esta forma, gracias al estímulo de algunas personas y a la presencia fundamental del Gringo Helmut (como lo conocían en las herrerías), los oficios relacionados con el hierro y el fuego se fortalecieron. Así, el barrio, poco a poco, cobró una nueva vitalidad, con su nueva plaza y la monumental Casa de Chahuarchimbana, (hoy sede de la Fundación Paúl Rivet) que, desde el fondo, aparece dominante sobre las pequeñas moradas de los herreros.

Luego, aparecieron también los talleres de los alumnos de Guerra, quienes a la vieja usanza, aprendieron el oficio con la práctica: desde las tareas más humildes, barriendo, cargando materiales, cortando piezas, poniéndolas al fuego, hasta llegar a las más sofisticadas, preparando forjas, desarrollando mecanismos, calando los delicadísimos diseños de las portadas de los candados y creando animales y plantas de fantasía para ocupar las desnudas paredes de sus estructuras o elementos mecánicos.



Y allí están, con juventud, entusiasmo y energía, tomándose un remanente urbano y levantando con tablas y zinc un espacio de trabajo en el barrio de siempre, el barrio de los herreros.

El barrio de las herrerías ha resistido al despliegue inmobiliario propio del Ejido gracias a la cohesión en torno a su oficio y a la fuerte consistencia de vecindades que aún existe. Así, con el tiempo, más talleres, no solo de herreros, también han aparecido. La vocación artesanal resiste y la vida sigue apacible, esforzada, en medio de pequeños y sorprendentes huertos, de pasillos profundos, de cuyes y gallos de pelea y de hierros arrumados, sacados de barcos de vieja factura –desmantelados– a la espera de ser reciclados, como exige el comportamiento ambientalista contemporáneo.

Pumapungo es el nombre del barrio histórico inca que vigila desde lo alto al barrio de los herreros, custodiado a su entrada por la iglesia del Vergel. En este sitio la historia es densa y se estratifica, pues era el corazón de la ciudad de Tomebamba. Según los expertos, fue la segunda capital del imperio del Tahuantinsuyo, hecha a imagen y semejanza de la capital, el Cusco en el Perú.

Un colegio Jesuita y un edificio que combina burocracia con cultura son las huellas que el siglo XX dejó sobre el histórico sitio, pero también han aparecido los antiguos trazados urbanos y los muros que contienen las terrazas que se exponen sobre el Tomebamba.



Sobre este lugar, escribe Angélica Corral:

Lo que actualmente es el Complejo Arqueológico Pumapungo, en el pasado no tenía mayor importancia para los habitantes. Durante varias décadas fue un lugar desolado y abandonado.

En ese entonces eran terrenos municipales en los cuales, pastaban animales. En la década de los cincuenta aproximadamente, el Municipio declaró al lugar cantera pública, por ello, toda persona que necesitaba piedras para construir sus casas, podía ir al lugar a sacarlas; es por esta razón, que muchas casas e iglesias de Cuenca fueron construidas con piedras de la ciudad de Tomebamba.

A mediados del siglo XX, los Jesuitas compraron parte de los terrenos y construyeron el colegio Rafael Borja, adquirido posteriormente por el Banco Central del Ecuador (BCE), a fines de la década de los años setenta. Posteriormente, el BCE construyó su nuevo edificio en el lugar.

Siempre se supo que en el sitio hubo algo importante, pero, al no ver y no saber de qué mismo se trataba, no se puso en la indagación el interés necesario, sino hasta varias décadas después, cuando el Banco Central, a partir de las excepcionales investigaciones de Max Uhle, contratara al arqueólogo Jaime Idrovo, para realizar excavaciones en el sitio.

Recuerdan algunos informantes del sector, que cuando eran niños, iban a la pampa grande y había un túnel en el cual, como parte del juego, se escondían.

De la magnífica ciudad incaica quedan sus cimientos y algunas texturas de pisos empedrados. Pero también la vocación de cultura que construyó el excepcional arquitecto e impulsor de la conservación del patrimonio, Hernán Crespo Toral, quien fue el mentalizador de los museos del Banco Central del Ecuador, que tuvieron desde la década de los setenta hasta fines del siglo pasado un rol dinamizador fundamental en el rescate del patrimonio del país.

Del otro lado de las herrerías, espera el río Yanuncay, el segundo río en importancia para la ciudad, el más limpio y mejor conservado en términos ambientales.

En su orilla sur se encuentra la Quinta Bolívar, casa reconstruida, que es erróneamente identificada como la que hospedó a Simón Bolívar en su viaje de liberación hacia el sur.



Aún pueden verse, en las inmediaciones, semicubiertas por el *kikuyu*, las largas líneas metálicas que evocan la atractiva y pintoresca imagen del tren –el emblemático proyecto del general Eloy Alfaro– que llegó a Cuenca a mediados de los años sesenta y que, tras una efímera presencia, recibió la estocada final en su recorrido sur, con la tragedia de La Josefina de 1993. Sin embargo, menos de treinta años fueron suficientes para dejar una fuerte huella de la vocación ferroviaria en Cuenca.

El eco de su silbido se escuchaba desde la lejanía... “¡El treeeen, ya llega el treeeen!”, decíamos los niños y corríamos, en familia completa, para recibirlo en medio del tumulto, cerca de las seis de la tarde. El animal de fuego y hierro –lo recordamos aún– se movía estruendoso y pesado, dejando una huella de humo negro en el cielo. Después, ya al llegar a Cuenca, nos agolpábamos en la estación de Gapal, para ver el espectáculo y para llenarnos de la ilusión de convertir las monedas de veinte centavos en un sucre, por arte de su peso.

El orgulloso maquinista nos subía, a los niños, cerca del caldero, pese a su evidente cansancio, y permitía que tuviéramos el privilegio de hacer sonar su silbido, indicándonos además, los códigos de comunicación (a la manera de un morse sonoro) que usaban al llegar o al salir de la estación. Siguen los niños en la estación de Gapal, pero ahora para convertirla en un improvisado parque de juegos, en medio de la herrumbre y vagones abandonados.

En efecto, lo que se observa en la estación de Gapal nos devuelve a la realidad. Los depósitos de agua y del búnker, que servían para generar el vapor que movía al tren ecuatoriano, están oxidados, semidestruidos. Los espacios de espera han desaparecido, son apenas visibles los rieles de maniobra en las que la máquina locomotora era girada para, desde la estación más austral en el Ecuador, tomar rumbo al norte nuevamente.

#### Cuenta Angélica Corral:

El 6 de marzo de 1965, ocurrió un acontecimiento que se encuentra muy presente en la memoria de los habitantes. Fue la llegada del tren a la ciudad.

La estación del tren estaba ubicada en la avenida 24 de mayo, lugar en el cual, el día de hoy, solo quedan pocos elementos como recuerdo: el antiguo edificio, unos pocos rieles y algún vagón, causando añoranzas entre los habitantes.

En horas de la tarde, los habitantes solían volcarse hacia este sector de la ciudad, conocido como Gapal, para presenciar la llegada del tren. Prácticamente en el lugar había solamente la estación, llamada Mariano Estrella, y un restaurante para los operadores del tren, las personas que trabajaban en la estación y los viajeros que llegaban o salían de la ciudad. En el sector, aparte de una y otra casa de hacienda, el resto eran terrenos baldíos.

Posteriormente, también se sumó el servicio de autoferro, que llegaba todos los días a la ciudad y que era un poco más lujoso. Solamente llevaba pasajeros.

Poco tiempo después, el tren dejó de prestar el servicio de transporte de pasajeros; sin embargo, seguía llevando carga pesada. Esto se debió sobre todo a la creación de las vías que permitían a las personas transportarse en vehículos particulares o en autobuses.

Hasta la década de los años setenta, el tren funcionó normalmente, luego se paralizó por años, hasta que en la presidencia de Rodrigo Borja, en 1988, el tren se reactivó con fines turísticos. Al terminar la presidencia de Borja, en 1992, el tren dejó de llegar a la ciudad de Cuenca. Luego, parte de su infraestructura se perdió durante la inundación provocada por el deslizamiento en el sector de La Josefina. Los rieles del tren que quedaban fueron retirados y en su lugar se construyeron camineras y ciclovías.

Hoy en día, en esta zona de Gapal, solo quedan algunos viejos rieles oxidados, la edificación que servía de estación, en donde funciona actualmente un taller de mecánica, los viejos tanques donde se almacenaba el agua y el búnker y algún inservible vagón. Recuerdan los habitantes que el sonido que emitía el tren para avisar su llegada y salida se escuchaba claramente en toda la ciudad.



Así, la historia del tren cuencano se mueve entre públicas expresiones de añoranza y buena voluntad, ofertas políticas y demagógicas, y las huellas y recuerdos de cada vez menos personas.

Las iniciativas de rehabilitación del histórico tren de Alfaro no llegan al Sur. Quedan solo los ecos de su mítica presencia.

La zona periférica de la ciudad patrimonial guarda infinidad de actividades. Muchos artesanos, cocineras y cocineros populares, costureros, creadores y personajes que aún optan por ganarse la vida gracias a un oficio aprendido y heredado, gravitan en estas zonas de expansión urbana.

Hay talleres de cueteros (coheteros), como se conoce en Cuenca a quienes, literalmente, juegan con fuego. Sus espacios de trabajo están hacia la calle y las ligeras estructuras de sus castillos se arruman sobre un carro último modelo, mientras los celosos guardianes ladran, mirando con desconfianza.

El bullicio de los perros despierta al barrio un domingo por la mañana, pero la gente –a diferencia de los animales– amablemente nos permite caminar entre el papel, los carrizos, las mechas y las cuerdas untadas con cera de Nicaragua.

Un tenue olor a pólvora quemada, combinada con el de la cera, flota en el ambiente, cuando nos acercamos a las piezas del castillo semichamuscadas por la fiesta de la noche anterior.

Allí, la fiesta estuvo encendida al pie de la gran catedral, celebrando el Corpus Christi, en medio de la algarabía popular, luego de la procesión en torno al parque, encabezada por el Santísimo en manos del Obispo.





Al otro extremo de la ciudad, en relación con la calle de las herrerías, hay otra calle de viejos oficios y de personalidad fuerte, que no ha tenido la misma suerte de la de los herreros. Es el barrio de la Convención del 45, que nace desde tiempos muy remotos vinculado con la alfarería, gracias a la riqueza en arcillas de sus propios suelos.

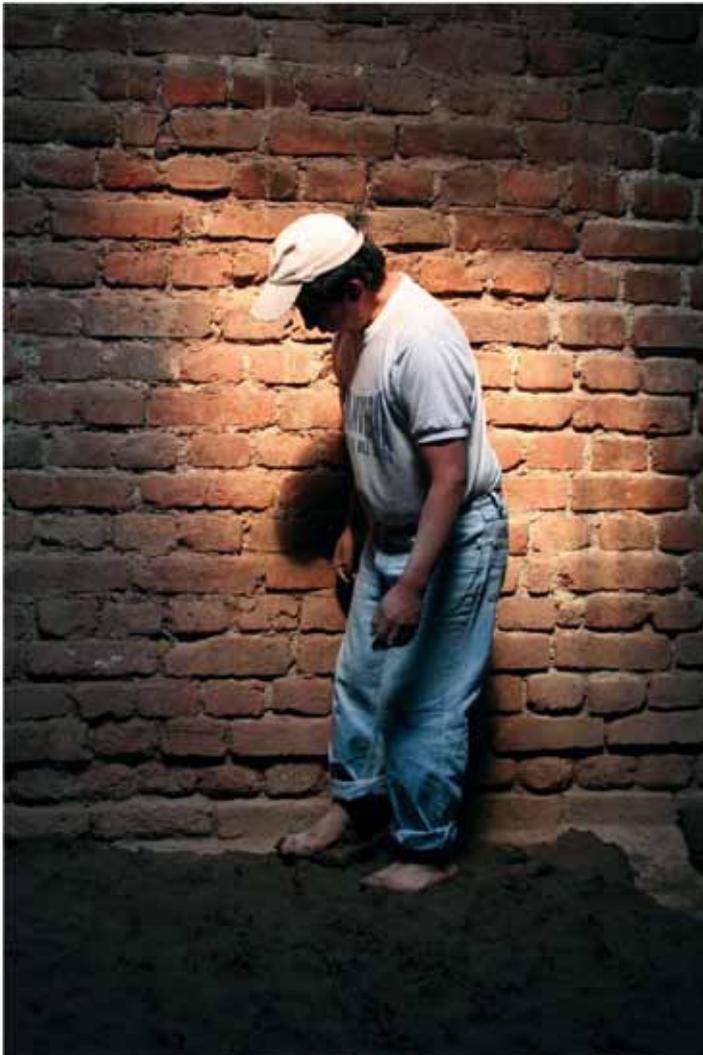
Quedan pocos talleres en la prolongación de la calle Lamar que conecta a este barrio con el centro de la ciudad. La mayoría ha desaparecido, dejándose absorber por la arrasante expansión de las últimas décadas.

“La materia prima es lo más difícil de conseguir”, nos comenta José Encalada, Don Pepito, un menudo artesano de pequeños ojos y bien recortado bigote, sin quitar su vista de una pieza que va naciendo en su torno, movido con el esfuerzo de sus piernas. Las grandes empresas cerámicas, un día, optaron por monopolizar las minas de tierras, arcillas y caolín. Al darse cuenta de sus nefastas consecuencias, los artesanos que habían ubicado sus propias minas de provisión de arcillas, optaron por mantener en secreto el lugar de origen de su material.



Supera los setenta años y es un símbolo viviente de la dedicación al oficio. José es padre de varios hijos con diversos destinos, unos en el exterior, otros en la ciudad y región, otros en su taller, pero gracias al apoyo de su esposa Yolanda, una mujer tan hermosa como sencilla, de ojos turquesa, pudieron mantener a la alfarería como el centro de su actividad productiva.

El taller de Don Pepito es patrimonio de la ciudad. Así, espontáneamente, un estrecho y profundo predio fue organizándose con el sentido común que solo la experiencia ofrece. El patio central, en el que conviven perros, gatos, palomas, loras, orquídeas y un sinnúmero de nueras, yernos, hijos, nietos y bisnietos, a más de visitas de clientes, es también el espacio del torno y de la conversación de las cosas de la casa. Allí se exponen sus productos y se puede seguir el siempre cautivante proceso de ver nacer, a partir de una informe masa de arcilla, una bella pieza torneada que terminará siendo una preciosa obra de alfarería.



Detrás, pasando por pequeñas puertas de madera, se ingresa a espacios iluminados con luces dramáticas, en donde todo el proceso de la alfarería queda a la vista. Un olor a tierra mojada, a pureza infinita, se siente, cuando Iván, el más cercano de los hijos al oficio, danza sobre la tierra con sus pies desnudos, y en otro momento se ocupa de moler, mezclar los materiales y prepararlos para su noble destino.

No se desperdicia nada. Lo que se rompe, o se daña por alguna razón, vuelve a ser molido y batido, antes de pasar nuevamente por el torno y por el fuego transformador de los hornos.

Iván, Yolanda y Don Pepe son el corazón de este espacio. Hace pocos años, la iniciativa de Iván permitió que se abriera una mejor línea de comercialización para los productos del taller. Su vajilla negra, famosa por su originalidad y alta calidad, ha dado la vuelta al mundo. Varios presidentes han visitado el taller –el último, Rafael Correa–, sin embargo, esto no ha minado en lo más mínimo la clara actitud de conciencia que sobre su oficio mantienen los Encalada desde hace más de medio siglo.





La austeridad extrema de los espacios en los que se desenvuelve su actividad, refleja la nobleza de su espíritu y expresa toda la belleza del oficio.

Su casa, literalmente atropellada por el “desarrollo” (los buses se han llevado varias veces los aleros de la fachada frontal), tiene una arquitectura sorprendente, gracias a la diversidad de impactos visuales que ofrece, desde el corredor inicial que impone cautela y respeto, hasta los huertos-jardines del fondo, en los que no faltan las flores, las plantas medicinales, los frutales y la cerámica.

Todos tienen un espacio en la casa de don Pepe. Un día un presidente, otro un inmigrante peruano ilegal que busca trabajo, un operador turístico con su grupo y la practicante cuencana o extranjera, que quiere probar a hacer en pocos minutos lo que la experiencia de décadas le permite al alfarero. Salen los turistas y entra un grupo del barrio, para rezar la novena del Niño Jesús porque ya se acerca la Navidad. Salen los de la novena y entran los del Comité Barrial para hablar de los proyectos del barrio, definir el año viejo o tratar sobre alguna exposición. Entra un periodista, sale un trabajador, entra un fotógrafo, sale un cliente con una caja de cerámica bien empacada en papel periódico..., y así pasan los días, los años y la vida, sembrando alfarería y expresiones de belleza en los miles de visitantes y amigos que José Encalada y su familia lograron cultivar cada día.

Es difícil parar, cuando de hablar de Cuenca y sus riquezas se trata. Pero ya que la Navidad se acerca, no está mal cerrar estas imágenes de la ciudad patrimonial con dos expresiones que están movidas por la poderosa convicción de fe de los cuencanos.

Desde noviembre, un taller que normalmente está saturado de destartalados camiones, vive una metamorfosis para convertirse, poco a poco, en uno de los más atractivos y visitados lugares de la ciudad en Navidad. Es el Pesebre de San Roque, de Reinaldo Criollo y su familia.

Su creación es un acto de fantasía e imaginación popular, en el que se representan los episodios bíblicos que gravitan en torno al nacimiento de Jesús y a la cultura popular ecuatoriana, el urbanismo de la ciudad, la geografía del país con sus ríos serpenteantes, sus lagunas y sus volcanes que arrojan fuego y humaredas al cielo.



Son cerca de cuarenta metros cuadrados de Nacimiento, como decimos acá, trabajados con impresionante detalle. Los maíces sembrados en noviembre, han brotado y están ordenados para representar los campos de chacra y así con una diversidad de semillas que aprendieron a manejarlas, para que estén en el estado de crecimiento necesario para el pesebre. No solo el nacimiento es diferente en su disposición cada año. Todo cambia: la ropa de los personajes no se guarda, se cambia año tras año; cambian también los animales y las frutas, los mazapanes, los tucumanes, los segmentos de Cuenca, de Belén y de Jerusalén, al tiempo que se construye una ciudad fantástica que tiene también sus días y sus noches.

El *nacimiento* de los *Criollos* hay que verlo, de la misma forma que no es posible ignorar el pase del Niño Viajero, recientemente incorporado en el Patrimonio Cultural Inmaterial del Ecuador.



El Pase del Niño es una riada de personas, que saliendo de los más remotos rincones de la provincia y de la región, movidos por la fe, llegan el 24 de diciembre a Cuenca, a rendir su homenaje a Jesús. En el Pase del Niño, por un día al año, la realidad se revierte: los pobres se exhiben en la barroca abundancia de los mayores, los campesinos se toman la ciudad, los caballos reemplazan a los invasores vehículos, la calle principal del centro histórico se recorre en sentido contrario. Las clases populares, el pueblo auténtico, son los protagonistas de la fiesta, mientras los demás los contemplan con admiración.

Hay un cierto sabor a subversión en el Pase del Niño, por su genuina espontaneidad y por la ruptura de las reglas que someten a la ciudad a otras formas de actuación por casi veinticuatro horas.

La expresión de la gente es un desborde de iniciativa, esfuerzo y creatividad. Todos se esmeran en lucir los mejores trajes, en ejecutar los mejores bailes y en representar las más elocuentes escenas bíblicas relacionadas con el nacimiento de Jesús.



Pero, como en el nacimiento, en el Pase del Niño se recrea, sin roles predefinidos ni concertaciones previas, el Ecuador, con sus culturas, sus danzas, bandas de pueblo, irreverentes batucadas y grupos étnicos de diversos orígenes, que abren camino para que finalmente desfile la imagen que, un día, un obispo portó en sus brazos para recostarla en el mismísimo pesebre de Belén. Es, por lo tanto, una imagen santa para la sensibilidad popular, que en su tiempo recorría hogares cuencanos, promovía veladas y novenas. Así, la venerada figura también desencadenaba actos de solidaridad generosa de familias cuencanas, que dedicaban parte de diciembre para producir el pan que luego decoraría los grupos de procesiones y carros alegóricos y que terminaría siendo repartido entre los familiares participantes de la gran fiesta popular, al pie de la catedral.



Cuenca, ser gigantesco que se recuesta en antiguas llanuras, bordeadas por ríos, acequias y cañadas, cobija aún una inmensa y rica variedad de valores patrimoniales que tienen que ver con la vida de la gente. No solo con la necesaria actividad productiva, aquella que sirve para sobrevivir, sino también con ese mundo espiritual, mágico, de creencias y tradiciones, sobre el cual esta sociedad ha sido conformada.

Es difícil cerrar un artículo, cuando se sabe que quedan mil ventanas abiertas a través de las cuales se pueden mirar nuevas facetas de la ciudad y que no están ni siquiera mencionadas en este efímero desplazamiento por lugares que tuvimos la suerte de vivirlos y sentirlos. Esta dificultad, y la sensación de ansiedad que podría derivar de esta situación, es sin embargo compensada por el hecho de saber que existe una vitalidad inmanente que no va a desaparecer fácilmente, porque hay un carácter, una personalidad, un oficio y una forma de ser que la sostiene.

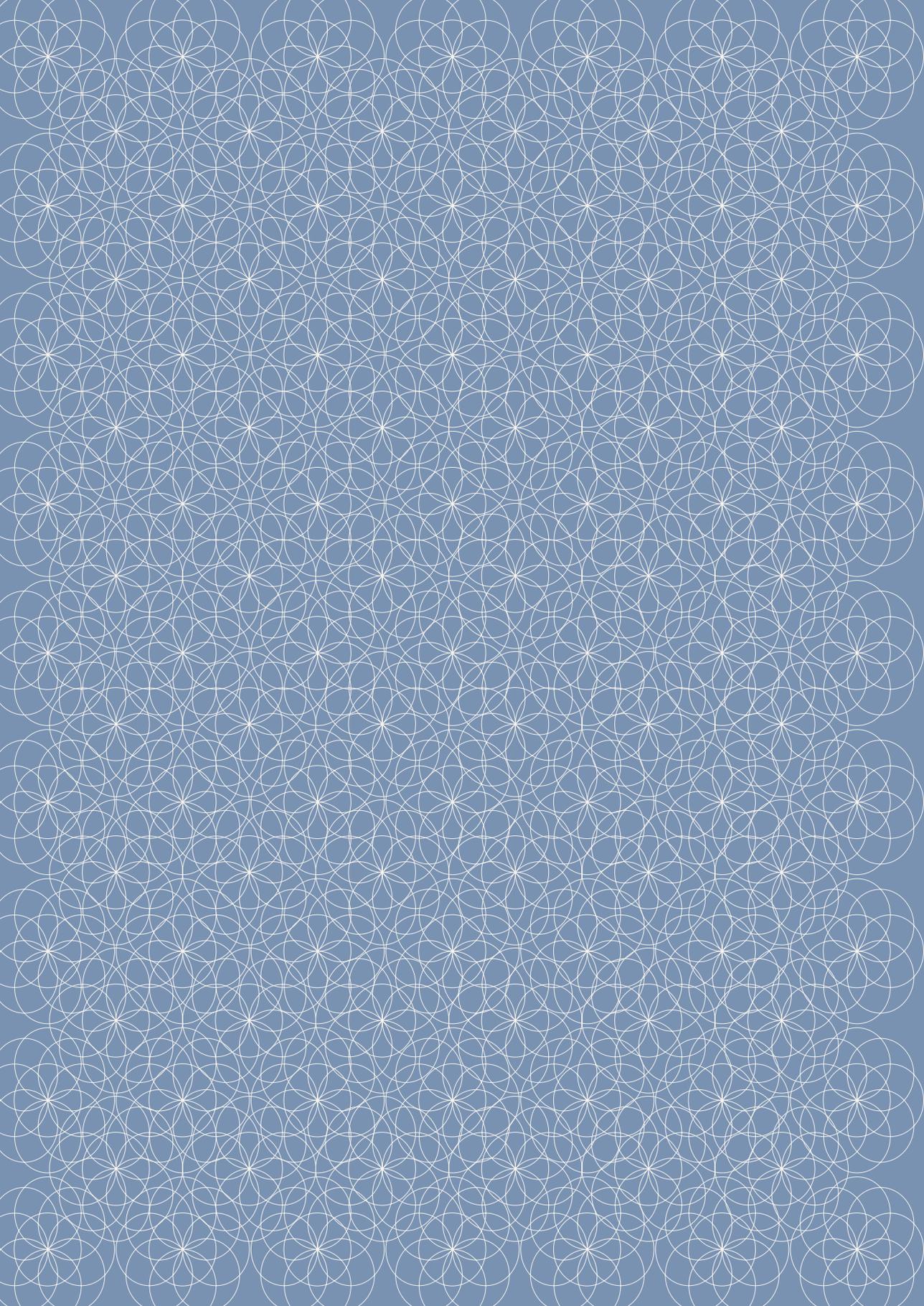
Cuenca seguirá creando con sus mentes y con sus manos, a pesar de las oleadas de tecnología y consumismo que son propias del mundo actual. Seguirán los Cajamarca, los Sinchi, los Atancuri, los Loja, los Ucho, los Benenaula. Surgirán los nuevos Vélez y Caspicaras, que acariciarán la madera, que afinarán la vibración de las cuerdas, que amasarán el pan a mano y que cortarán con habilidad la fina tela o bordarán en los repliegues de las polleras las flores de los campos.

No cederá Cuenca fácilmente a las argucias encantadoras del cautivante modernismo. Sus mujeres y hombres están hechos también para tejer la paja y las esteras, para combinar los frutos de la tierra y producir sabores indescriptibles, para dominar el rudo metal hasta convertirlo en joya, en escultura o en fortaleza.

Puede ser este, solo un inicio que invite a muchas personas a recorrer los recovecos de la ciudad, aquellos que están en ocultos lugares, desplazados hacia las profundidades de los viejos manzanos, en cuyo mágico silencio, que contrasta con el bullicio exterior, en medio de los últimos árboles y de yermos huertos, hay gente que palpita, crea, ora y se gana el pan diario con sacrificio y honestidad.



**Conclusiones**

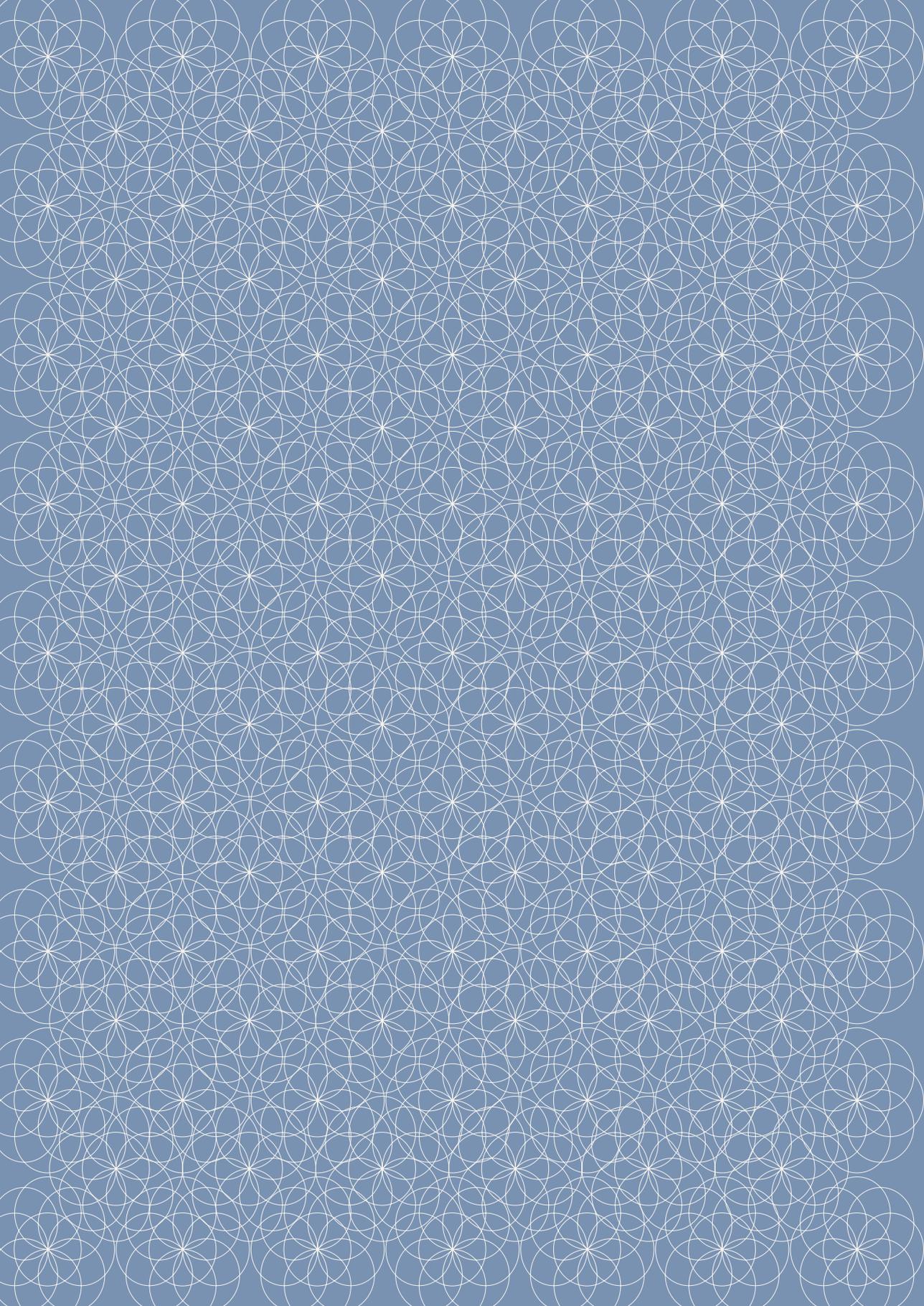


- Los usos vinculados con la memoria en el territorio, como incluso podría previamente colegirse desde una visión empírica, están fundamentalmente ubicados aún en las áreas más densamente patrimoniales –en términos de arquitectura y urbanismo– de la ciudad. Siete de cada diez se encuentran en este territorio por lo que es evidente que, a pesar de las presiones de diversa índole que afectan a la ciudad histórica, aquellos usos se obstinan a permanecer en ella, además de guardarse tradiciones orales o elementos vinculados con la memoria que fortalecen el patrimonio cultural de la ciudad.
- Los resultados generales de esta investigación expresan un grado de sensibilidad medio alto en la vulnerabilidad de las formas de expresión patrimonial. Se detecta con claridad la inexistencia casi total de políticas públicas, destinadas a fortalecer los oficios tradicionales y las técnicas artesanales tradicionales contempladas en este estudio. Es decir, de no existir cambios importantes en la relación con estas formas de uso del espacio, pueden debilitarse, pese a la voluntad y vocación que muchos cuencanos tienen para desempeñar sus actividades productivas.
- Las intervenciones realizadas en la ciudad, con recuperación física del patrimonio, no han tenido presentes estos aspectos sensibles. El incremento del costo de los arriendos, del suelo y la propiedad en el centro histórico, generado por la declaratoria de Cuenca como Patrimonio Cultural de la Humanidad, y posteriormente ciertas intervenciones puntuales, no han previsto sus efectos en este sentido, lo que ha provocado la expulsión de usos ancestrales y tradicionales, especialmente de edificaciones de dominio privado.
- Las edificaciones patrimoniales siguen siendo permeables a los usos vinculados con los espacios de la memoria de la ciudad. Se advierte que estos usos se relacionan con la vivienda, y por consiguiente al existir un proceso de expulsión de habitantes en el centro histórico, se compromete también la pervivencia de las actividades patrimoniales.
- Las expresiones orales y leyendas mantienen vivo el legado de la memoria que se teje en la ciudad. Las generaciones de adultos mayores conservan vigorosas estas expresiones en cuanto aseguran la transferencia de conocimientos culturales.





**Recomendaciones y sugerencias**



El recorrido testimonial por los rincones cotidianos de Cuenca en conjunción con las historias de vida de sus actores permite detectar espacios y usos de la ciudad que requieren especial cuidado por parte de las instituciones encargadas de salvaguardar el patrimonio cultural de la ciudad.

### Generales:

- Urge desarrollar un trabajo conjunto con la municipalidad de Cuenca, el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural - INPC y la ciudadanía cuencana a fin de que las políticas de Gestión del Territorio y de manejo de las Áreas Patrimoniales de la ciudad tengan una relación estrecha con los espacios de la memoria, tradiciones y técnicas ancestrales que se recogen en este estudio.
- Cada proyecto de recuperación del espacio público urbano, debe contar con un componente sólido de propuestas y planes de gestión cultural que garanticen la permanencia de los usos, tanto en los espacios públicos como en los privados. En esta intervención es necesario reflexionar sobre la apropiación y expresión del espacio mediante la instalación de formas, diseños o elementos de las más diversas concepciones que recojan la historia del lugar.
- Los mitos, historias y leyendas de la ciudad, deben ser preservados en publicaciones, ensayos, productos para niños, cuentos ilustrados, etc., a fin de mantenerlos vivos en la memoria colectiva.
- En el fortalecimiento de la identidad de barrios y sectores, debe incluirse el arte público en los espacios urbanos de la ciudad de Cuenca vinculado preferiblemente con las historias y en general con elementos de la memoria local.
- Aplicación de programas de apoyo y estímulos que permitan financiar la capacidad productiva de los artesanos, los artistas y las personas que desempeñan actividades y oficios cotidianos y realizan productos que fortalecen nuestra identidad cultural.
- Dentro de los estímulos se pueden considerar los reconocimientos públicos y difusión en medios de comunicación - de, las actividades de los, artesanos y trabajadores de oficios tradicionales, que con dificultades, persisten en sus trabajos, ya que - son los protagonistas del conocimiento cultural que se transmite y legitima en los espacios públicos y urbanos.

- Desarrollo de un programa de revitalización de los nombres antiguos de las calles de Cuenca para evitar su desaparición definitiva, ya que su presencia contribuye a rememorar episodios pasados de la composición urbana de la ciudad.
- Creación de una señalización monumental para los edificios y lugares que se constituyen como espacios emblemáticos que preservan la memoria cultural de la ciudad. Se sugiere la elaboración de placas con textos breves y didácticos que den cuenta de su presencia e importancia histórica.
- Difusión de otros productos, resultantes de esta investigación, en publicaciones especializadas, que permitan otras lecturas de la realidad cultural de la ciudad.
- El alto costo del suelo del área patrimonial, ha generado que muchas de las manifestaciones de carácter inmaterial se hayan visto obligadas a desplazarse a las áreas urbanas no patrimoniales o áreas rurales aledañas a la ciudad de Cuenca, por lo que se recomienda realizar estudios especializados en estos territorios.
- Se sugiere la creación de una escuela – taller de artes y oficios en estas actividades no relacionadas con la construcción para que las sabidurías de los mayores se transmitan a los jóvenes, a fin de que estos trabajos se legitimen y se conviertan en reales alternativas de vida.
- Participación proactiva del INPC y las comunidades en las investigaciones e intervenciones locales a fin de garantizar un acompañamiento adecuado en las propuestas.
- Otorgación de certificados de calidad a las artesanías, artes y oficios que fortalecen la memoria y la cultura de la ciudad, avalada por el Municipio u otras instituciones.
- Realización colectiva de una Guía de los Espacios de la Memoria a fin de que la ciudadanía cuencana tome conciencia de la oportunidad que se abre desde la actividad turística.
- Desarrollo de investigaciones a través de las herramientas tecnológicas facilitadas por el proyecto VLIR-CPM para impulsar la interrelación entre patrimonio tangible e intangible de la ciudad patrimonial.
- Creación de espacios de debate en torno a las iniciativas de protección a fin de que se fortalezca el nivel de conciencia y toma de decisiones en la transformación de las necesidades culturales que tiene la ciudad.

- Aporte de la capacidad de difusión que poseen los medios de comunicación locales para generar productos que transmitan a las nuevas generaciones mensajes vinculados con el patrimonio intangible de la ciudad y desarrollen valores identitarios.
- Aplicación de nuevos proyectos de investigación que garanticen la continuidad de esta propuesta para complementar el sistema de información que se ha abierto en el manejo de este género de patrimonio y su relación con los espacios de la ciudad.

### **Específicas:**

El uso y apropiación que los cuencanos dan a los espacios les permite compartir, transmitir y construir su memoria colectiva. A continuación se detallan algunas recomendaciones particulares que responden a las necesidades y demandas de sus actores.

#### **Bordadoras de polleras**

Se sugiere evaluar la situación de las bordadoras de polleras de la calle Tarqui, cuyo oficio y técnicas de trabajo tradicional, se han visto amenazados por la introducción de máquinas de bordar, con sistemas de diseño computarizado.

#### **Plaza de San Francisco**

Realización de un estudio de carácter antropológico previa a la intervención municipal planificada para este espacio.

#### **Parque de la Madre**

Verificación de la efectividad y profundidad de las prospecciones arqueológicas realizadas en la zona. Realización de un estudio para la conservación de los árboles existentes, para evitar su tala indiscriminada. Análisis del uso de este espacio a fin de evitar la destrucción de bienes inmuebles de valor patrimonial de Cuenca.

#### **Talabarteros, relojeros**

Esta actividad atraviesa una situación frágil, en la actualidad se cuenta con un solo local que pone en práctica este trabajo. Se recomienda la implementación de estrategias de salvaguarda para evitar su desaparición.

#### **Teatro Popular**

El Teatro Popular está abandonado por lo que se recomienda promover su recuperación para usos comunitarios del Barrio de El Vado.

**Molinos**

Los molinos al igual que otras plantas eléctricas antiguas de la ciudad necesitan intervención, en la medida de lo posible, para restablecer sus mecanismos de funcionamiento.

**Toquilleras**

El mercado de la Paja Toquilla debe ser fortalecido y ubicado en un lugar que lo potencie. Se nota una gran dispersión de sus vendedoras y vendedores entre María Auxiliadora y las calles aledañas al mercado 9 de Octubre.

**Productores de fuegos pirotécnicos**

Debido a la vulnerabilidad en la que se encuentran los productores de fuegos pirotécnicos, deben implementarse, con vigilancia de la autoridad correspondiente, las medidas de seguridad para el almacenamiento y la producción de estos elementos que acompañan las fiestas locales. Deben tratar de restituirse algunas concepciones de expresión popular, como las batallas aéreas y terrestres.

Por otro lado, es necesario tener un control riguroso en términos de calidad, precios, comercialización y pago de impuestos sobre los productos importados, especialmente chinos, pues afectan a la producción artesanal local.

**Convención del 45**

Los artesanos de la Convención del 45 poseen un terreno desde hace años y tienen la aspiración de edificar un espacio de exposición, ventas y capacitación para mejorar su situación pero lamentablemente no han recibido apoyo. Su situación, considerada en términos gremiales, como grupo artesanal, es delicada.

**Herrerías**

Las herrerías al igual que otros oficios tradicionales deben mejorar sus capacidades de comercialización y exposición. Es urgente concluir la plaza del Herrero y fortalecer el apoyo de instituciones locales y ONGs, como la Fundación Rivet.

**Curanderas**

Las prácticas comunitarias de la medicina tradicional que realizan las curanderas mantienen el equilibrio corporal y espiritual de la colectividad. Esta creencia ancestral requiere de una investigación específica para comprender el uso de plantas medicinales, la magia y la tradición, así como el valor simbólico y sabiduría ecológica que mantienen principalmente las mujeres de generación en generación.

**Mercados**

Los mercados son espacios de encuentro que tienden a perder su carácter por los conceptos de comercialización que se imponen en la actualidad. Es necesario promover una investigación que perciba con mayor agudeza el tema antropológico de la comercialización popular para comprender la sensibilidad que tienen los procesos y costumbres de estos espacios.

**Lugares perdidos**

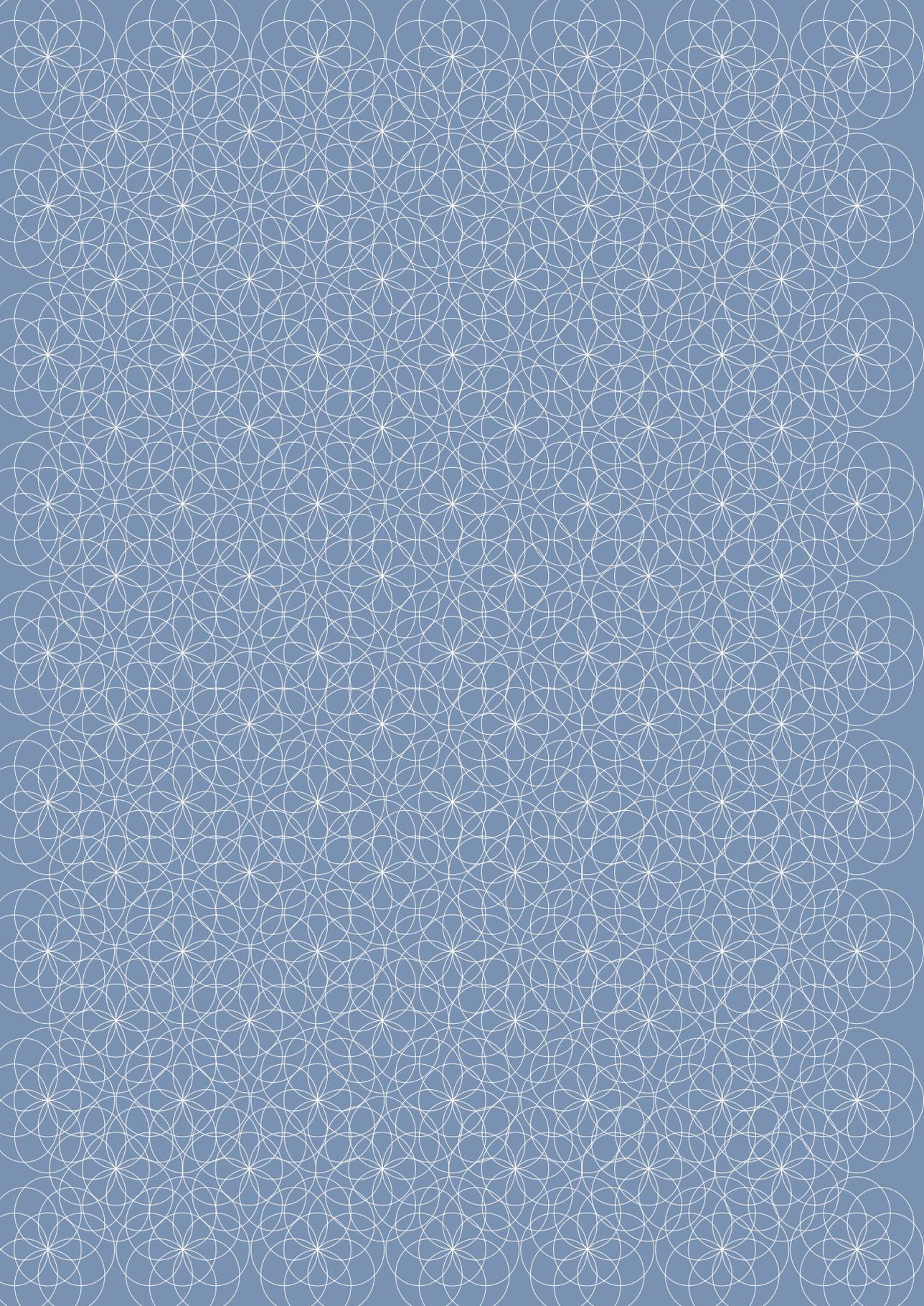
Son aquellos espacios simbólicos donde se realizaban ritos religiosos, se escenificaban leyendas o episodios históricos de la ciudad (puentes, edificaciones, espacios públicos, etc.) que se han perdido, pero que podrían retomar y recrear su rol en la memoria de la ciudad mediante la creación o el fortalecimiento de propuestas museográficas de arte público o pequeños museos de sitio.

Otra manera de contribuir con este propósito es la intervención apropiada de los bienes culturales inmuebles de la ciudad a fin de mantener la estrecha relación entre la arquitectura y urbanismo con las tradiciones y expresiones orales, las artes del espectáculo, los usos sociales, rituales y actos festivos, las técnicas artesanales y los saberes tradicionales de Cuenca.





**Acápite fotográfico**



*Comprender adecuadamente una fotografía... no es solamente recuperar las significaciones que proclama (es decir, en cierta medida, las intenciones explícitas de su autor), es también, descifrar el excedente de significación que revela, en la medida que participa de la simbólica de una época, de una clase o de un grupo artístico.*

*Pierre Bourdieu*

El proyecto que dio lugar a *Espacios de la memoria en Cuenca* generó un archivo digital de fotografías pertenecientes a colecciones privadas. Estas imágenes son documentos que forman parte del patrimonio cultural y permiten leer la ciudad, sus acontecimientos, actores, espacios y su cotidianidad desde otras perspectivas.

La fotografía es un producto de la cultura material que captura manifestaciones del patrimonio cultural inmaterial; una duplicidad que despierta interés e importancia para concebirla como parte inherente del patrimonio. El patrimonio cultural proporciona una identidad que se entiende como la referencia común de los valores presentes, generados en la esfera de una comunidad y de los valores pasados identificados en la autenticidad del bien cultural.

La fotografía, leída desde el prisma del patrimonio cultural, deja de ser solamente un registro ya sea de costumbres, paisajes o retratos, lo que en sí mismo ya es importante y valioso para el estudio de las mentalidades. La fotografía, entonces, se convierte en un documento histórico que posibilita un análisis profundo de sí misma y en relación con otros bienes y manifestaciones.

El registro fotográfico que se expone activa una diversidad de recuerdos, miradas, estudios y analiza la memoria de la ciudad de Cuenca y su relación con el patrimonio cultural inmaterial y material; elementos dignos de recordar, dignos de permanecer. Cada fotografía habla profundamente de la vida y de su sentido personal y colectivo. Es una representación que da trascendencia al ser humano, más allá del espacio y del tiempo actual.



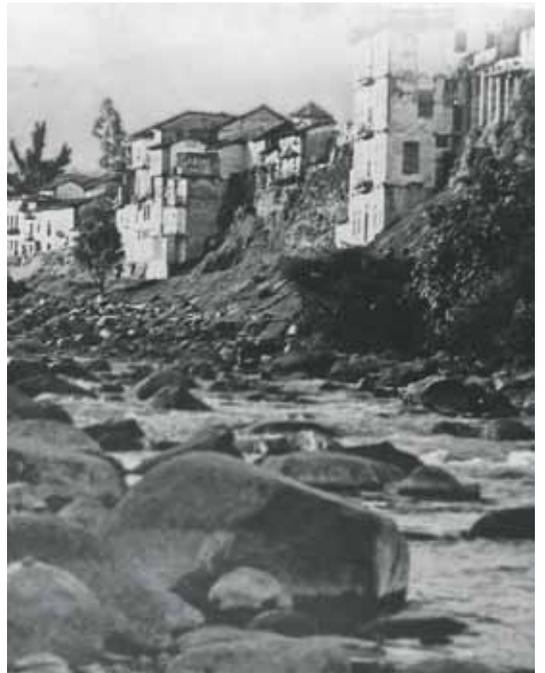
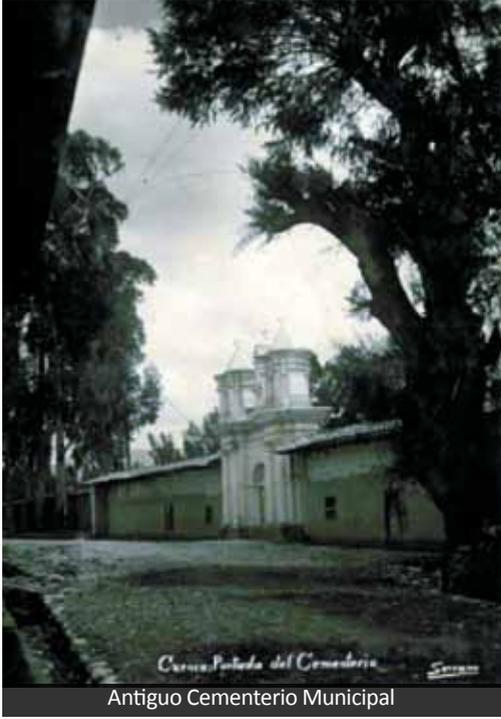
Catedral de la Inmaculada Concepción de Cuenca



Panorámica del parque Abdón Calderón tomada hacia el oriente



Vista panorámica de El Vado



Fotografías tomadas del álbum del Sr. Manuel Jaramillo Malo



Antiguo puente Juana de Oro



Puente del Centenario



Plaza de San Francisco

Fotografías tomadas del álbum del Sr. Manuel Jaramillo Malo



ISBN 978-9942-07-314-3



9 789942 073143



GOBIERNO NACIONAL DE  
LA REPÚBLICA DEL ECUADOR



Ministerio Coordinador  
de **Patrimonio**



Ministerio Coordinador  
de **Conocimiento y  
Talento Humano**



Ministerio  
de **Cultura**

*Avanzamos  
Patria!*



Comisión  
**Interinstitucional**